

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS,10
ZARAGOZA



1805

ANT
XIX
247

CUESTIONES

POLÍTICAS Y SOCIALES.

DON EMILIO CASTELLAR

Esta obra es propiedad de MARTÍN Y JUBER

CUESTIONES

POLÍTICAS Y SOCIALES.



MADRID

A. DE SAN MARTÍN, EDITOR
Plaza del Sol, 4.

Madrid: Imprenta de Juan Llorens, Calle de la Cruz, 13.

Esta obra es propiedad de los Editores SAN MARTIN Y JUBERA.

POLÍTICAS Y SOCIALES

Madrid: 1870.—Imp. de Julian Peña; Relatores, 13.

18 ans

R-44.077



CUESTIONES

POLÍTICAS Y SOCIALES,

PROLOGO.

POR

DON EMILIO CASTELAR.

TOMO I.



MADRID.

A. DE SAN MARTIN,

Pta. del Sol, 6.

AGUSTIN JUBERA,

Bola, núm. 3.

1870



CUESTIONES

POLÍTICAS Y SOCIALES

11

DON EMILIO CASTELLAR

TOMO I



MADRID.

A. de SAN MARTÍN, AGENTIN LIBRERÍA, Pto. del Sol, 4. Bata. num. 7.

1870

PRÓLOGO.

Este volúmen guarda el trabajo de un año consagrado á fomentar la revolucion. Empieza con un capítulo que habla de las *Reformas*, siempre pedidas, negadas siempre por la ceguera de la corte; y concluye con el *Rasgo*, con aquel artículo arrojado sobre la pólvora de las ideas democráticas, amontonadas en los cimientos del trono de los Borbones por el espíritu revolucionario que anima á nuestro siglo. A estos trabajos de política interior se unen trabajos de política extranjera, que vienen á ser verdaderos anuncios, profecías verdaderas de hechos que ha confirmado el tiempo.

¿Qué fé teníamos los demócratas en el triunfo de los Estados-Unidos! ¿Cómo anunciábamos que la esclavitud concluiría y que la confedera-

cion iba á mostrarse más fuerte despues que ántes de la guerra! El imperio de Méjico, saludado por todas las monarquías de Europa como la restauracion de los reyes en América, fué por nosotros anatematizado como el ensayo estéril de una monstruosa monarquía, rechazada del suelo americano por la conciencia universal. Cuando la nave que conducia á Méjico al infortunado emperador tocaba en nuestros puertos, nosotros le decíamos que su trono se trocaria bajo sus imperiales plantas en ominoso cadalso. Nuestro amor á la libertad nos daba esta intuicion que no tuvieron los Césares profanadores de América, los Césares consagrados á restaurar ese principio monárquico que en Europa agoniza y en América ha muerto.

Los estudios históricos sobre las caidas de las dinastías, sobre las desgracias de los Borbones, eran advertencias á la dinastía reinante, que nunca quiso oirnos. El camino de reaccion que siguió, estaba todo él sembrado de abismos. Nosotros se los mostrábamos en las catástrofes de otras dinastías, y no quiso verlos. Quizá ahora en el destierro, en el abandono donde la han dejado sus servidores, el recuerdo de estos artículos que tanto embargaron la atencion pública un tiempo, les enseñe, si algo aprenden los reyes, la

seguridad con que veíamos lo porvenir, iluminados por los resplandores de una idea.

De cualquier manera, este libro encierra enseñanza política, y una série de esos problemas que embargan la mente de nuestro siglo. En él se verá que nuestras ideas han permanecido inalterables, y que nuestro culto á la libertad tiene sus raíces en nuestro corazon y en nuestra conciencia, sin que pueda desarraigarnos ningun hecho, ninguna contrariedad; que sobre el deleznable polvillo de los hechos se levantan las ideas, con una luz que no tiene ni eclipses, ni ocaso en el mundo.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 29 de Junio de 1870.

seguridad con que vemos lo porvenir, iluminados por los resplandores de sus ideas, y de las que De cualquier manera, este libro encierra enseñanzas políticas, y una serie de esos problemas que embargan la mente de nuestro siglo. En él se ven cuáles de nuestras ideas han permanecido inalterables, y que nuestro celo á la libertad tiene sus raíces en nuestras costuras y en nuestra condición, cuáles que pueda desenterrarlos ningún hecho, ninguna contrariedad, que sobre el desolado polvillo de los hechos se levantan las ideas, con una fuerza que tiene ni eclipses ni ocultos en el mundo.

EMILIO CASTELLAR.

Madrid 29 de Junio de 1870.

LAS REFORMAS.

Las ideas y los sentimientos cambian, y la sociedad que repite todas las ideas y todos los sentimientos del hombre, cambia de fórmulas, de leyes, de instituciones. Dijéranle, por ejemplo, al siervo de la Edad media que era igual en derechos á su señor, y no lo comprendiera, creído de su nativa inferioridad, y esperanzado de igualarse con los demás hombres sólomente en el frío seno de la muerte. Decidle al trabajador de hoy, al proletario sin derechos políticos, decidle que es inferior á los demás hombres, y el sentimiento de su dignidad herida le alzaré sobre los soberbios que lo humillan. Las ideas y los sentimientos han cambiado. Y no se renuevan por una ley, ni se restauran por un decreto. Las ideas van contenidas en las grandes corrientes de los hechos sociales, como el vapor va contenido en las aguas. Y toda idea tiende hoy á la igualdad democrática. Para igualar todas las clases ante la ciencia, vino la imprenta; para igualar todas las cla-

ses ante el derecho, vino la filosofía; para igualar todas las clases ante la ley, vino la revolucion. Y estos grandes hechos han grabado la idea de la propia dignidad en la conciencia de todos los hombres, como la luz graba por maravillosa manera en las planchas fotográficas la imagen de los objetos. Ya no es posible la monarquía absoluta; porque los pueblos no asienten á la infalibilidad del poder. Ya no es posible el Santo Oficio, porque la conciencia se cree inviolable y sagrada. Ya no es posible la casta aristocrática, porque ha muerto en las almas la idea de la desigualdad entre los hombres. Aunque la revolucion liberal no aboliera las órdenes monásticas, murieran por sí mismas en una sociedad que no las comprendia. El voto de absoluta obediencia chocaba con la libertad de pensar; el voto de pobreza con la fiebre de la industria y del comercio; el voto de aislamiento y de soledad con los comicios, con las asambleas, con la prensa, con estas instituciones tan altamente sociales, en cuyo seno hasta los enemigos se hermanan, hasta los combatientes se abrazan, como si la asociacion fecunda de tantas voluntades quitara al trabajo la pena y á la lucha el horror. Es necesario, pues, fundar la sociedad, fundar el derecho, fundar la ley sobre los sentimientos, sobre las ideas esparcidas en las conciencias por ese aire invisible y vivificante como la atmósfera material, que se llama espíritu de un siglo.

Cada uno de los grandes cielos sociales va precedido de una idea, de una fórmula que anima los hechos y los regula, y es en ellos como el espíritu en el cuerpo. Desde el siglo octavo al siglo décimotercio, la teocracia es el pensamiento de Europa. «Todos los príncipes de la tierra, todos los hombres, dicen las falsas decretables, deben obedecer á los sacerdotes, y bajar la frente en su presencia.» «Todo príncipe, rey, juez ó seglar de cualquier órden, que viole los decretos apostólicos, pierda su poder.» Los poderes de la tierra caerán ante esta fórmula. Carlo-Magno será respetado y santo, y legendario porque obedece á esta idea. Enrique IV será maldito, y miserable y protervo porque se opone á esta idea. Carlo-Magno, que la representa, verá el mundo rendido bajo sus piés. Enrique IV, que la contradice, verá el infierno hirviendo sobre su frente. Cambian los tiempos. Y la sociedad civil se aparta y distingue de la sociedad espiritual. Y á los sacerdotes siguen los jurisconsultos. Y á la teoría del derecho divino vinculado en los papas, sucede la teoría del derecho divino vinculado en los reyes. Las universidades de Paris, de Bolonia, de Salamanca educan á los que van á cambiar la idea social de Europa, á convertir la teocracia en monarquía. Vanamente se conjurarán los papas contra esta idea. Bonifacio VIII será humillado por Felipe de Francia; Alejandro VI por Fernando de España; Clemente VII por Carlos V. Paulo IV por Felipe II.

La teocracia caerá á los piés de las monarquías. En vano la demagogia jesuítica tratará de restaurar la teocracia. Los revolucionarios serán educados por los jesuitas, y los jesuitas expulsados por los reyes. Y la idea seguirá su camino. La conciencia es libre, dirá el siglo décimo-sexto. Y la libertad de conciencia, es la base del derecho internacional en el siglo décimo-sétimo. El pensamiento es libre, dirá el siglo décimo-sétimo, y los filósofos reinarán sobre los reyes en el siglo décimo-octavo: Voltaire sobre el rey de Prusia, Pombal sobre el rey de Portugal, Aranda y Floridablanca sobre el rey de España, Turgot sobre el rey de Francia. La sociedad debe pertenecerse á sí misma, el derecho está en el pueblo, dirá Rousseau. Y á la fulguración de esta idea en la conciencia, seguirá la fulguración de una nueva sociedad en el espacio. El derecho natural, el derecho humano, que abraza toda la vida, es la idea de nuestro siglo. Vereis como los hechos obedecen á esta idea cual obedece el cincel al escultor y el mármol al cincel.

La verdad es que Europa sufre una crisis muy semejante á la que sufrió Inglaterra en 1668, y Francia en 1789, y España en 1812. Sobre todo, la crisis del siglo último es la que más relaciones tiene con la crisis presente. El absolutismo estaba hambriento, porque el absolutismo es un mónstruo que siempre tiene hambre. Congregó el absolutismo los Estados generales para pedirles dinero, y los Estados

generales pidieron al absolutismo libertad. Como la revolucion estaba en las conciencias, descendió de las conciencias sobre las leyes. Los filósofos del pasado siglo eran filósofos plebeyos, filósofos del sentido comun, filósofos destinados á convertir las abstracciones metafísicas en verdades prácticas y políticas. Merced á su predicacion, Europa reconoció la crudeza de sus llagas, y sintió acerbos dolores. Las cadenas se habian hundido hasta la médula de sus huesos. Y puso mano en la obra de destruir el derecho divino, que era la cadena del ciudadano; la inquisicion, que era la cadena de la conciencia; el mayorazgo, que era la cadena de la familia; el diezmo y el señorío, que eran la cadena de la propiedad; la corvea, que era la cadena del trabajo. Y entónces se vió levantarse por vez primera en la historia, sobre las ahumadas piedras de la destruida Bastilla, el hombre tal como Dios le hiciera, sin ligaduras en sus manos, sin mordazas en sus labios, con la conciencia resplandeciendo como una aureola sobre su frente; libre para escudriñar con su inquieto pensamiento, cuyas alas nunca se abaten, todos los misterios de lo infinito; dueño de sus fuerzas; gozándose en ver apagadas á sus piés las hogueras donde murieron los mártires de la libertad de pensar, y agonizante entre sus brazos el feudalismo; dispuesto á grabar en el seno de la naturaleza su idea, y á iluminar las hasta entónces negras páginas de la historia con el resplandor de sus derechos.

El mundo entero respiró como si le hubieran quitado de encima gravísimo peso. La noche del 4 de Agosto de 1789 volvió á crear el espíritu perdido en el sepulcro que le habian fabricado los tiranos. Europa entera se arrojó en brazos de aquella grande Asamblea. Al eco de la marsellesa huian des-pavoridos los ejércitos mantenedores de las tristes sombras de lo pasado. La imagen de la justicia, de la razon, se apareció entre los hombres. ¿Quiénes maldijeran aquella revolucion? Pitt y los aristócratas ingleses, que veian desplomarse sus privilegios feudales; Catalina, aquella mujer que se calentaba los piés en las entrañas de Pedro III, y se bañaba en la sangre de Polonia, y renovaba en los cuarteles de Moscow los escándalos de Mesalina; Leopoldo de Austria, el sátiro que no sacrificaba á los negocios públicos una hora de serrallo; Godoy, el favorito, alzado al poder por el delirio de torpe concupiscencia; la reina Carolina de Nápoles, que convirtió en mancebía la feliz Sicilia; los Sardanápalos y los Baltasares, que veian dibujarse las maldiciones de Dios en sus orgías; los monstruos, abominados á la sazón del mundo que los rodeaba, y maldecidos de la historia que ya los ha juzgado. ¿Era posible que estos seres bendijeran la declaracion de los derechos del hombre? No. Pero la bendecian todos los que amaban la humanidad, todos los que veian la marca de infamia borrada de la frente del pueblo Lázaro resucitado, que despedia de cada una de sus

llagas un rayo de luz. Los hombres allí faltaron muchas veces, no los absolvemos; pero la idea quedó inmaculada. En nuestra propia patria vimos nacer esa idea en las Córtes de Cádiz, que bajo el estallido de las bombas francesas cerraban y sellaban la losa del absolutismo, y escribían en la conciencia del país la libertad tantas veces vencida y nunca aniquilada, porque tiene su sér en el seno mismo del espíritu. Ellas condensaron el espíritu del país en una Asamblea, destruyeron el absolutismo, apagaron la Inquisición, dieron al pueblo el arma del sufragio universal, anunciaron la libertad al pensamiento, y escribieron la Constitución que invocó Italia en la hora de sus grandes luchas, y que bendijo Grecia cuando renacían los Leonidas en el alma de Ipsilanti, y las hazañas de Platea y Marathon en los campos de Misholongui.

Pues bien: las reformas populares han sido adulteradas, y España en particular y Europa en general, reclaman nuevas reformas, como en 1789, como en 1812. El absolutismo estaba entonces desacreditado y hoy está desacreditado el doctrinarismo. Maldecían los escritores la Inquisición, y hoy maldicen la censura, porque si la Inquisición los quemaba, la censura los deshonoraba. Condenaban todos los hombres de buena fé el tormento, y hoy condenan el procedimiento aun oscuro, la dependencia y servidumbre de la justicia. El trabajo se consumía, el trabajo, esa fuerza divina, bajo el privi-

legio, y hoy se asfixia en esas limitaciones absurdas al derecho natural de asociacion, en ese menosprecio de su inmensa trascendencia social. El diezmo, la corvea estaban heridas; pero hoy están heridas de muerte esas contribuciones indirectas, esos tributos de consumos que gravitan sobre los salarios, esterilizan el trabajo, impiden el ahorro, destruyen la riqueza reproductiva, pesan más sobre los que menos tienen, amargan el pedazo de pan que el pobre se lleva á la boca, y aumentan la tiranía de los gobiernos y el hambre de los pueblos. La desmoralizacion de aquellas córtes de los reyes absolutos, donde el capricho de una favorita ó de un bastardo decidian de la suerte de las naciones, llegó al colmo del descrédito; pero tambien ha llegado hoy la desmoralizacion de los comicios, donde los votos se cotizan y las conciencias se venden, y la santidad de las leyes y el derecho de representar á los pueblos se libran á promesas de destinos, á esperanzas de lucro. Odiosa era á la sazón la aristocracia antigua, que despues de aherrojar los siervos al terruño para vivir ó en la ociosidad ó en la guerra, agena á toda otra suerte de trabajos, habia ido á caer de hinojos ante los reyes absolutos; pero no es ménos odiosa esta aristocracia sin gloria, sin recuerdos, sin tradiciones, que, por el timbre glorioso de su recibo de contribucion, dispone á su arbitrio del poder, y proscribte al pueblo del derecho. Lastimosas eran entonces las levás, pero no ménos lastimosas

son hoy las quintas. Triste era ver al gobierno ocupándolo todo, disponiéndolo todo en nombre de derechos divinos; pero es más triste ver hoy al gobierno, en nombre de la sociedad, en nombre del derecho humano, acaparar desde la ciencia, que conserva la vida del alma, hasta la sal que conserva la vida del cuerpo. Y es indispensable, por la paz general, por el orden, tan necesario en la sociedad como la armonía en el universo, oír esa voz de toda la vida humana, la voz del pensamiento, pidiendo expansión; la voz de la conciencia, pidiendo libertad; la voz de la justicia, pidiendo seguridad é independencia; la voz del trabajo, pidiendo espacio; la voz del pueblo, grande y solemne que resuena en la sociedad como el órgano bajo las bóvedas de las catedrales, como el rumor de las selvas bajo la bóveda de los cielos; la voz del pueblo pidiendo sus derechos.

Sobre todo no comprendemos por qué proscribís al pueblo de la vida política, gobiernos constitucionales, que en último resultado sois hijos de la revolución. ¿No lo igualais á las demás clases en deberes? Le pedís tributos para sosteneros y se quita el pan de la boca, y dá gustoso dias de hambre y de miseria á la patria. Le pedís sus hijos para el ejército, y os los entrega de grado aunque se arranque el corazon á pedazos. En la guerra de la Independencia le pedisteis que defendiera la patria. Y Napoleon fué vencido porque aquí se encontró

por vez primera frente á frente de un pueblo. En la guerra civil le pedisteis que defendiera una libertad, que no habia de llegar hasta su alma, que vertiera su sangre por vuestros privilegios; y mientras tan heroicamente peleaba, descalzo, hambriento, el mismo partido progresista le arrojaba infucamente, destrozando la sagrada Constitucion de 1812, le arrojaba de la vida política, fecundada por la sangre que vertian las venas abiertas del pueblo. Nuestros héroes de la Edad media, nuestros legisladores de la reconquista no eran tan orgullosos como vosotros, plebeyos, que aun llevais la marca del clavo ignominioso de la serbidumbre en la frente. No se desdeñaban aquellos egregios varones de llamar los brazos del pueblo á las milicias, la conciencia del pueblo al jurado, el voto del pueblo al municipio, la voz del pueblo á las Córtes. Y profanando nuestra historia, aun recordais los menestrales de Medina, los tejedores de Segovia que se asentaban en presencia de San Fernando y de Isabel la Católica, cuando vosotros, pobres pigmeos, seriais capaces de limpiaros la ropa si en las Córtes rozabais con el brazo de un trabajador ó de lavaros las manos si os las estrechaba entre las suyas, que debian ser sagradas, porque sin esas callosas manos, el trabajo se perderia, y sin el trabajo se perderia la sociedad. Igualad al pueblo en derechos con las demás clases ya que lo igualais en deberes, y entonces la paz será eterna, la justicia sonreirá en nues-

tros horizontes, y las maldiciones que sobre vuestras frentes caen, se convertirán en santas bendiciones, que llevarán vuestro nombre de pueblo en pueblo hasta los últimos límites del espacio, y de generacion en generacion hasta los últimos minutos del tiempo.

¶ Pero aunque los gobiernos desoigan nuestra voz, alcémosla á todas horas, nosotros demócratas, alcémosla unidos; y unidos y apoyándonos unos en otros, formemos un coro de esperanzas sobre esta sociedad descreida y enferma. No transijamos con los que ponen precio al derecho, aunque ese precio sea un céntimo, porque el mal no está en la cantidad que es transitoria, sino en la injusticia que es esencial. Persuadamos á los que niegan la libertad, que al negarla niegan al hombre, y á los que condenan la razon humana, que al condenarla condenan á Dios. Mostremos que la democracia es la paz, porque la democracia es la justicia. La agitacion de la libertad es tan saludable á la vida como la agitacion de los vientos al mar. Es verdad que alguna vez encrespan las olas; pero quitada la agitacion de los vientos, y el mar estancado se corromperia y corromperá todo el universo. Trabajemos, pues, por la libertad, seguros de que trabajamos por la paz. No nos importen las maldiciones de unos, las burlas de otros, las persecuciones de todos, las espinas que se claven á nuestros piés, las ráfagas tempestuosas que lastimen nuestra fren-

te. ¡Bienaventurados los que padecen por la justicia! Todos los reformadores, que han plantado un nuevo árbol de vida para que se guarezcan á su sombra generaciones de generaciones, han visto las ramas benditas de ese árbol convertirse en las tablas de su cadalso. Bien se puede sacrificar la vida de un dia por vivir la vida de todos los tiempos en el seno de la humanidad, y contribuir á la realizacion de la justicia sobre la tierra.

1.º de Enero de 1864.

LAS DESGRACIAS DE POLONIA.

La infeliz Polonia padece sin esperanza, por una de las más santas causas; siempre vencida, nunca abandonada. La primera necesidad de los pueblos es tener un hogar. Es indispensable fortalecer en las naciones la idea de su autonomía, la conciencia de su derecho. Cuando no hay patria, no hay tierra donde puedan prender las raíces de la libertad. Cuando no hay patria, no hay hogar, no hay ninguna de las condiciones indispensables de la vida humana. Dios que ha puesto nuestros amores en armonía con nuestras necesidades, nos ha infundido este santo amor á la patria, que unas generaciones heredan de otras generaciones, como se heredan la sangre y la vida. Y este amor inmenso á la patria es como el lazo que nos une á la tierra.

Pero los pueblos temblarán por su patria mientras haya vivo en el mundo ejemplo tan triste como el ejemplo de Polonia. Descuartizada, repartida entre

los déspotas, encharcados en sangre sus mutilados miembros, desposeida de sus hijos, arrancada la lengua, extinta la conciencia, se mueve aun como si en cada uno de los átomos de aquella tierra esterilizada, removida por las legiones de los bárbaros cosa cos, empapada en sangre y en lágrimas, se guardara el espíritu de todo un pueblo. ¡Ah! La humanidad no habrá salido del período de barbarie, no habrá entrado en los días de orden y de justicia, estará deshonrada ante la historia y maldecida como Cain por Dios, mientras subsista ese crimen que destila sangre y provoca las iras del cielo. Tres soberanos se juntaron un día, se creyeron por su poder superiores á las leyes divinas de la naturaleza, alargaron sus manos á un pueblo, exprimieron la sangre del corazón de aquel pueblo sobre la tierra, lo despedazaron como las fieras hambrientas su presa, y se repartieron sus despojos que, palpitantes entre sus homicidas manos, han dejado un eterno reguero de sangre en la tierra, cuyos vapores empañan la conciencia humana. ¿Y será posible que esto dure? ¿Será posible que el lamento continuo de Polonia no haya aun herido el corazón de Europa? ¿Se reducirá todo lo que el mundo puede hacer por un pueblo agonizante, á meetings ingleses, á palabras lanzadas desde la tribuna francesa, á notas frias y estériles de la diplomacia, á artículos de periódicos, á esfuerzos de unos cuantos héroes que, ansiosos de morir por una causa grande, van con el pecho des-

cubierto á buscar el plomo ruso en aquellos campos de la muerte?

Polonia tiene una gran desgracia: es víctima de un déspota muy fuerte. En las regiones boreales, entre los hielos eternos, se extiende un inmenso imperio semejante á los antiguos imperios asiáticos; cárcel de muchas nacionalidades; Babel donde se confunden esclavos, mongoles, tártaros, los restos de todas las razas bárbaras que no han podido acampar en el Mediodía de Europa; confederacion inmensa de pueblos que son en la esfera humana como las aves carniceras en la esfera puramente animal; confederacion como aquella que formaba Arminio en las orillas del Rhin, ó Atila en las orillas del Vístula, ó Hermanrico en las orillas del Danubio, ó Tomiris á espaldas de los pueblos persas; confederacion cuyo único lazo es el látigo y la espada, cuyo único Dios es el terror; siempre amenazadora de la civilizacion europea; y que moviéndose en todas direcciones como una legion inmensa, ha ganado la mitad de Suecia, y en Polonia territorios tan grandes como el Austria, y en la Turquía europea territorios tan grandes como Prusia, y en la Turquía asiática territorios tan grandes como los estados de segundo orden alemanes, y en Persia una extension tal como Inglaterra, y en Tartaria otra extension inmensa como el Mediodía de Europa; y ha alargado su frontera setecientas millas hácia Berlin, quinientas hácia Constantinopla, seiscientas há-

Polonia, sin embargo, se perdió por su culpa.

cia Stokolmo, mil hácia Teheran; gigante cuyos piés se hunden en las algas del mar Negro, y cuya cabeza se pierde en las nieves del Polo; y que segun le dicen sus profetas, segun le anuncian sus cortesanos, con sólo extender el brazo hácia Occidente, puede oprimir toda la tierra. Ante un poder tan grande, el mundo se detiene, el mundo se aterra. Este poder, á quien Dios empuja hácia el Asia, se empeña en ser europeo. Eslavo por su sangre, aleman por las inclinaciones de su familia reinante, griego por su religion, bárbaro por su índole, asiático por su destino; se empeña, sin embargo, en ser europeo; y para ser europeo sacrifica á Polonia á fin de estar en comunicacion con el Norte de Europa, y amenaza á Constantinopla á fin de estar en comunicacion con el Mediodia de Europa. Y hé ahí que para satisfacer la ambicion de un pueblo bárbaro, la cuestion de Oriente no se puede resolver, la libertad de Polonia no puede venir á darnos promesas de paz, y el mundo está suspenso delante de Constantinopla, sin atreverse á desarraigar el despotismo turco por temor de favorecer el despotismo moscovita.

Se apena el ánimo cuando recuerda los dolores que ha padecido y las injusticias de que ha sido víctima la infeliz Polonia. Es un pueblo sin igual. Es el mártir de los pueblos. A orillas de los rios donde la civilizacion moria, salvaba con su sangre la civilizacion. Soldado incansable, no dejaba ni un punto la heróica lanza. Iluminado profeta, decia á las

naciones la hora de los grandes infortunios. Cuando los tártaros y los mongoles en esas irrupciones que no puede contar el historiador como no puede contar el geólogo todas las catástrofes de la tierra; cuando los tártaros y los mongoles rebotaban en sus fronteras, destruyendo, talando, incendiando, Polonia era el escudo de Europa. Sus hijos todos eran soldados; sus soldados todos eran mártires. Al ver aquel heroísmo en el ataque, aquella constancia sin igual, los bárbaros creían que Europa estaba guardada por ángeles esterminadores. Al concluir la Edad media comenzaban de nuevo los dolores de Polonia. Ya no era el tártaro el que amenazaba la civilización; el tártaro, en sus irrupciones rápido si en sus venganzas implacable; era el turco dispuesto á acampar en medio de Europa, y á tener en sus manos los dos polos de la historia moderna, Roma y Constantinopla. Polonia se entregaba al sacrificio intercediendo por la civilización. Su vida era un holocausto. Cercada de nubes de enemigos, herida por interiores discordias, abandonada del mundo civilizado que se daba á las disputas teológicas, á las guerras religiosas, Polonia reunía los húngaros, los rumanos, y juntos, con el pensamiento puesto en Dios, y la esperanza en la muerte, iban gozosos á inmolarsé para salvarnos á todos. Vencido aquel obstáculo, la media luna hubiera descansado á un tiempo en el Norte y en el Mediodía.

Polonia, sin embargo, se perdió por su culto al

derecho, por su respeto religioso á la ley escrita. Cuando todas las naciones habian vencido al feudalismo, Polonia lo conservaba supersticiosamente. Cuando el poder habia tomado en todas partes esa unidad necesaria á la formacion de las nacionalidades, Polonia zozobraba en las elecciones de reyes. Cuando las asambleas semi-feudales habian callado en casi toda Europa, para dejar espacio á la idea de la igualdad humana, base de todas las revoluciones, Polonia recrudecia el ódio entre las clases. Sus reyes extranjeros, su patriciado feudal, sus asambleas, donde un solo voto desconcertaba toda disposicion y suspendia toda ley, sus siervos pegados al terruño, divididos de la aristocracia por un abismo, olvidados de toda idea de patria, de todo sentimiento de libertad, la prolongada herencia de odios, de rencores entre tantos enemigos acabaron por entregarla á merced del extranjero, y por borrar de la tierra una de las más gloriosas nacionalidades que han enaltecido á la historia.

Y el mundo no podrá descansar mientras Polonia esté muerta. Cuando la conciencia humana lleva sobre sí un crimen tan grande, se pudre. Cuando los pueblos consienten una injusticia tan atroz, padecen la misma injusticia que consienten. Aun se extiende sobre nuestras instituciones libres la sombra de la Santa Alianza; aun se puede temer que el cosaco aguijonee al prusiano y el prusiano al austriaco, y vengan todos á levantar la antigua legitimidad en

Occidente; Pues bien; la única manera de que los tres reyes del Norte no estén unidos, la única posible, es romper con mano fuerte el lazo que los ata. Si no se puede señalar á Rusia el camino del Asia, donde la voz de Dios la llama, es porque Rusia se cree unida á Europa por ese monton de huesos que se llama Polonia. Si no puede la libertad constitucional prosperar en Prusia, es porque esa libertad se asfixia unida al cadáver de Polonia. Si Austria es aun el buitre que devora á Venecia, el carcelero de Hungría, es porque Austria se asienta sobre los miembros, palpitantes aun, de la infeliz Polonia. La política de las nacionalidades será mentira, el derecho de conquista verdad, mientras las tres poderosas naciones tengan entre sus manos los restos despedazados de Polonia. El mundo occidental no podrá descansar, no podrá creerse libre de nuevas irrupciones de bárbaros, ansiosos de respirar sus balsámicos aires, y de calentarse á su espléndido sol, mientras no se levante en el Norte la nacion caballescá que ha sido como el cruzado de las nacionalidades. Tres veces ha sido crucificada Polonia; tres veces rotos sus miembros, despedazados sus restos; un siglo lleva de esclavitud; un siglo de no recibir sobre su sagrado suelo más que torrentes de lágrimas y sangre; los polacos parecen una procesion de luctuosos fantasmas que lloran como álmás en pena por todo el mundo; hijos sin madre, pueblo sin patria; y es tanta su constancia, que abandonados por

la Revolución francesa, vendidos por Napoleón, en-
gañados infamemente en los tratados de 1815, olvi-
dados en 1830, en 1848, en 1853, hoy de nuevo, he-
ridos por la indiferencia universal, y en su tormen-
to, sin hallar siquiera una palabra de consuelo.
creen que las sombras de sus padres se levantan de
sus sepulcros para salvar la libertad del mundo y
que la cúpula de San Pedro, combatida por los hu-
racanes, se sostendrá mañana en las puntas de sus
lanzas, y seguirá siendo de esta suerte la corona del
mundo.

Parece imposible que, después de tantos desenga-
ños, todavía quede en Polonia algún resto de espe-
ranza. Napoleón, que consumió tanto tiempo en
guerras estériles, no desenvainó su espada por esta
nación, cuando una gota de sangre libre vertida so-
bre el cadáver de Polonia la hubiera despertado co-
mo despertó el cadáver de Lázaro una palabra de
Cristo. Polonia se ha vengado pintando á Napoleón
envuelto en su blanco sudario, encerrado en un se-
pulcro cuyo peso no puede sobrellevar la tierra, con
el mapa de Polonia despedazado ante sus ojos, som-
breados por los laureles, y pidiendo perdón á Dios por
no haber removido con su vencedora espada las ce-
nizas donde dormía el inmortal espíritu de este pue-
blo. Después que pasó el Imperio, vinieron los días
de la Santa Alianza. En aquellos tratados de 1815,
se pactó un gobierno constitucional para Polonia.
Alejandro I, que tenía sus veleidades filosóficas y

liberales, prometia hacer de este pueblo infeliz el pueblo predilecto de su corazon. Pero pronto, muy pronto se desvanecieron tan ilusorias esperanzas. La Constitucion fué como un mitho; los derechos constitucionales una burla; los polacos esclavos: que, para mayor afrenta, llevaban las señales honrosas de los hombres libres. En esto, vino de nuevo la revolucion. Era en 1830. El grito revolucionario resonó en Polonia como resonará la trompeta de la resurreccion en los sepulcros. De nuevo se puso de pié. Una guerra horrible, una de esas guerras en que el tártaro hace alarde de toda su crueldad y deja yermo el territorio que pisa, vino á destrozár á Polonia. Una generacion entera quedó sacrificada á la barbárie moscovita. Los que se salvaron, fueron de region en region, de gente en gente, arrastrando su luto por el mundo, sin conseguir más que estériles palabras, de las cuales se burlaban los tiranos. Polonia en el destierro, tenia poetas que la consolaban con las visiones de su antigua historia, con las esperanzas de su resurreccion, como Israel á orillas de extranjerio rio tenia profetas que entonaran en la antigua lengua los cantares patrios. Todo esto, conservaba en su alma con grande fuerza el ideal de la nacion perdida; el recuerdo de la patria. Sin embargo, el frio de la muerte ganaba cada dia más el cuerpo de Polonia. Cracovia cayó. Su libertad no fué respetada. Arrancaron así los tiranos hasta la piedra miliaria, donde estaba escrito el postrer recuer-

do de la libertad de un gran pueblo. Y en el flujo y reflujo continuo de las revoluciones europeas, vino el día de 1848. Polonia, acostumbrada de antiguo al dolor, presintió la traición inícuca que preparaba la cobardía de Lamartine, del gran poeta, haciendo á la República, por una política egoísta y estrecha, cómplice de las iniquidades de los tiranos. Apenas se movió, cuando toda Europa se movía.

Las continuas guerras que las injusticias traen siempre consigo, produjeron la grande lucha de Oriente. El imperio ruso no pudo ser herido en el corazón, porque lo impedía Polonia. Cualquier llamamiento á esta nacionalidad hubiera sido un llamamiento de guerra á los tres tiranos que la han dividido. Los ejércitos de Europa tuvieron que encerrarse en Crimea y atacar á Sebastopol. Allí sostuvieron una guerra sin resultados, y alcanzaron un triunfo sin gloria. Como Napoleon el grande, Napoleon el chico se olvidó de la nacionalidad mártir. Triste es para el heredero de Napoleon no parecerse á su antecesor sino en sus errores y en sus faltas. La guerra de Italia sonó por último. Era este un pueblo infeliz. Algunos lo habían comparado á un cadáver arrojado á los mares para que no turbase la paz de los déspotas. Y Polonia desde su sepulcro lo vió resucitar, levantarse y deslumbrar al mundo con la aureola de sus libertades. Si un pueblo tan de antiguo consagrado á la servidumbre, vendido en todos los mercados de Europa,

proscrito del derecho, obligado á entonar como el cautivo al son de su cadena cánticos en los oídos de sus mismos verdugos, cánticos cuyos plañidos han hecho derramar estériles lágrimas al mundo; si un pueblo tan desgraciado como Italia ha podido levantarse, andar, dejando sólo en su tumba algunos de sus restos, ¿por qué no ha de ser también libre Polonia? La unidad del espíritu europeo se conoce en esta unidad de ideas que á manera de una corona de fuego se levanta sobre los pueblos. A un tiempo huyen de Europa los últimos recuerdos del imperio romano; á un tiempo nacen por todo su suelo espontáneamente los municipios; á un tiempo se forman las monarquías absolutas; á un tiempo se agitan los pueblos por alcanzar los derechos ocultos en las tempestades de la revolución; á un tiempo entran las nacionalidades opresas, Polonia, Grecia, Italia, en el campo de batalla para dar su sangre por su independencia. Lo que Polonia ha sufrido por esta su noble causa no es decible. Se resiste la pluma á escribirlo por temor de que lllore hasta el papel donde se escribe, más compasivo sin duda que el corazón de los tiranos.

Y sin embargo, ¿para qué engañarnos? Precisa decirlo; no hay esperanza. El opresor se ríe mientras el oprimido muere. Inglaterra no da un soldado por Polonia; Francia pronuncia palabras y nada más que palabras. La estéril política europea no comprende nada grande. Nuestra mezquina diplomacia

impediría hoy la redención de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo. ¿No impide la redención de Constantinopla y el rompimiento del istmo de Suez? No hay esperanza. Sólo cuando la libertad cruce como un relámpago de Oriente á Occidente, penetrará en el sepulcro de los pueblos, rendidos, pero no muertos, les dará el calor de la vida, y los veremos renacer á la vida del derecho.

9 de Enero de 1864.

EL GOBIERNO Y CATALUÑA.

Una de las regiones que merecen particular atención del gobierno, es indudablemente Cataluña, en sus hechos gloriosa, en su trabajo constante, en su carácter indómita, de su libertad idólatra; y aunque tenida de muchos por utilitaria y egoísta, amante de la patria, y pronta siempre por su honra á los más costosos sacrificios. Cataluña ha sido en la historia patria la region destinada á comunicarnos con todos los pueblos de Europa. Mientras Castilla elaboraba nuestros elementos sociales, Cataluña llevaba nuestro nombre y nuestra vida á Marsella, á Italia, al Oriente. Por ella vino á nuestra civilización ese soplo de Provenza, que tanto fecundó nuestras artes. Por ella, que levantó las banderas españolas en Cerdeña, en Sicilia, en Grecia, en el Asia menor, el Mediterráneo fué como un lago español, y Roger de Lauvia pudo decir sin jactancia, que hasta los peces llevaban las inmortales barras de Aragon en

la cabeza. Y estas grandezas se deben al carácter de sus hijos, cortos de palabras, como lo muestra su lengua concisa y monosilábica; largos de hechos y de obras, como lo muestra su floreciente industria. Y como todos los pueblos trabajadores, independientes, el pueblo catalan no pide al gobierno oro del presupuesto, sino el oro puro del derecho; no pide que lo ampare, sino que lo emancipe. El es uno de los escudos de la patria. Levantado á espaldas del Pirineo, guardador de aquellos valles por donde pueden penetrar como torrentes, las extrañas irrupciones, bien podemos estar tranquilos, porque en toda ocasion sabrá renovar las hazañas de sus padres, como lo prueban las ruinas de Gerona, gloriosas cicatrices de su sagrado suelo. Pero si tiene Cataluña esta independendencia que le dá su índole, es justo, es conveniente gobernarla con arreglo á esa índole. En el siglo décimo-sétimo estuvo á punto de separarse, como Portugal, de nuestro hogar por las violencias de ese gobierno absoluto, estirpador de toda vida. Y á fin de que no se repitan nunca males tan graves, no seais, para dirigirla, incapaces, ni para gobernarla como extranjeros.

Y en verdad que ha mostrado Cataluña ser sumisa al yugo de las leyes, indómita sólo á la fuerza y á la violencia. Cuando cada capitán general era un procónsul, cada guarnicion una guardia pretoriana, cada consejo de guerra un tribunal como el de Venecia, cada empleado un esbirro, y el gobierno cen-

tral como un duro conquistador; cuando se negaba á esta region privilegiada el amparo de las leyes; cuando sus mejores hijos andaban errantes, sin duda por cometer el crimen nefando de amar la libertad, Cataluña forcejeaba, en su natural duro y enérgico, bajo sus hierros, y amenazaba á cada instante la pública tranquilidad, haciendo sonar terriblemente las pesadas cadenas en los oídos de sus déspotas. Pero vinieron días mejores, volvió la luz á tener fuerza, el hogar á tener seguridad, el ciudadano á tener inviolabilidad, y Cataluña fué la más pacífica de las provincias de España. ¿Por qué se han renovado, sino las violencias antiguas, amagos de violencias? En Monistrol, una indagacion sobre supuestas sociedades secretas, indagacion que ha de causar asombro, por lo extraña, en este nuestro siglo de libertad; en San Feliu de Guixols, preso, incomunicado por causas políticas, uno de los hombres de más arraigo y más probidad del país, conducido de cárcel en cárcel como un facineroso; en Barcelona, presos tambien por las mismas causas, unos ciudadanos honradísimos, que han cometido el enorme crimen de difundir publicaciones democráticas, autorizadas por las leyes; la sociedad del *Pacto fraternal*, tolerada por el Sr. Dulce, y que tenia hasta públicas sus sesiones, disuelta; el Ateneo catalan de la clase obrera amenazado; casas de Reus allanadas de noche, cuando en brazos del sueño descansaban sus moradores de las fatigas de

catorce horas de trabajo. ¿No hay motivos para creer que vienen á más andar los tiempos antiguos? ¿Y no hay razon para dirigirse al gobierno, reconviniéndole amargamente por su vergonzosa debilidad, que le lleva á ver conjurados en los trabajadores, y conjuracion en el trabajo? ¡Conjurados los hombres que sostienen la vida de sus hermanos! ¡Conjuracion esa fuerza misteriosa que sostiene la sociedad!

En verdad que la cuestion del trabajo es grave en todas partes, pero mucho más grave en Cataluña. Y el mal proviene de la sobra de privilegios en unos, de la falta de libertad en otros. La injusticia engendra siempre la intranquilidad social. Parece imposible que despues de tantos y tan largos años de revoluciones, en que la conciencia se ha emancipado, y se ha extendido por el mundo la igualdad, todavía quede allá en el fondo de los abismos sociales, entre tinieblas, sin sus derechos, el pobre descendiente del pária, el que ha fecundado con su acre sudor más benéfico que la dulce lluvia del cielo, esta áspera tierra que sólo brota vida cuando la hiere el azadon del trabajo. Lo cierto es que los trabajadores no pueden contribuir á la formacion de las leyes que obedecen, porque no tienen voto; no pueden contribuir á la formacion del municipio que pagan arrancándose el pan de la boca; no pueden siquiera asociarse, porque la autoridad vé en sus asociaciones la sombra de la revolucion. ¡Cómo lo esterilizan todo nuestros malos gobiernos! ¿Habrà algo

más propio para inspirar el amor de la libertad que el mar infinito y los vientos incoercibles? Pues bien, si quereis lanzaros á luchar con las olas, si quereis buscar la vida que hay en las entrañas del mar, estais obligados á inscribiros en las matrículas, á permanecer como siervos pegados al terruño en medio de la grande impetuosidad de los vientos; ménos libres vosotros que la misma naturaleza sujeta al fatalismo de la materia. Y si vais estudiando grado por grado el trabajo, encontrareis por doquier los mismos enmohecidos eslabones de los antiguos errores sociales, encontrareis que el trabajador, de suyo débil, desamparado de suyo, no puede reunir sus fuerzas para disminuir, como es natural, los gravámenes del trabajo, y aumentar los rendimientos del salario. Y hoy, en el dia en que vivimos, en esta grande hora de perturbaciones sociales, la asociacion meritoria, justa, de los trabajadores, gracias á nuestros gobiernos, es perseguida y castigada como un crimen. Hé ahí el origen de las vejaciones que lamentamos en Cataluña.

Con esto el principio de igualdad, escrito en nuestras Constituciones, queda completamente burlado. ¿No pueden asociarse los capitalistas, ó al ménos no sucede que se asocien sin provocar sobre sus asociaciones los recelos del gobierno? ¿Por qué no se han de asociar tambien los trabajadores? No hagais de la justicia un privilegio, porque la sociedad quedará sin base, y en su seno hervirá siempre el volcan de

las revoluciones. ¿Decis que perturban las asociaciones de trabajadores el capital? ¿Pues no pueden tambien las asociaciones de capitalistas perturbar el trabajo? ¿Dónde está el principio social que subordina el derecho de unas clases al interés de otras? Siempre estais hablando de la armonía entre el capital y el trabajo en vuestros discursos, y siempre poniéndolos en guerra en vuestras leyes. No os pedimos privilegios para el trabajo; os pedimos derecho. El trabajo no puede vivir sin el capital, es verdad; pero el capital no puede producir sin el trabajo. ¿Por qué los enemistais? Dejais á los fabricantes que se asocien para bajar los salarios. Pues dejad tambien á los trabajadores que se asocien para subirlos. Las leyes de la libertad traerán la armonía en la sociedad, como las leyes de gravedad traen el equilibrio en el universo. Perseguis las legítimas asociaciones de trabajadores, como si fueran de monederos falsos. De aquí proviene que se agiten y se revuelvan en las sombras para llegar á un resultado tan racional como es la mejor distribucion del trabajo y su mejor recompensa. ¿Y qué ha sucedido? Que en el silencio, en la soledad, los trabajadores han nombrado sus jefes, y estos, algunas veces, ó han malgastado sus intereses, ó han vendido á planes maquiavélicos y tenebrosos la vida de sus consocios, levantándose sobre sus hombros. Nada de esto sucediera si la asociacion fuese libre, completamente libre, como cumple á pueblos civilizados.

como en verdad merecen trabajadores tan ilustrados, de tanta moralidad como los trabajadores catalanes. No hace mucho tiempo, algunos amigos nuestros de Gracia trataron de asociarse para trabajar por su propia cuenta, pudiendo así dar más baratos los géneros, y competir con los grandes fabricantes. Pero el obstáculo á este plan, el único obstáculo se encuentra en las mil limitaciones que nuestras leyes políticas y administrativas oponen al derecho de asociación. Romped esas limitaciones, y vereis florecer el trabajo que se agosta falto de atmósfera. El pueblo catalan pide estas reformas, y el gobierno las niega. Y como lo que es natural no puede negarse por disposiciones artificiosas de los gobiernos, la asociación, que creceria á la luz del sol, se envuelve entre tinieblas; y el problema social, que necesita espacio para desarrollar sus términos, se esconde amenazador, como el primitivo cristianismo en el fondo de las catacumbas. Y hoy se persigue una asociación de trabajadores que no tiene más objeto que hermohear la tierra con el trabajo, como antes se prohibia una reunion de cristianos que no tenia más objeto que renovar la conciencia de la humanidad. En esta prohibicion de los derechos sociales no sabemos qué admirar más, si la falta de justicia, ó su completa impotencia.

Los trabajadores no piden privilegios, ya lo hemos dicho. Se concibe una clase privilegiada, pero el advenimiento del pueblo á la vida pública, es incom-

patible con todo privilegio. Las eternas víctimas de la tiranía se adelantan trayendo la justicia y el amparo del derecho para sus mismos tiranos. No piden más que libertad, porque saben que la libertad es la principal fianza de su trabajo. Pero notad que todas las reformas de nuestra revolucion se han hecho en pro de las clases medias. Para ellas fué la abolición de los señoríos; para ellas la abolición del diezmo; para ellas la desamortización. Las reformas políticas han elevado á las clases medias; las reformas sociales las han enriquecido. Todas estas reformas se han levantado sobre las ruinas de grandes privilegios, de privilegios históricos, en los cuales se asentaba como en su base el poder político de la aristocracia y el clero. Pues bien, debemos decirlo en su elogio; no hay para qué negar la verdad y la justicia; estas clases, en 1789, se sintieron como invadidas del espíritu del siglo, y destrozaron la coyunda de sus privilegios. ¿Sereis vosotras, clases medias, más egoistas? El pueblo no os pide privilegios, no; os pide su derecho, innato á su naturaleza, superior á toda convencion social. Pues qué, no advertís que, en esa utopia que desde Platon se reproduce todos los dias ante los ojos de los siglos, hay algo de justo? Un pensamiento renace siempre desde los pitagóricos de Grecia hasta los esenios de Judea; desde los primeros cristianos hasta los milenarios de la Edad media; desde los utopistas del siglo XVI hasta los reformadores del siglo XIX. Os hablarán en su len-

guaje sibilítico, de florecimiento en la naturaleza; de mayor iluminación en los astros; de coros angélicos que bajan á hermosear el planeta más etéreo, más magnetizado; de nuevas lunas de siete colores que nacen al beso del amor en el cendal de los cielos; de redentores dispuestos á morir por su idea para avivar el espíritu; de la armonía de los astros que se dilatará por las esferas como un concierto sin fin; de una humanidad más llena de espíritu, y de un Dios reconciliado con la humanidad y en su seno confundido por la revelación eterna de su santo amor. Quitad de aquí la utopía y buscad la idea. ¿Creeis que este contínuo desarrollo de sistemas sociales, en último resultado solo encaminados á fundir con el fuego de las ideas las cadenas del esclavo, no guardan ninguna aspiración justa? Pues entonces haceis del mundo un poema fantástico, del genio un fuego fátuo que solo brilla por las sombras que lo rodean. Dad libertad al pensamiento, y el pensamiento iluminará el problema social, esa esfinge que guarda la entrada de todos los siglos. Dad libertad al trabajo, y el trabajo encontrará su centro de gravedad, que es la justicia.

Pero con las prohibiciones, con las limitaciones, con esos tributos indirectos cada día más odiosos; con esa falta de escuelas profesionales cada día más necesarias; con tantas cadenas, no haceis más que agoviar al trabajador, consumir sus fuerzas, esterilizar su trabajo. Nosotros hemos recorrido las po-

blaciones fabriles de Cataluña; hemos visitado todos los grandes talleres; hemos visto ejércitos de trabajadores; hemos podido hablar con ellos, oírles; hemos sentido latir las ideas en su cerebro, el corazón en su pecho, y podemos asegurar á los gobiernos que no tienen ningun odio; que sienten el peso de sus cadenas, pero que, al romperlas, no intentan arrojárselas sobre sus enemigos, sino proclamar la reconciliación de todas las clases en el seno del derecho. No hemos visto en las clases trabajadoras de Cataluña esa sed de goces que ha precipitado en otros pueblos más infortunados á sus compañeros á los piés de un César.

Antes que trabajadores son hombres; antes que su propia conveniencia quieren la libertad; abominan de todo privilegio, trabajan por esta noble causa del derecho que ha infundido aliento en todos los héroes, y paciencia en todos los mártires. ¿Qué le resta pues que hacer al gobierno? Una cosa muy fácil: dar libertad, y esté seguro que con libertad todo conflicto se acabará, toda crisis se salvará, todo problema se resolverá, reinará la paz más duradera, que es la nacida del eterno orden de la sociedad, y será verdad el reinado de la justicia.

Pero con las
con esos tributos indirectos cada día más odiosos,
con esa falta de escuelas profesionales cada día más
necesarias; con tantas cosas más que
11 de Enero de 1864
agotar al trabajador, disminuir sus fuerzas, calen-
tizar su trabajo. Nosotros hemos recorrido las po-

LAS QUINTAS.

Hoy es la quinta en toda España. Hoy millares de corazones se desgarran, millares de madres lloran. Estamos seguros de que nuestros repúblicos al uso, perdidos en las sirtes de intrigas frecuentes en Madrid, yendo en pos de una cartera para sí, ó de destinos y altas posiciones para sus cortesanos, preocupados con los alardes guerreros de la aristocracia, ó con el humor tornadizo de los disidentes; mirando si viene ó se va Narvaez, se olvidan de que, á estas horas, en todos los pueblos, se levanta un tablado tan triste como un patíbulo; ruedan unas bolas á cuyo ruido se estremecen de dolor amantes entrañas; se celebra una lotería, en cuyos caprichos va librada la suerte de millares de familias, que levantan los ojos y las manos al cielo protestando en vano contra la crueldad de las leyes de los hombres, contra la fuerza que les arrebató las prendas más queridas del alma.

Los que no han vivido en las aldeas, no pueden

concebir todo el terror que inspira la quinta. Es la conversacion general del año. Conforme se acerca el dia, se nublan los semblantes. Todos en los pueblos se conocen; todos están unidos por algun lazo, por algun recuerdo, por alguna esperanza. Los mozos sorteaables se reunen, van de puerta en puerta, entonan melancólicos cantares de triste despedida que hacen verter muchas lágrimas. Llega el dia, y por todas partes se oyen lastimeros sollozos. ¿Quién no tiene un hijo, un hermano, un amigo pendiente de la fatal sentencia? ¿Quién no vé alejarse con pena, para mucho tiempo al menos, sino para siempre, á una persona querida? A la vez no hay dolor semejante al dolor del quinto. No se renuncia tan fácilmente á los hábitos de toda la vida; al hogar que con su amorosa lumbre calienta el corazón; á la familia, cuyas caricias, cuyos cuidados vienen á ser como la sávia del alma; al campo por donde volaron las ilusiones de la infancia; al templo, en que se perdió la primer oracion; á los sitios, mudos testigos de los primeros amores; á los amigos, que han compartido nuestras alegrías y llorado nuestras penas; á todas las esperanzas, á todos los recuerdos, á todas las caricias, á todas las costumbres, á toda la existencia que se encierra y se contiene en el suelo sagrado de la patria. Por eso uno de los dias más tristes de un pueblo, uno de esos dias sin luz para las almas ¡ay! es el dia de las quintas, cuando la muchedumbre se agolpa al pié del tablado; y se oye resonar un nóm-

bre en los aires cargados de gemidos; y un silencio sepulcral sigue á la siniestra vibracion del nombre, silencio que aguarda el número; y una explosion de voces discordes de ira, de lástima, de desesperacion, sigue á la vibracion del número, á aquel capricho de la suerte que acaba de salvar á un hombre, ó de condenarlo por ocho años á remar forzado, lejos de la patria y del hogar, en la triste vida de la milicia.

No es posible imaginarse cómo la quinta perturba las relaciones de las familias, cómo se parece á siniestra maldicion escrita en el hogar de los pobres. El padre no se atreve á escuchar la vocacion de su hijo, ni á darle con seguridad un oficio, porque teme el dia de la quinta. La madre vé con dolor que se pasa el tiempo, que crece su hijo. Sus entrañas se desgarran, cuando, al contemplarlo hecho hombre, merced al sacrificio, á las penas, al dolor santo de una madre, á ese dolor que es, para cada dia un consuelo, para cada paso una advertencia, para cada herida un bálsamo, para toda la vida una redencion continua; al contemplarlo hecho hombre, contempla tambien sobre aquella frente, donde sus besos y sus lágrimas han infiltrado su alma, extendiéndose la negra sombra del dia de las quintas. El joven no se atreve ni á pensar siquiera en la fundacion de una nueva familia. ¿A qué mujer le dirá su amor, si no sabe si entre esa mujer y su corazon abrirá un abismo maldito el dia de las quintas? Y no hay pensamiento que moralice y ordene la vida del

jóven; como el pensamiento de fundar una nueva familia. En vez de pasiones desordenadas y viciosas, siente el corazón el amor casto que no se empaña ni con un mal pensamiento. En vez de la inclinación al ocio, el deseo del trabajo, el amor á la gloria, el culto á la virtud para hacerse digno de ser amado mucho. En vez del despilfarro, á que la impresión de los primeros años arrastra siempre, el amor, número así del arte como de la economía, inspira el ahorro para la futura familia que la adivinación del alma ve dibujarse ya como un coro de ángeles en los horizontes de la esperanza. Todo, la vida de los padres, las caricias de las madres, las más santas inspiraciones del corazón, las más imperiosas leyes de la naturaleza, se ven como conturbadas y deshechas por este siniestro día de las quintas.

Y cuánto pierden con las quintas la agricultura, la industria! Nuestros campos más que la lluvia del cielo, han menester el fecundante sudor del trabajo. Las provincias que más cualidades tienen de fabriles, han menester brazos que muevan sus máquinas. La despoblación es la causa de nuestra ruina. América nos quitó gran parte de nuestros hijos. Por poblarla nos despoblamos; por enriquecerla nos empobrecimos. Los huesos españoles blanqueaban á orillas del Atlántico y del Pacífico, en las desiertas pampas y en las cumbres de los Andes. La guerra universal, que á causa de la inmensidad de nuestros dominios, sostuvimos en las cuatro partes del mun-

do, acabó de desangrarnos. El fanatismo religioso esterilizó nuestro suelo. Con los judíos perdimos todos nuestros industriales. Con los moriscos perdimos nuestros más peritos agricultores. El fuego de la Inquisición consumió el espíritu, y esterilizó la tierra. Al siglo y medio de absolutismo, nuestra nación era un montón de escombros, sobre el cual yacía un pueblo cubierto de inmensa cancerosa llaga. La imbecilidad de Carlos II había llegado á todas las almas, apocadas y fanáticas: su impotencia á todos, los cuerpos, desmayados y débiles. España es despoblada. Y con tanto territorio casi como Francia, no tenemos, gracias á nuestros errores económicos y políticos, ni la mitad de su población. ¿Qué necesitan nuestros montes, nuestras llanuras? Necesitan trabajo, trabajo, siempre trabajo. Y el trabajo no es posible sin brazos. ¡Y todos los años venir á quitarle con vuestras quintas brazos á la industria, brazos á la agrícola!

No se diga que la razón de Estado no tiene entrañas; no se diga que tratamos de debilitar y afeminar con este horror á las quintas el carácter severo y enérgico del país. Pues qué, ¿no son pueblos varoniles, pueblos avezados á la guerra, pueblos indómitos los pueblos que no tienen quintas? Mirad los vascos. Todavía son los vencedores de los romanos; los vencedores de los invencibles franceses. Acostumbrados á luchar con las olas del indómito Océano, jamás han sentido el miedo en sus pechos cubiertos

con la triple coraza de férreo valor. En la guerra civil, cuando peleaban por sus fueros, cada casa era una fortaleza; cada montaña una termópila; cada soldado un héroe. Pues los vascos no tienen quintas. Ved ahí como no pedimos novedades peligrosas; pedimos lo que ya está en las costumbres, lo que está en las leyes; pedimos que el privilegio de una provincia se convierta en el derecho de toda la nación. No tengais recelos ni miedos. La paz interior será eterna en este pueblo, que, por lo mismo que es democrata, es pacífico. Y si el extranjero nos amenazara, si hubiese algun conquistador insensato que, olvidando nuestro carácter, tendiese la mano á este pais, desde las cumbres del Pirineo hasta los mares de Cádiz España seria una inmensa hoguera, y todos los españoles se convertirian en soldados, y de sus sepuleros se levantarían las sombras augustas de nuestros progenitores para fortalecernos y escitarnos á renovar las hazañas de nuestra historia, á ser, como en todos tiempos, el escudo de las naciones.

Nos dirán nuestros enemigos: vosotros no quereis los ejércitos. No nos oponemos á los ejércitos, No es cierta esta imputacion. Todos los pensadores, aun los más guerreros, desean la paz perpétua. Enrique IV la proclamaba, y soñaba con un anficionado de naciones para impedir la guerra y desarmar los ejércitos. El mismo Napoleon decia que una guerra entre las naciones europeas, equivale á una guerra civil. Carlos V, aquel génio colosal de las bata-

llas, buscaba la paz de los claustros. La inteligencia anhelaba instintivamente la paz; la realidad ofrece la guerra. Nosotros, en las condiciones presentes de Europa, comprendemos la necesidad de los ejércitos. La nación que comenzara por desarmarse en medio de tantos enemigos armados, malbarataria su independencia. Es más: en la mecánica social hay un elemento que no debe ni puede nunca desaprovecharse, y ese elemento es la fuerza, aunque está sometida al derecho. Una nación soberana debe ser una nación armada. El municipio necesitará siempre su guardia urbana; la administración, su guardia civil; el Estado, su milicia, para tener medios coercitivos de ocurrir al amparo de todos los derechos. Pero reconoced en todos los ciudadanos el derecho de ser soldados para formar parte de la fuerza social y el deber de defender la patria. Esto constituye la milicia. Si quereis ejército, como lo piden las circunstancias presentes, haced de la carrera militar un oficio lucrativo y honroso. Por ventura, ¿necesitais quintas para llenar los cupos de carabineros? ¿Necesitamos quintas para llenar los cupos de la guardia civil? ¿Necesitamos quintas para proveer de buenos oficiales el ejército? Haced para toda carrera militar lo que haceis en los cuerpos especiales; dotadla bien, ocurrid pródicamente á sus necesidades, y tendreis un grande ejército voluntario, sin necesidad de forzar las voluntades, ni recurrir al sorteo.

En Inglaterra no hay quintas. Y no negareis el valor de aquel soldado inglés que, impasible como una estatua, aguardaba las cargas de la primera caballería del mundo en los campos de Waterloo.

Suiza no tiene quintas. Y nadie será osado á dudar del valor de los suizos, á que tantas veces han acudido los reyes. Bien sabemos que un sistema militar, como el que exige la democracia, necesita la reduccion del ejército. Pero, ó nosotros andamos tras-cordados, ó hemos leído en artículos escritos por el ministro de la Gobernacion que hoy nos manda, que los ejércitos sobrado numerosos son un peligro para la libertad. Del ejército que comenzó á organizar el monárquico Strafórt, se valió Cronwell para matar la monarquía y cerrar el largo Parlamento. Del ejército que comenzó á organizar el republicano Carnot, se aprovechó Napoleon en el 18 Brumario para matar la República. El sistema seguido antiguamente por Prusia es un sistema preferible al nuestro; la combinacion de un pequeño ejército muy lucido con grandes y permanentes milicias, en las cuales se adiestran todos los ciudadanos para el ejercicio de las armas. Y de estas milicias hemos necesitado nosotros españoles en todas las grandes ocasiones de la vida. Sin ellas el francés nos venciera en la guerra de la Independencia. Sin ellas, que resistieron tan noblemente en Bilbao, en Gandesa, en Cenicero; que tan impetuosamente pelearon el

dia 5 de Marzo en Zaragoza, no hubiéramos podido romper tan fácilmente las poderosas huestes del absolutismo. Y la milicia nacional no se reclutaba por el odioso sistema de las quintas.

El día en que se acabáran las quintas sería uno de los días felices del pueblo. Reformas tan fáciles nada costarían, á haber voluntad decidida de hacer bien. Pero nosotros, por culpa de estos gobiernos, siempre tardos en las reformas, nos paramos cuando toda Europa se mueve, ó mejor dicho, retrocedemos cuando toda Europa progresa. No sabemos qué maldición pesa sobre nuestra patria, ó qué mano aleve detiene todo conato de reforma. Todos los pueblos han aceptado algún progreso, mientras nosotros abandonamos los que tanta sangre costáran á nuestros padres. Extended la vista por Europa, y os parecerá España la China murada, por no sabemos qué insalvable muro; la China inmóvil, en no sabemos qué especie de eterna soñolencia. Rusia ha roto las cadenas de sus siervos. No habéis aquí de la esclavitud en Cuba. Austria ha aceptado las reformas constitucionales, y concedido libertad al pensamiento.

Aquí se niegan hasta los derechos de la ciencia. Italia ha entrado resueltamente en la libertad; Italia, esa eterna esclava, mientras nosotros pisoteamos todas nuestras libertades. Portugal se propone abolir la pena de muerte, porque hace diez y seis años que no se ha levantado el cadalso, mientras aquí, prescin-

diendo de las veces que el verdugo ha ejercido su terrible oficio por delitos comunes, los recuerdos de Arahal, Loja, Utrera, dejan un rastro de humeante sangre en nuestra herida y esterilizada patria. Y no es justo esto, tratándose de un país siempre apercebido á sacrificarse por la libertad, un gran país regido por pequeños gobernantes. La abolición de las quintas es una reforma urgentísima, porque las quintas entrañan un privilegio irritante. El rico, por ocho mil reales, tiene los derechos del ciudadano sin el deber de defender la patria. Esos ocho mil reales separan al pueblo en dos castas. Sí, porque el pobre, que quiere á sus hijos como el rico, y que los ha criado con más privaciones y dolores, y que los necesita más para consuelo de su alma, para sostén de sus fuerzas, los vé partir á la guerra; y no teniendo derechos políticos, encerrado como el antiguo esclavo en la ignominiosa ergástula de la proscripción social, dá á la patria el tributo más costoso, la sangre de sus venas, los pedazos de su corazón.

Y bien: ¿direis que vivimos en una sociedad justa? ¡Oh! Si viviéramos en una sociedad justa, no tendría razón de ser esta gran democracia que se presenta como una protesta contra lo presente, y como un ideal para lo porvenir. Confíad en ella, pueblos. No sólo consagrará vuestros derechos, no sólo os devolverá vuestra dignidad, sino que respetará los sentimientos más caros del corazón, os guardará

vuestros hijos, y no volvereis más á registrar estos dias fatales de la quinta, que pesan hoy como una maldicion sobre vuestros hogares, y enturbian los puros y santos goces de la vida de vuestras familias.

EL MAQUINISMO DE BONAPARTE

24 de Enero de 1864.

EL MAQUIAVELISMO DE BONAPARTE

EN AMÉRICA.

Uno de los monumentos de la política bonapartista es la guerra en América; la monarquía llevada en la punta de las bayonetas; la reaccion cruzando por la tierra de la libertad; los viejos imperios, como el convidado de piedra de la leyenda, llamando á las puertas de los festines, donde pueblos jóvenes, de sangre hirviente y corazon desasosegado, se entregan, sobrados de vida, si se quiere, á desvariar con su libertad.

Napoleon ha pasado por un gran político. Decian sus aduladores que, en su génio político se echaba de ver su sangre italiana. En verdad, Italia es la nacion de los políticos. Por lo mismo que ha sido el pueblo ménos apto para la política en accion, ha sido el pueblo más apto para la política en teoría. En ella nació el talento político por excelencia, el adulator de todos los poderosos, ora fueran pueblos,

ora fueran reyes; el génio malo de todos los gobiernos y de todos los conspiradores; el que ha enseñado á las repúblicas á esgrimir el puñal contra los Césares y á los Césares á esgrimir el golpe de estado contra las repúblicas; el que ha dictado leyes á todas las rebeliones y dado consejo á todas las tiranías; el que ha dicho á los papas hasta qué punto necesitaban de su poder espiritual para alzarse con el dominio de la tierra, y á los reyes hasta qué punto necesitaban del descreimiento y del excepticismo para vencer á los papas; el calcudor de todas las fuerzas activas y de todas las resistencias sociales; el que se ha reido de las teorías y ha despreciado las religiones, y ha consentido en ser cómplice de todos los crímenes políticos con tal que fueran seguidos de la victoria; Maquiavelo, en una palabra, el Mefistófeles de todos los ambiciosos del mundo.

Y se decía que Napoleon era Maquiavelo en el trono. El golpe de estado con tanto tiempo dispuesto y tan traidoramente dado; y la humillacion de Rusia y de Inglaterra, dos rivales poderosas, en los campos de Crimea al pié de los muros de Sebastopol; la frontera de los Alpes, ganada para Francia con una guerra en el Mincio, habíanle dado fama de político, y de político maquiavélico, á lo Borgia, de los que llevan una idea y enseñan otra, de los que ocultan un propósito firme y de grande trascendencia en el talisman de sibilíticas palabras. Pero el velo se ha rasgado y el ídolo ha caído. La unidad de

Italia, que él queria evitar á toda costa, encontrada en el fondo de su guerra; el Rhin tan codiciado, alejándose como un espejismo engañoso de su falaz esperanza; la suplantacion de la política inglesa á su política en Italia y en Grecia; el emperador de Austria, humillándole con su liberalismo; el Congreso diplomático, recibido con una carcajada homérica por todos los dioses de los vacilantes olimpos europeos, han mostrado que, bajo la corona de Napoleon y de Carlo-Magno, se oculta el calavera de Strasburgo, y que su águila tan temida, es aquella águila domesticada como una gallina, en cuyas alas rotas pretendió subir al imperio.

Pero sobre todo lo que acaba de mostrar su torpeza es su política en América. ¿Dónde está ese decantado maquiavelismo? No conocia ni el movimiento de la civilizacion americana; ni la imposibilidad providencial de levantar allí una monarquía; ni los obstáculos con que iba á luchar en el pais; ni las grandes resistencias que debia vencer; ni la inutilidad de sus victorias; ni la fuerza de sus enemigos; ni la impotencia de sus aliados; ni la herida que abria en su ejército; ni la herida aun más profunda que abria en su tesoro. No conocia aquellos grandes principios políticos que pueden reducirse á axiomas. Cuando se conquista un Estado que es una república, no hay más remedio, para retenerlo, que destruirlo. Un Estado que es republicano prefiere siempre las tempestades de una libertad tumultuosa al silencio y la paz

sepulcral del despotismo. El que, conquistando un Estado que fué libre, no lo aniquila, será aniquilado. La rebelion es eterna en esos pueblos mal sujetos y de continuo escitados por el recuerdo de las antiguas instituciones y el amor inextinguible á la libertad, que exacerba el nuevo amo, si es déspota, con crueldades que sublevan, si es bueno, con beneficios que humillan. Pero sobre todo la mayor torpeza que se puede cometer en el mundo, es la de conquistar un imperio para otro; es la torpeza de los Colonnas y de los Orsinis, conquistando ciudades italianas para César Borgia, su enemigo; es la torpeza de Luis XII, conquistando Nápoles para Fernando el Católico, su rival: torpeza mayor en Bonaparte, que tiene la experiencia histórica, y sabe que la casa de Austria es su enemiga, y no olvida el axioma de Maquiavelo: «Es un error creer que, los servicios recientes hagan olvidar á los poderosos las antiguas injurias.»

Sobre todo lo que indigna es que se crea posible, porque Europa conserva la forma monárquica, el renacimiento de la monarquía en América. ¿Qué tiene que ver América con nuestros hábitos, con nuestras antiguas tradiciones, con nuestro carácter, con nuestra historia, con nuestra vida? En América es posible que continúe la guerra civil, que se desgaren las razas, que se sucedan las dictaduras, que sus jóvenes nacionalidades pasen aun largas peregrinaciones por esos desiertos extendidos siempre á la

puerta de toda tierra prometida, porque no hay victoria sin trabajo, ni trabajo sin dolor; pero lo que no es posible en América, lo que nunca será posible allí, es la monarquía. Podremos verla, tocarla; y sin embargo, la conciencia universal creará que es mentira. Lo que no es racional, no es real. Así como el planeta quedaria aterido, convirtiéndose en desierto de hielo si la noche se prolongara mucho, moriría el espíritu si volvieran á reinar sobre él las pasadas noches de la historia. Imperios conquistados, imperios levantados en bayonetas extranjeras, imperios que tienen sobre su conciencia la muerte de tantas nacionalidades, imperios semi-bárbaros no pueden durar sin que extirpen hasta su raíz la vida de los pueblos americanos. ¡Triste destino el de la imperial casa de Austria! Los tiranos la han hecho el carcelero de los pueblos sin libertad, el sepulture-ro de los pueblos sin vida. Es destrozada Polonia, y la casa de Austria guarda uno de sus restos palpitantes. Cae Hungría, y la casa de Austria pone el pié sobre su cerviz. Muere Venecia, y la casa de Austria guarda la llave de su atahud de plomo. La nacionalidad mejicana se quebranta, y la casa de Austria, su representante el príncipe Maximiliano, se encarga de impedir su resurreccion. ¡Atrás! imperio funesto, la sangre de cien pueblos te ahoga, la humanidad reniega de tí y Dios te maldice.

Fundar la monarquía en América, es imposible. Las monarquías en Europa nacieron fuertes,

porque ahogaron el feudalismo, levantando sobre sus ruinas la unidad de las naciones. ¿Pero qué fuerza ha de tener una monarquía que quiere convertir la democracia en feudalismo, y la independencia de los pueblos en servidumbre? ¿Dónde están los títulos de esa monarquía? No es el derecho divino, porque el derecho divino ya no lo invocan ni los mismos reyes. No es el derecho histórico, porque contra ese derecho se levanta, desde el punto de vista de nuestras ideas, la independencia mejicana, y desde el punto de vista de las ideas antiguas, la dinastía española. No es el derecho popular, porque el derecho popular y la intervencion se contradicen con una contradiccion manifiesta. No es la conquista, porque ni el príncipe Maximiliano ha conquistado á Méjico, ni sus seides, los soldados franceses, dominan sino sobre la tierra que pisan, y no pueden reducir todo el país á la estrecha dimension de las suelas de sus zapatos.

La suerte de la monarquía en Francia es bien triste. Uno de sus más grandes é ilustres defensores decia: que, en tres años, murió la monarquía del derecho divino con Luis XVI sobre el cadalso; en tres meses, la monarquía de la gloria con Napoleon en los campos de Waterloo; en tres dias, la monarquía histórica con Cárlos X sobre el ingrato suelo del destierro; en tres horas, la monarquía de la clase media con Luis Felipe sobre las barricadas de Febrero, y ¿quién sabe si morirá en tres minutos la

monarquía de la fuerza, la monarquía de la dictadura, la última monarquía posible, la monarquía militar y cesarista? ¡Y quieren que renazca en América! No renacerá, no. Sus títulos son mentidos, su porvenir horrible. Méjico la rechaza. América entera la condena. Si en Francia puede sostenerse el cesarismo, porque los intereses de castas privilegiadas conspiran á tal fin, no puede sostenerse en América. Si el hecho domina sobre el derecho en Francia porque el comercio lo prefiere todo á una revolución, y la diplomacia todo á una guerra, en América el comercio sabe que su porvenir está unido á la democracia, y ni hasta allí llega ni puede llegar la huesosa y amarillenta mano de la diplomacia europea.

En medio de todo, la democracia americana tan combatida ha prestado grandes servicios á la libertad, á la civilización. Ha destruido en parte el pretorianismo y la teocracia legados por tres siglos de servidumbre. Ha arrancado en Méjico la tierra á las garras de la amortización eclesiástica que la esterilizaba. Ha roto las castas levantando todas las frentes á la santa igualdad. Ha descendido hasta la ergástula del esclavo, y ha borrado la marca de infamia de su frente, fundiendo, con el fuego de sus ideas, todas las ignominiosas cadenas. Ha proclamado la libertad de pensar, el más sagrado de todos los derechos. Ha borrado, especialmente en Méjico, la antigua intolerancia religiosa, reconociendo el

derecho que tienen todos los hombres á conservar íntegra la inviolabilidad de su espíritu, y á dirigirse libremente tambien al Dios de su conciencia. Y todas estas grandes ideas no pueden morir. Una monarquía, que se levanta contra el progreso, será arrastrada por el torrente del progreso. Una monarquía, que niega el hecho providencial de la independencia de América, será ahogada por la Providencia. Una monarquía, que es cómplice de la esclavitud, morirá con todas las iniquidades que no puede sobrellevar nuestro siglo. Una monarquía, que es un retroceso, que es un mentis á las leyes históricas, no puede, no, vivir mucho tiempo. El orden moral se ha de levantar sobre el orden natural. Las sociedades han de respirar la atmósfera de su siglo. Los grandes hechos políticos se han de engarzar en el derecho. La idea de una edad, que vivifica las instituciones progresivas y mata las instituciones reaccionarias, envenenará el imperio mejicano, y dentro de poco quedará de él lo que hoy queda del imperio de Itúrbide. Al fin, el régimen colonial tan odiado ha tenido razon de ser en el mundo americano. Ha levantado ciudades, ha construido puertos, ha explorado desiertos inexplorables, ha unido la vida antes aislada de América á la vida universal de la humanidad, y ha dejado, en sus valles y en sus cordilleras con la cruz, el signo sacratísimo de la redencion y de la libertad. Pero ¿qué hará ese nuevo régimen colonial? Nada más que

crear una dictadura bárbara y dejar tras sí su propia ruina, y un reguero inextinguible de lágrimas y sangre.

Cuente Napoleon sus triunfos; hable á todas horas de las votaciones de los notables; enseñórese de las ruinas de Puebla, de los campos de Méjico; envíe diputaciones de eunucos á saludar al emperador su hechura; diga que todos los pueblos le saludan y todos los municipios le invocan; llame en buen hora á los guerrilleros bandidos, á los patriotas traidores, mientras corona á los que han clavado el puñal en las entrañas de su patria; engríase con la felicitacion de viles diputados arrancada por las gumiás de sus zuavos; hable de la estátua que van á levantar á la emperatriz sus cortesanos de allende los mares; lo cierto es, que nadie en Europa cree en su triunfo, que la conquista es mentira; que el imperio es imposible; que el cándido príncipe Maximiliano, si va á América, sentirá la tierra misma conmoverse para arrojarlo de su seno; y que, continuando los dispendios del Tesoro y la efusion de sangre francesa para sostener en Méjico una monarquía imposible y borrar una república indeleble, en esa empresa el único vencido será el emperador. Para Napoleon I, España; para Napoleón III, Méjico.

29 de Enero de 1864.

ZARAGOZA EN EL CINCO DE MARZO.

Elevar las inteligencias á una idea, los corazones al amor de la gloria, debe ser empeño de la democracia, porque sólo serán libres los pueblos fuertes, sólo fuertes los pueblos virtuosos, y sólo virtuosos los pueblos que estén apercibidos siempre á sacrificarse por el derecho y por la patria. Hay una ciudad, que se levanta como un altar entre todas las ciudades de España, y que es sagrada como el ara de un cruento sacrificio. Esta ciudad es aquella que renovó en nuestro siglo los sacrificios de Sagunto y de Numancia; que vió romperse contra sus frágiles muros los invencibles ejércitos franceses; que prefirió morir, tocada en el corazón por la sublime demencia del heroísmo, á ser esclava; que amontonó las ruinas de sus casas, los cadáveres de sus hijos, entre el humo del incendio, el furor de la guerra y el azote de la peste para mostrar al mundo, siervo de un génio, que aun habia hombres libres en la tierra; y que, sagrada eternamente, porque su suelo

está empapado con sangre de héroes, y su aire lleno con suspiros de mártires, debe ser respetada como un templo, querida como una madre; que, sin Zaragoza, acaso no habria España; acaso hubiéramos sido la Polonia de Occidente; acaso anduviéramos errantes por el mundo, sin hogar en vida, sin sepultura en amigo suelo, sin tierra á que unir nuestra existencia, pues suyo fué el esfuerzo más grande y el sacrificio más sublime que se ha hecho por la patria.

Así ha merecido los laureles de la historia. Byron, el poeta del dolor y de la duda, el ángel que lleva en su frente la luz del siglo, y en su corazón las tempestades y las sombras, cantó á Zaragoza. Los pueblos, que allá en el Norte se alzaron contra Napoleon, murmuraban ese nombre sagrado para todos los oprimidos, terrible para todos los opresores. Grecia, cuando se levantó á romper el ignominioso yugo de tres siglos, juntaba el nombre de las Termópilas al nombre de Zaragoza. Italia lo ha bendecido en sus cánticos, lo ha invocado en sus guerras, lo ha consagrado á la inmortalidad por la augusta voz de sus profetas. Napoleon lo recordaba, sin duda, cuando, en las horas supremas de sus últimas angustias y de sus terribles castigos, hubiera querido hacer de Francia toda una España, olvidando que, al ser tirano, habia suprimido sobre el suelo esterilizado por su cetro hasta la patria. Y nuestros enemigos, los protervos, que no conocen á

la democracia, que no comprenden este partido, joven por sus ideas, maduro por su experiencia, imaginan en su terror que habíamos de ir á profanar los recuerdos de Zaragoza, á manchar sus glorias en otro dia solemne de su vida; cuando nosotros, amantes sobre todo de la patria, quisiéramos conservar incólume esa ciudad bendita, como la piedra miliaria donde están escritas nuestras glorias, como el santuario de la independencia, como el testimonio vivo que debemos enseñar á todas las generaciones para que comprendan la energía de la virtud y los milagros de la fé.

De nosotros sabemos decir que cuantas veces nos hemos acercado á esa ciudad bendita, cuantas veces hemos tenido ocasion de visitarla, ni la claridad de su cielos, ni la hermosura y feracidad de sus campos, ni sus caudalosos rios, ni sus torres de mil formas, nos han cautivado como aquellos muros acribillados que guardan las cicatrices de la guerra de la Independencia, como aquellos sus habitantes, en cuyos fuertes pechos hemos visto el escudo de la patria, en cuya ruda franqueza hemos descubierto el génio de la libertad, eterno númen del heroismo, eterna fuerza de los caractéres nacidos para el combate y para el sacrificio.

Y no les bastó á los heróicos hijos de Zaragoza sacrificarse por la patria, se sacrificaron tambien por la libertad. Les debemos el suelo en que se extienden nuestros hogares, les debemos el derecho en

que se dilatan nuestras almas. ¡Sagrado cinco de marzo de 1838! Suprimidlo con la imaginacion; suprimid este gran dia que loamos, y acaso tendríamos aun el absolutismo pesando sobre el país, la censura sobre el pensamiento, el diezmo sobre la propiedad, el yugo de un gobierno monástico, bárbaro, eterno extranjero en nuestra patria, de aquel gobierno que nos redujo á ser el ludibrio del mundo, y que manchó las páginas de nuestra épica historia. Recordad la crisis suprema por que atravesaba la guerra. Los generales más queridos de la córte, debilitados é inermes; Cabrera, feliz y poderoso; Morella, en poder de nuestros enemigos; el Alto Aragon, la mitad de las provincias de Castellon y de Valencia sometidas á las facciones; Navarra, hirviendo; las Vascongadas, en armas; el cuartel general de Cantavieja cada dia más pujante; los liberales amedrentados, perseguidos, fusilados por todas aquellas regiones; Benicarló, caido; Gandesa, apresada por formidable cerco, diez y ocho batallones carlistas contra catorce constitucionales; innumerables partidas capitaneadas por sangrientos frailes, cayendo desde los altos cerros sobre todas las poblaciones; y en este momento supremo, dadles á Zaragoza, la llave del Ebro, el centro de la España oriental, la ciudad que podia tender una mano á Cataluña, otra á las Vascongadas y Navarra; poned á Carlos V en el palacio de D. Jaime, de D. Pedro III, de D. Fernando el Católico, y decidnos lue-

go qué esperanzas ni qué refugio le quedaban á nuestras vencidas libertades.

Le quedaba uno: el corazon de los zaragozanos. Setenta mil veteranos de Arcoñ y de las Pirámides; cien cañones de aquellos á cuyo estrépito habian corrido todos los reyes de Europa; treinta y seis mil bombas caidas como una lluvia de fuego sobre la ciudad indefensa, no pudieron domeñarla: ¿y la habian de domeñar los facciosos? ¡Oh! No. La audacia del enemigo Cabañero fué sin ejemplo, su valor héroe, su atrevimiento digno de figurar al lado de lo que pudieran haber emprendido los antiguos almogávares, su ambicion ilimitada; anduvo sin descansar un punto, con rapidez inconcebible, por espacio de veinte y cuatro horas; llegó sigilosamente á los alrededores de Zaragoza; escaló aquel muro que hubiera puesto miedo en otro ánimo ménos fuerte; abrió la puerta del Cármen; extendió sus cuatro mil infantes y sus cuatrocientos de á caballo por aquellas calles al amparo de las sombras; y creyó que Zaragoza era suya porque creia dormida é inerme á Zaragoza. En aquellos momentos, cuando los pasos de sus caballos resonaban por las calles desiertas, cuando penetraba en aquel recinto sagrado, sin duda imaginaba en su locura que habia encontrado inexpugnable fuerte donde plantar su negra bandera, corte donde albergar á su rey, ergástula donde azotar como esclavos á los emancipados españoles. Pero esas ciudades que Dios destina á defender la

libertad y la patria; esas ciudades, que parecen poseídas del delirio del heroísmo, no duermen nunca, y como ciertas aves sagradas, presienten en su corazón las tempestades mucho antes que las tempestades pasen por el cielo. Zaragoza no dormía. Cada casa fué un baluarte, cada zaragozano un soldado, cada calle, cada encrucijada, un campo de batalla; el que no tenía fusil, peleaba con un chuzo; el que no tenía chuzo, con los brazos; hasta las mujeres se asociaban al combate; y un pueblo sorprendido, prisionero, inerme, que se durmió libre, y se despertó esclavo; sin jefes, sin concierto, sin disciplina, alentado por su amor á la libertad, fiado en su heroísmo, se dió á pelear, rompió las aguerridas huestes facciosas, las desalojó de la ciudad, donde perdieron doscientos diez y siete muertos, sesenta y ocho heridos, veintinueve jefes con setecientos soldados prisioneros; batalla sangrienta, formidable, una de las más grandes que dentro de muros se han dado, y la que acaso decidió principalmente el triunfo de la libertad en nuestra patria.

○ Héroses y mártires, generacion feliz, que creía, y amaba, y esperaba, todavía no corrompida por este virus doctrinario que ha secado la sangre generosa en los corazones, la ilusion y la fé en las almas; no miremos hoy si tus sacrificios han sido estériles, si tus verdugos lo pueden todo, si la libertad por que peleaste y moriste ha sido falseada, si gobiernos miserables recelan de los que quieren celebrar desinte-

resadamente la victoria que ellos explotan; no miremos esto, porque sería turbar el ánimo y la conciencia con pensamientos indignos de vuestro recuerdo; desde el seno de la inmortalidad, reservada á todos los mártires del progreso, enviadnos á nosotros, desgraciados, generacion que vive en época bien triste y mezquina, enviadnos el aliento de vuestro heroismo y la centella de vuestra fé.

Los libres aragoneses añadieron una página más á su gloriosa historia, á esa historia que no se puede recordar sin recogimiento religioso. Recorredla con el pensamiento. Levantáronse en aquellas crestas de los Pirineos, y antes de lanzarse á guerrear, escribieron sus leyes. Alzaron sobre el pavés á sus héroes, y aunque les llamaron reyes, les dieron á entender que sólo por su voluntad reinaban. Estrechado aquel pueblo por las laderas del Pirineo, lecho de sus torrentes, se esparció, merced á su heroismo, por el llano, y bajó de Sobrarbe á Huesca, de Huesca á Zaragoza, y como el rio sagrado que diera nombre á toda España, entró vencedor en el Mediterráneo. Unido con la fuerte Cataluña, redimió las Baleares y Valencia, y tres siglos antes que Castilla, remató la obra de que se habia encargado al pié de los muros de Cuenca. Nada se opuso á su poder que no fuera vencido. Peleó como bueno en Muret por el derecho ultrajado, y por la conciencia violada; sometió á los aventureros de la casa de Anjou, arrancándoles el dominio de Italia; rompió las cade-

nas del puerto de Marsella, que aun penden de sus templos; dominó desde el golfo de Tarento al golfo de Valencia, por las naves de Roger de Lauria; sojuzgó al Bósforo con Roger de Flor; desde Rosas á Catania, dejó sembradas las azules olas del Mediterraneo de fabulosas victorias; y como si fuera estrecho el Occidente á sus grandezas, imprimió en la cima del Olimpo, en las piedras sagradas del Pireo, en los montes que son como las puertas del Asia, el inmortal nombre de sus hijos y las luminosas huellas de sus barras.

¿Por qué hicieron todo esto, por que? Lo hicieron, ¿cabe preguntarlo? lo hicieron porque eran libres.

Cuando el mundo se entregaba á la servidumbre absolutista, en Aragon se decia que primero respetaban las leyes y luego los reyes; sus Constituciones todas eran saludables y provechosas, como hechas por los mismos que habian de llevar su carga; el tormento no era permitido en medio de la barbarie de la Edad media; la confiscacion no era tolerada, para que no padecieran los hijos lo que pecaran los padres; el procedimiento secreto estaba proscrito de sus leyes, para que cada cual volviese por sí; las cárceles secretas prohibidas; en todo se procedia conforme á la ley, y toda ley iba encaminada á guarecer el derecho; el rey reinaba, y el inmediato sucesor gobernaba, para que ni uno ni otro pudieran alzarse á la tiranía; las Córtes decre-

taban irremisiblemente los tributos, y si no, era imposible cobrarlos; si el jefe del Estado faltaba á lo jurado, podian destronarlo, y elegirlo nuevo aunque fuese entre moros ó judíos; y para cerrar todo camino á los opresores, tenian la manifestacion, la firma, el justicia, la córte del justicia, los judicantes, el jurado; instituciones que hacian sagrada la personalidad humana y la elevaban á ese asombroso heroismo con la fuerza y energía que presta siempre al hombre el calor de la libertad. Dos siglos pasaron despues que aquellas libertades habian muerto heridas por la aleve pálida mano de Felipe II, y eran tan ricos sus recuerdos, tan grande su vitalidad, que aun les prestó aliento para escribir con sangre, sobre aquella tierra de héroes, sus dos sitios y su hazaña del cinco de Marzo de 1838.

Celebremos este gran dia. El corazón liberal que no se conmueva con su recuerdo, es de piedra. El entusiasmo siempre es santo. Los pueblos que olvidan á sus héroes y á sus mártires, no están muy lejos de desaparecer de la tierra castigados en su ingratitude por la justicia de Dios. Es necesario, que todos los recuerdos de la patria tengan un templo, que todas las glorias de la libertad tengan un recuerdo, que todos los nombres de los mártires tengan una lápida; porque enseñaremos á amar la libertad y la patria á todas las generaciones, mostrándoles los sacrificios que han costado, y escitándolas á las gran-

des acciones con la enseñanza de los grandes ejemplos.

¡Cinco de Marzo de 1838! Si los que hemos recogido tus frutos fuéramos capaces de olvidarte, que perdamos mil veces antes la memoria, que se apague mil veces antes la vida.

4 de Marzo de 1864.



LA MUERTE DE LA ARISTOCRACIA.

Por fin, despues de mil inconsecuencias y veleidades, dudando unos entre la restauracion de la aristocracia y su muerte, cediendo otros á reaccionarios antojos; pagados todos los eclécticos y todos los neocatólicos de la liviana moda, y ciegos con el empeño de las resurrecciones; entre tanta vacilacion, la aristocracia, sin grandes precedentes en nuestra historia, sin arraigo en nuestras costumbres, sin base en nuestra Constitucion, vuelve á hundirse en la reforma proyectada por el nuevo gobierno, aunque la rehicieron, y levantaron, y barnizaron, para espanto de los demócratas, descanso de los conservadores, y conjuro eficaz contra el torrente de las ideas nuevas, cada dia más invasor é impetuoso, como henchido por las revoluciones. Aún recordamos las compungidas evocaciones del Sr. Nocedal, sus conjuros fantásticos, su empeño en que habian de levantarse de los sepulcros los que se creyeron de origen superior á nuestro origen, y cruzaron con su látigo

la cara de nuestros padres, llamándoles plebeyos, villanos y siervos. En vano le decíamos que la aristocracia no podía vivir como clase social desde el punto en que se apagó la idea en su conciencia, la fuerza en su brazo; en vano le asegurábamos que los tres últimos siglos habían sido como tres grandes oleadas, que cubrieron la frente de la aristocracia, y la anegaron para siempre; en vano le recordábamos que la monarquía absoluta degradó la aristocracia, la estirpó la revolución; en vano le profetizábamos que esas restauraciones imposibles, parecidas á adornos de carton-piedra, se habían de deshacer á la menor lluvia, ó de pudrir en la soledad y en el abandono, sin ser parte á detener estos nuevos pensamientos democráticos, que, como una inmensa marea, suben, y suben de continuo á rodear todas las instituciones, vivificando las que son progresivas, y enterrando las que son reaccionarias y están muertas.

Los plebeyos que han renegado de su historia, y desconocido las leyes de la Providencia, no quisieron pirnos, y restauraron la aristocracia, poniéndole por pedestal las vinculaciones, y por corona la señaduría hereditaria. Creían que iban á forjar en dos horas una aristocracia. ¡Insensatos! Desde que la pólvora voló con grande y tremenda explosión los castillos feudales; desde que la imprenta llovió sobre todas las frentes las lenguas de fuego de las ideas; desde que las matemáticas trastornaron la táctica, y la bala del pechero pudo atravesar la coraza del se-

ñor; la aristocracia descendió de sus nidos de águilas á las córtes de los reyes absolutos, y con las córtes de los reyes absolutos fueron sus restos anegados por la revolucion. Causa principal la aristocracia de la caida de Hungría y de Venecia; cómplice de los tiranos en la desmembracion de Polonia; condenada á muerte desde el dia en que se proclamaron los derechos naturales del hombre, por la voz de la Asamblea representante del espíritu de nuestro siglo; recluida en Francia, despues de tres restauraciones, allá en el barrio de San German de Paris, mausoleo donde yace con sus recuerdos y sus despedazados blasones; silvada en Prusia, donde cuenta sus dias por sus derrotas, y donde registra á cada paso una nueva invasion de las incontrastables fuerzas liberales; desconcertada en Rusia por la emancipacion de los siervos, que se llevan entre los rotos eslabones de las cadenas toda su fuerza social; proscripita hasta de Turquía, con la extincion de aquellos genízaros que la representaban en el serrallo; menguada en Inglaterra, merced al movimiento económico, que le ha quitado parte de sus privilegios sociales, y al movimiento electoral y religioso, que le ha quitado parte de sus privilegios políticos; engendro de otras ideas y de otras costumbres, se va desvaneciendo como una sombra de bárbaras edades en esta santa idea de igualdad, que ha traído la, si menospreciada, poderosa democracia moderna.

En España, sobre todo, en España era insensato

pensar en su restauracion, porque ni siquiera tenia el prestigio de la historia. La aristocracia cuenta en la sucesion de los siglos brillantes individualidades en nuestra patria. Pero su historia como clase, es execrable siempre. España es el pais donde la democracia tiene más tradiciones, y donde más arraigada está en las costumbres. Por eso en España ha sido tan vivo el amor á la patria, confundido siempre con el amor á la libertad. Así se explica, por este carácter democrático, que un pastor, Viriato, tratara de igual á igual con aquella asamblea de reyes, llamada Senado Romano; que una ciudad, Numancia, consternara á Roma, la ciudad de las victorias; que un plebeyo, Sertorio, hubiera podido, desde este suelo, contrastar el poderío del patriciado; que unos montañeses, los astures, rompieran las legiones romanas en sus riscos, y obligaran á Augusto á reconocer que habia en España hombres capaces de desafiar el destino, cuando entonaban los cantares patrios desde lo alto de la cruz y abrian el vientre de las naves para ahogarse en las ondas antes que entrar por la Via Appia, cargados de cadenas, testigos y monumentos de las desgracias de su patria.

El Imperio romano y el Cristianismo fueron los dos grandes movimientos democráticos que inauguraron la historia moderna. El primero igualó todos los pueblos en el derecho de ciudadanía; el segundo todos los hombres en la idea religiosa. El primero mató las aristocracias sociales, y el segundo las aris-

toocracias teocráticas de la antigüedad. Levantáronse los pueblos bárbaros sobre las ruinas del Imperio, y trajeron una nueva manera de aristocracia, ménos apegada á la idea de casta, más á la idea de la individualidad humana. Y entre los pueblos bárbaros, los godos se asentaron en España, redujeron á los celto-romanos á la servidumbre y fundaron una aristocracia entre militar y palatina, recuerdo en parte de sus selvas, y en parte recuerdo de Bizancio. Pero como si nuestro suelo rechazara esta planta maldita, pronto se pudrió. La religion arriana, esencialmente aristocrática, se fué perdiendo como una sublevacion prematura del elemento civil contra el elemento religioso. El triunfo del catolicismo fué tambien el triunfo de la democracia latina. Por las puertas de la Iglesia entraron los siervos romanos á ser hombres. El credo de Nicea no fué solamente símbolo de la fé, sino tambien símbolo de la libertad. Es verdad que, al poco tiempo, se formaron frente á frente dos aristocracias; la militar y la teocrática. Pero las dos perecieron con igual ignominia. La aristocracia militar trocó la espada por la copa del festin. La aristocracia teocrática convirtió los cláustros en mancebías. La condenacion de la primera se encuentra en el edicto de Wamba; *De His qui ad bellum non vadunt*. La condenacion de la segunda se encuentra en los cánones de los últimos concilios de Toledo. Las dos perdieron á España y llamaron sobre nosotros la plaga de los ára-

bes. ¿Quereis ver quién representa la aristocracia teocrática? Acordaos de Don Oppas. ¿Quereis ver quién representa la aristocracia militar? Acordaos del conde D. Julian, y de los hijos de Witizza. La pérdida de España es una eterna mancha en los blasones de la aristocracia española.

Y vino la restauracion de la patria, y digan lo que quieran aquellos que estudian superficialmente la historia, la restauracion es principalmente obra de la democracia. ¿Qué eran los valerosos náufragos reunidos en el escollo de Covadonga? Mariana, que si no tiene crítica histórica tiene una poderosa intuicion, lo dice: «Acudió de todas partes gente pobre y desterrada, con esperanza de cobrar la libertad.» Los poderosos, los nobles, los débiles y afeeminados señores, incapaces de sobrellevar la espada, reverenciada como un Dios por sus padres en el desierto, roto el cetro godo, y menospreciando la gente menuda que de nuevo lo forjaba allá en apartados montes, en Covadonga, en la Peña horadada, se quedaron bien hallados con la dorada servidumbre en el llano y formaron el núcleo de los mozárabes. Y aun la poca gente de nobleza que corriera á unirse con la mucha gente de trabajo, más que parte fué rémora á la primera reconquista; esparció por do quier recuerdos góticos, redujo á esclavos á muchos soldados valerosos, quiso conservar formas ya muertas, asambleas ya abandonadas por el espíritu popular, y atrajo contra sí mil veces, por sus des-

afueros y por sus violencias, las iras de los libres é ingénuos montañeses.

Y el Condado de Castilla nació tambien al amparo de la libertad. Como tierra llana, necesitó para su defensa ánimos valerosos, y sólo son valerosos los ánimos libres. Los municipios llamaban á las gentes á la pelea, prometiéndoles libertades. Así Fernan-Gonzalez fué popular. Así el conde Sancho García unia su nombre al nombre glorioso de los buenos fueros. Así el concilio de Leon de 1020, presidido por Alfonso V, extendia las bases de la legislacion democrática castellana. Y mientras tanto, si habia algun enemigo, eran los árabes; si habia algun rebelde, eran los nobles: aquellos Velas asesinos; aquellos Castros y Laras que llenaban, con sus ambiciones, de sangre la tierra; aquel conde D. Raimundo, extranjero, que erigió en feudo Galicia; aquel otro extranjero D. Enrique, el que separó Portugal por vez primera, bajo las garras de su bárbaro feudalismo, del seno de la patria; aquel otro extranjero D. Bernardo, que dictó el sangriento Código señorial de Sahagun en 1105, nunca sufrido por los leales castellanos; todos señores feudales como el legendario conde Gormaz, como los infantes de Carrion, contra los cuales creó el pueblo su historia, su poesía, su arte, su simbólico, su ideal en el Cid, no tan grande por haber vencido en mil encuentros á los moros, ni por haber tomado á Valencia, como por haber vencido á los nobles, y haber

humillado á sus plantas el extrajero feudalismo. El odio á la aristocracia es toda una literatura en España, como es en Grecia toda una literatura épica el odio á los troyanos, y toda una literatura trágica el odio á los persas. Este odio, en Lope, es *El mejor alcalde el Rey*; en Tirso, es *La prudencia en la mujer*; en Calderon, *El alcalde de Zalamea*; en Moreto, *El rico-hombre de Alcalá á los piés del rey D. Pedro*.

Y todos los reyes grandes, lo son por empequeñecer á los nobles: Alfonso VIII, porque los despidió ignominiosamente de Cuenca, en aquel dia célebre en que se negaron á asistir con sus rentas á la reconquista; San Fernando, porque puso contra su arbitraria jurisdiccion los merinos en las villas, contra su fuerza los adelantados en las fronteras, y reguló contra su preponderancia política la entrada del estado llano en las artes; Alfonso X, porque alzó contra sus privilegios la idea de la unidad de legislacion, y fué su víctima; Sancho el Bravo, porque luchó con ellos á brazo partido, hasta salpicar de sangre aristocrática su propio trono, y dejar sesos de nobles clavados á las puertas de su cámara; doña María de Molina, porque fué la redentora de la democracia castellana, el ángel que trajo en su frente, iluminada por la inspiracion de santo amor maternal, la libertad, rayo que partió la cabeza de los nobles; Alfonso IX, por haberlos soterrado bajo el Ordenamiento de Alcalá; y D. Pedro, tan cruel,

tan bárbaro, tan vicioso, fué bendecido del pueblo, y loado de la poesía, por haber sido el vengador de la plebe, por haber calentado las raíces de la monarquía en las entrañas abiertas y palpitantes de la nobleza.

Y en cambio, una maldicion rodea la casa bastarda, una maldicion eterna se cierne sobre Enrique II, sobre el desgraciado Enrique el Doliente, sobre el vencido en Aljubarrota, sobre el débil Juan II, sobre el impotente Enrique IV; porque siguieron una política bastarda; porque restauraron la aristocracia; porque le dieron ánimo con sus mercedes; porque toleraron, unos que dispendiaran sus rentas en cenas y orgías; otros que arrastraran sus defensores al cadalso, otros que representaran aquella infame comedia de Avila, donde la autoridad real llegó á su mayor escarnio, y la autoridad señorial á su mayor soberbia. Así, la gloria mayor de Isabel I y de Fernando V, es haberlos reducido, de soberbios castellanos encerrados en sus breñas, á serviles cortesanos. Y lo fueron tanto, que nada hicieron por la libertad; con Carlos V, estaban en Villalar contra Padilla; con Felipe II, en Aragon contra Lanuza; con Carlos II, fueron familiares del Santo Oficio; con Felipe V, cortesanos, y en el Congreso de Bayona cómplices de Napoleon; mientras el pueblo contestaba á Napoleon con el Dos de Mayo y el sitio de Zaragoza.

La aristocracia no existe en nuestra patria. Conde-

nada por la Constitución que declara aptos á todos los españoles para todos los cargos públicos; condenada por las ideas económicas modernas, que han ahogado el mayorazgo y las vinculaciones; condenada por nuestro espíritu social, que admite la igualdad de todos los hombres; condenada por la opinion pública, que ha obligado á este gobierno débil, reaccionario, impotente, arrancarle hasta el último blason de la senaduría hereditaria; el gran obstáculo á las nuevas ideas ha nacido y morirá sin estrépito, sin que el pueblo sepa ni el advenimiento ni la retirada de tan formidable enemigo. Se ha cumplido un anuncio nuestro. Así les sucederá á todos los obstáculos que se opongan á la libertad; se desharán como se deshacen las nieves, que parecen duros y bruñidos mármoles, á un ligero ósculo del sol.

10 de Marzo de 1864.

LA REDENCION SOCIAL.

Potentes deposuit de sede,
et exaltavit humiles.

Cuando recordamos el gran sacrificio que hoy conmemora el mundo cristiano, y lo mucho que nos resta para llegar á la redencion social, prometida en el Evangelio, no podemos dejar de entristecernos, al ver cuán tardamente caminan las ideas por el mundo. Pero cuando ascendemos con el pensamiento á la civilizacion pasada, y vemos el tormento abolido, la ergástula cerrada, los juegos de gladiadores interrumpidos, rotas las aras donde se consagraba como un dogma la desigualdad humana; destronados los Césares, y escrita en la conciencia con caractéres luminosos la santa idea del derecho; todo por la virtud de la sangre vertida en el Calvario, por la predicacion de unos cuantos pescadores del lago de Tiberiades, bendecimos á Dios, que nos fortalece con estas santas y consoladoras esperanzas.

• Roma era la dueña del mundo. Sus dioses habian

impuesto silencio á las religiones, sus armas esclavizado á los pueblos. Una paz perpétua, codiciada por sus pretores, no conseguida nunca, la rodeaba, al principiar nuestra Era, de religiosa grandeza. Doquier volvía sus ojos aquella sibila coronada de laurel y de verbena, sólo alcanzaba á descubrir esclavos. Los pueblos mismos que, tras las orillas del Rhin y del Eufrates, formaban como dos grandes nubes, en cuyos contornos se descubrían las vandas de cuervos destinados á caer más tarde sobre el cadáver de la Ciudad Eterna, como aguardando una señal de la Providencia, esos mismos pueblos, tan feroces, parecían dormidos. Roma se entregaba á sus orgías. Las naves de todo el mundo llenaban de trigo su annona; los dioses de todos los templos henchían el panteon; los órdenes de toda la arquitectura clásica se mezclaban en sus edificios; las fieras de todos los climas divertían sus ócios; los gladiadores de todos los pueblos bárbaros enrojecían de sangre sus circos; los embajadores de todas las naciones saludaban á sus Césares; los legionarios de todos los ejércitos guardaban su sueño; y segura de de sí misma, ébria de ambicion, entregada á sus placeres, creía eterno el dominio que le habian prometido sus oráculos, y que le habian dado sus victorias. Y en efecto, cuantos pueblos, galos, iberos, parthos, egipcios, innumerables, en fin, se opusieron á su dominio, otros tantos cayeron vencidos, más que por las armas de Roma, por su genio.

¿Quién la vencerá? Entraban por sus puertas á la sazón como hombres desconocidos, que hablaban de un solo Dios en medio de tantos dioses, de una sola humanidad en medio de tantas castas, de un mismo ideal religioso, así para el patriciado tendido en su triclinio de marfil y púrpura, en una orgía infinita, como para el esclavo que arrastraba sus cadenas por la genmonía, ó iba al expoliario á morir en un estercolero, y á ser despojo de los perros. Aquellos hombres oscuros, tenidos ora por judíos, ora por magos, despreciados generalmente, no oídos de Séneca cuando predicaba moral, no atendidos de Tácito cuando esculpía presagios de muerte sobre las eternas puertas de Roma, aquellos hombres, soldados sin armas, misioneros sin séquito, revolucionarios sin pueblo, iban á vencer el antiguo mundo en medio de sus soberbias victorias; porque tenían aquellos hombres dos grandes virtudes que triunfan siempre; fé en una idea, y fortaleza para el martirio.

¿Quién los habia sacado del sueño de la vida real? ¿Quién los habia conducido á Roma? ¿Era por ventura alguno de aquellos reyes, cuyas visitas costaban la vida, á veces, á treinta mil esclavos, inmolados en las arenas del Circo, ó en las naumaquias del Apenino? No. Era un pobre jóven que á duras penas habia vivido treinta y tres años. Nacido en la miseria, su vida fué la vida del trabajo, su oficio el oficio de artesano. El mundo agonizaba en el sensualismo, y quiso salvarlo por la idea: el hombre se

podría entre cadenas, y quiso redimirlo para la libertad. A este fin, no llamó á la puerta de los palacios, sino á la puerta de las chozas; no congregó á los sabios, sino á los ignorantes: no buscó soldados que supieran matar, sino mártires que supieran morir. Todo cuanto el mundo habia adorado, poder, riquezas, soberbia, el orgullo sangriento de los déspotas y de los conquistadores, todo lo marcó para eterna ignominia, con el sello de su reprobacion. Todo cuanto el mundo habia menospreciado, la debilidad, la pobreza, la humildad, lo exaltó eternamente con la exaltacion de perdurable gloria. Anatematizó á los fariseos que comerciaban con el nombre de Dios, y abrió las puertas del templo á los paganos. Perdonó al público y á la adúltera antes que al falso sacerdote. Desdeñó á los emisarios del César y partió el pan con los réprobos del mundo. Anunció el bien para los que padecen, el consuelo para los que lloran. Prometió al hombre el reino de la justicia, y dijo que delante de Dios no hay castas, sino hermanos, hijos de un mismo padre, partícipes de un mismo espíritu, destinados á un mismo fin. Los aduladores del César vieron que la palabra de aquel hombre sublevaba á las muchedumbres, los sacerdotes que mataba la antigua supersticion, los nobles que destrozaba sus privilegios de casta, los judíos que les quitaba la dignidad privativa del sacerdocio, y le persiguieron, y le acosaron, y le prendieron; y unos le abofetearon y otros le escarnecie-

ron, y todos le condenaron; y su cuerpo fué tendido en la cruz y sus manos y sus piés taladrados por clavos; y sus labios humedecidos por hiel y vinagre y abierto por las lanzas romanas sus costado, y nublados con la sombra de la muerte sus ojos; y al exhalar el postrer suspiro, despues de haber intercedido por sus perseguidores, y por sus verdugos, con aquel suspiro exhaló de sus cárdenos labios el inmortal aliento que habia de anunciar un nuevo espíritu en el hombre, y habia de encender el fuego de la caridad en el mundo.

Pero despues de diez y nueve siglos de este gran sacrificio, debia haber venido sobre el mundo la redencion social. Y sin embargo, aun hay Césares soberbios que se creen destinados á mandar los hombres como un rebaño. Aun la espada de los conquistadores se extiende sobre los pueblos, y los amenaza. Aun yacen sepultadas Polonia y Venecia, dos naciones cristianas, y los príncipes, que se llaman cristianos, pesan sobre las losas de sus sepulcros para que no se levanten á respirar la vida á que tienen derecho. Aun quedan al pié de los altares, á la sombra de la cruz donde fué exaltada la dignidad humana, los restos malditos de las castas. Aun obispos, que se llaman cristianos, allá en América, sostienen que el negro no tiene un alma como el blanco. Aun existe la trata, aun el mercado de hombres, aun los esclavos sin personalidad, sin familia, sin derechos sin hogar, sin Dios, azotados de continuo

por el látigo, heridos con la marca del hierro candente que abrasa hasta sus almas, sujetos á la condicion de las bestias. Y los que quieren remediar estos males, los que trabajan por redimir á tantos desgraciados, los que quieren la libertad para todas las almas, la igualdad en todos los derechos, la fraternidad entre todos los pueblos, aun son maldecidos y abominados de un mundo que se postra al pié de la Cruz.

Pero no nos maravillemos de esto. Siempre el tránsito de una edad á otra edad ha sido lento y doloroso. Siempre el nacimiento de una nueva idea ha sido cruento. Cuando un principio está asentado y vive, salen de su seno fatalmente todas las consecuencias. Del seno del Oriente nació el monoteismo, del seno del monoteismo la igualdad religiosa, del seno de la igualdad religiosa, la igualdad civil. Planteado un principio se plantea una série de principios, y sus consecuencias llegan á las últimas esferas de la vida. Las llamas de las hogueras avivan las ideas. Los mártires son los soldados que ganan con su muerte la fortaleza invisible del espíritu del siglo. Su persecucion contra las nuevas doctrinas inspira el frenesí de la fé, que á su vez obra los milagros de la redencion. El poder que se opone á la igualdad del derecho, morirá como murió el poder romano, que se oponia á la igualdad religiosa. ¿Creeis que viven nuestros enemigos vida muy robusta? La monarquía absoluta ha caido; el derecho divino ha acabado; la

aristocracia conserva sus títulos, pero ha perdido sus privilegios; y el pueblo sube cada día una grada de su trono. Como la física ya no es sospechosa de magia, ni la filosofía de impiedad, la democracia no es sospechosa de perturbadora y anárquica. Los mismos que la han rechazado la invocan; los mismos que la persiguen la preparan; los más empedernidos de sus contrarios, conciben que es la consecuencia de toda la civilización cristiana. Saludemos, pues, en nombre de la democracia el recuerdo de este día, primero de un arte, de una edad, de una nueva fé, de una redención universal. Esperemos que la redención llegue á toda la vida, que liberte la conciencia de toda opresión, el pensamiento de toda sombra, el derecho de la herrumbre de todo privilegio, el pueblo de los restos de toda tiranía; que resucite las nacionalidades enterradas; que rompa las últimas cadenas del esclavo; que una y confunda á todos los hombres en la santa fraternidad; que encadene el mónstruo de guerra; y un hossanna inmortal de toda la humanidad á su Dios henchirá los cielos, y el reino de la justicia se habrá realizado sobre la tierra; y se habrán cumplido las promesas del Evangelio.

24 de Marzo de 1864.

existencia conserva sus títulos, pero ha perdido sus privilegios y el pueblo sabe cada día una grada de su trono. Como la física ya no es sospecha de magia, ni la filosofía de impiedad, la democracia no es sospecha de perturbadora y anárquica. Los mismos que la han rechazado la invocan; los mismos que la persiguen la preparan; los más empujados de sus contrarios, confies que es la consecuencia de toda la civilización cristiana. Saludemos, pues, en nombre de la democracia el recuerdo de este día, primero de un arte, de una edad, de una nueva fe de una redención universal. Esperemos que la redención lleve a toda la vida, que libere la conciencia de toda opresión, el pensamiento de toda sombra, el derecho de la herrumbre de todo privilegio, el pueblo de los tratos de toda tiranía; que rescate las nacionalidades entristecidas; que rompa las últimas cadenas del esclavo; que una y confunda a todos los hombres en la santa fraternidad; que encadene el monstruo de guerra; y un hermosa inmortal de toda la humanidad a su Dios henchir los cielos, y el reino de la justicia se habrá realizado sobre la tierra; y se habrá cumplido las promesas del Evan-

glio. *Escrito en el día de la independencia de la República de Chile, el 18 de Mayo de 1854.*

Revivir sup. *Escrito en el día de la independencia de la República de Chile, el 18 de Mayo de 1854.*

formaciones económicas. Cuando la forma es de los
dioses, el gobierno es de los sacerdotes; y cuando el
gobierno es de los sacerdotes, la ordena el poder
de la forma que revisan los tribunales. Cuando
vienen las grandes monarquías militares, siempre

LA RELACION DE LA ECONOMÍA

Y LA POLÍTICA.

En la historia económica, el primer medio de existencia
es el primer medio de existencia. El primer medio
de existencia es el primer medio de existencia. El
primer medio de existencia es el primer medio de existencia.

Un orador insigne, ayer tribuno del pueblo, hoy
reaccionario, acaba de decir que, en las ideas políti-
cas más retrógradas, caben las ideas económicas más
liberales. Conviene disipar tan funesto error, por
dos razones; primera, porque no se engalanen con
el título de liberales hombres que han vendido la li-
bertad; segunda, porque no crean los pueblos que
los grandes males económicos que los aquejan, aca-
so los más sensibles, pueden ser curados por gobier-
nos que los oprimen y los degradan. La idea social
es por sí misma una serie de ideas que alcanza des-
de la organización de los poderes públicos, hasta las
fuerzas económicas. Si una idea política no fuera al
mismo tiempo una idea económica, encerrada en la
region pura de lo ideal y de lo abstracto, no anima-
ria la sociedad, donde todo es real, todo concreto.
Así, desde el principio de los tiempos, á las grandes
transformaciones sociales suceden las grandes tras-

formaciones económicas. Cuando la tierra es de los dioses, el gobierno es de los sacerdotes; y cuando el gobierno es de los sacerdotes, la ofrenda al pié del altar es la forma que revisten los tributos. Cuando vienen las grandes monarquías militares, siempre en armas, siempre á caballo, la conquista no es solamente una ley fatal de su política, sino una gran necesidad económica. El botin es el primer tributo; la razzia el primer medio de existencia. Grecia y Roma viven para las artes, para el derecho ó para la guerra, porque sus esclavos viven para el trabajo. Las naciones son siervas de la Ciudad Eterna, y sus campos tributarios de la annona, que alimenta al pueblo. Cambian los tiempos, y en la sociedad feudal, los señores se exentan de pechar, de pagar tributos, hasta en las más graves crisis y en los momentos más supremos. Cuando Alfonso VIII de Castilla divide con el rey de Aragón, Alfonso II, la reconquista de España, al pié de los muros de Cuenca, pide á sus nobles auxilio, y sus nobles se lo niegan en virtud de sus exenciones. En la monarquía absoluta, el tesoro del rey se confunde con el tesoro de la nación. De esta suerte, no teníamos caminos; se convertían nuestros campos en desiertos por falta de canales de riego, y Felipe V plantaba jardines, fabricaba acueductos, levantaba estátuas y fuentes mágicas en la Granja, para recordar su fastuoso Versailles y distraer su negra melancolía. La inquisición misma se intrusaba en los asuntos económicos.

Ahora recordamos que los contrabandistas de caballos eran perseguidos en el reino aragonés por la inquisición. Todo partido reaccionario en política, será también reaccionario en economía; todo gobierno que se asiente sobre el privilegio político, se asentará también sobre el privilegio económico.

La idea económica pende de la idea del Estado. Nuestros padres sólo creían en la autoridad. El mandato del Estado era para ellos como un mandato religioso; el rey, como una imagen de Dios. Así no se concibe la monarquía absoluta sin la amortización que da á la propiedad el carácter inmóvil del gobierno; y las vinculaciones que rodean de pequeñas monarquías al gran sol de aquella sociedad, al rey; y la tasa que amortiza también el trabajo y la industria. Y en nuestros tiempos, á la concepción semi-absolutista del Estado corresponde la concepción del privilegio económico. ¿Quién es el que menos derechos tiene en nuestro Estado? El pueblo. ¿Quién es el que más paga? El pueblo. Como no puede nombrar representantes suyos en las Asambleas, las contribuciones indirectas, última forma de la tiranía económica, pesan sobre sus espaldas, y lo oprimen á manera de fuerte argolla. Como no tiene ocho mil reales, no puede libertar sus hijos de la quinta, y dá al país el más puro y el más costoso de los tributos, el tributo de su sangre. Como sus clamores no se oyen, vanamente se quejará de los señores feudales de la industria. La ti-

ranía económica, para proteger á los privilegiados, le obligará á vestirse de telas caras, á comer alimentos caros, y á guarecerse en habitaciones sucias, oscuras y tristes. La forma de gobierno está de tal suerte enlazada con la economía, que el ciudadano libre de la república helvética paga por término medio sesenta reales de contribucion al año, y el ciudadano esclavo del imperio francés paga doscientos cuarenta reales por el gran placer de ser oprimido y explotado. Y nosotros mismos, en nuestra patria, hemos visto crecer, con los errores políticos de los gobiernos, los errores económicos; subir la Deuda, vaciarse el Tesoro, para encontrarnos á dos dedos de un empréstito ruinoso, viendo aumentarse de dia en dia nuestros males, convertirse el presupuesto en tierra feudal, esquilhada por el hambre voraz de esas langostas que se llaman nuestros partidos medios. Pagamos en España diez veces más que los Estados-Unidos, y no tenemos aquellos puertos, aquellos ferro-carriles, aquellas escuelas, aquella industria, que es la maravilla del siglo y la admiracion del mundo. Nosotros somos muy felices; aunque pagamos diez veces más que los Estados-Unidos, contamos, por cada cien escuelas que tienen los Estados-Unidos, una, y mal dotada, y miserable. España pagó por deuda y por guerra, segun datos que tenemos á la vista, en 1860, más de mil setecientos millones de reales; mientras los Estados-Unidos, con una poblacion tan escesivamente superior á la

nuestra, pagaron escasamente unos seiscientos veintimillones. Los gobiernos injustos y opresores, son gobiernos caros, y los gobiernos libres, son gobiernos baratos. La injusticia no es sólo un mal moral, sino también un mal político, un mal económico, y lleva en su seno el conjunto de todos los males, que postran á las sociedades modernas.

Nuestra forma de gobierno es sencilla, y nuestra economía política es sencilla también. A la unidad de derechos, á la unidad de fuero, corresponde la unidad de deudas, la contribucion única y directa. El gobierno democrático sería el más económico de los gobiernos. Tales consecuencias traerian sus grandes reformas políticas y sociales. El poder ejecutivo debe ser severo como la justicia, sencillo y sóbrio como el pueblo. La corte de Francia consume para sostener las Tullerías, los bosques de Fontainebleau, el esplendor de la comitiva de la emperatriz, los soldados que andan vestidos con los trajes de Oriente tras los coches del rey de Argelia, los viajes del príncipe Napoleon, las cacerías, los bailes y banquetes, gasta doble que la confederacion helvética en todo su gobierno supremo. Y si el poder ha de ser sencillo, la administración ha de ser sencilla también. Esto no puede conseguirse sin amplia descentralizacion. En empleados inútiles encargados de emborronar expedientes para embarazar el despacho de todos los negocios, gastamos un presupuesto improductivo, inútil. Además, la recelosa política hoy

en boga, las amenazas de guerra, obligan á todos los pueblos á gastar en cañones, fuertes, bombas, cantidades fabulosas. El presupuesto inglés ha subido de una manera extraordinaria desde que Napoleon subió al trono. Temerosa de una invasion, Inglaterra se arruina. El preservarse de la invasion, le cuesta más de lo que le costaria la guerra. Cambiad los gobiernos, destruid la centralizacion, no hagais del Estado un penitente que ora en las iglesias; un comerciante que busca el lucro para sus mercancías en las aduanas; un maestro que enseña todas las ciencias; un estanquero que explota nuestros vicios; un agente universal de todas nuestras necesidades; una especie de dios Pan que todo lo toca con las cien manos de sus empleados; que todo lo vé con los cien ojos de su política; que en todas partes se halla á un mismo tiempo con la vinculacion de esos nervios que se llaman hilos telegráficos; destruid las amenazas de conquistas, resucitad las naciones muertas, y manumitid los pueblos oprimidos, y tendreis, no solo vigorosa la justicia y felices los pueblos, sino rebajados al nivel natural los presupuestos, y libre y próspero el trabajo.

Sobre todo, hay una contribucion, que es, en su naturaleza, injusta; en sus consecuencias vejatoria, y siempre absurda é irritante, porque entraña todos los privilegios, y mata el trabajo. Tal es la contribucion de consumos. Como las Asambleas se componen de mayores contribuyentes y de grandes

empleados, no hay manera de darles á entender cuánto veja al pueblo esta infame contribucion de consumos. Empecemos por considerar que no puede ser productiva si no recae sobre artículos de primera necesidad. Y tales artículos son más necesarios al pobre que al rico. De suerte ¡oh injusticia! que paga más el que menos tiene. Es un impuesto progresivo, pero sobre el dolor, sobre el hambre, sobre la miseria. Deja libres los dispendios del afortunado, y arranca el pan á la boca del pobre. Todos necesitamos una igual cantidad de sal para vivir. El pobre paga, pues, proporcionalmente más que el rico. En una mesa espléndida, el pan no es casi necesario. En la pobre mesa del jornalero, sólo hay pan. Pues bien, el Estado pone á contribucion el hambre del pobre. Así vuestro sistema económico mata la producción, como vuestro sistema político mata la personalidad. Y lo que decimos de los consumos decimos de las aduanas. En el cosmopolitismo moderno, en este culto cada dia más vivo á la idea de humanidad, en estas relaciones de los pueblos, en esta universalidad de la industria, el libre-cambio no es sólo un derecho, es tambien una necesidad. Pues bien, no esperéis que este derecho se consagre, ni que esta necesidad se satisfaga, mientras gobiernos doctrinarios nos manden, y los pueblos sean esclavos. Para fomentar la riqueza, para promover la prosperidad general, para libertar á los pueblos del yugo indigno de tantos tributos, precisa consagrar

la libertad. Comparad nuestro gobierno sencillo con vuestro gobierno monstruoso, reaccionario; nuestra administracion con vuestra administracion complicada y difícil; nuestra política de paz con vuestra política de recelos y de guerra; nuestra contribucion única y directa con esas contribuciones sobre la sal, sobre el pan, no sabemos si sobre el aire; y decidnos luego si no es indigna vuestra pretension de ser reaccionarios en política y liberales en economía, sirviendo mal á dos amos que igualmente os desconocen y os rechazan.

Nosotros respetamos al economista que, consagrando la autonomía del individuo, deduce de aquí todas las libertades económicas. Pero esos moderados, que predicán reaccion en el Congreso y libertad en la Bolsa; que votan la ley nocedalina, opresora de la inteligencia, sin tener un remordimiento, y lloran á lágrima viva por la opresion que pesa sobre unas cuantas balas de algodón; cortesanos del poder en un punto, y cortesanos de la opinion en otro; más amigos de la libertad de la máquina, que de la libertad de la conciencia; más conocedores de los derechos de un fardo, que de los derechos de un hombre; esos economistas inconsecuentes, candidatos de Narvaez, individuos del partido histórico, realistas ayer, siempre reaccionarios, nos indignan, y no estamos dispuestos á tolerar que el país crea en sus promesas económicas, radicalmente contradictorias con sus compromisos políticos. El partido que

consagra la justicia en toda su pureza; el partido que quiere á todos los ciudadanos libres, iguales, hermanos; ese partido que tiene á un tiempo la fórmula política y la fórmula económica, no sólo consagrará la libertad de la conciencia, del pensamiento, sino la libertad de la industria, la libertad del trabajo, la libertad del comercio, emancipando al hombre en sus ideas y en sus fuerzas, y consagrando el derecho, uno para todos los ciudadanos, uno para todos los hombres, uno como el espíritu en que existe y como la razón que lo proclama.

5 de Abril de 1864.

LA GRAN REPÚBLICA AMERICANA

Y EL PEQUEÑO IMPERIO GALO-AUSTRIACO.

Obligados por nuestra buena fé y por la amistad que existe entre los Estados-Unidos y Europa, declaramos que consideraremos toda tentativa de extender su sistema de gobierno á cualquier porcion de este hemisferio, como dañosa á nuestra paz y atentatoria á nuestra seguridad.

MONROE.

Una monarquía en América es una utopía. Si en Europa se sostienen las monarquías, se sostienen principalmente por sus recuerdos y sus tradiciones. Pero en América, la monarquía recuerda el régimen colonial, la extincion de la patria; y el reinado de la esclavitud, la extincion de la libertad. Su restauracion en Méjico, ha sido un hecho entre ridículo y sangriento. Las maquinaciones de emigrados indignos; las bayonetas de los zuavos; el maquiavelismo napoleónico; las cábalas de cuatro comerciantes sin conciencia; la mansedumbre de la impotente casa de Hapsburgo; las desgracias de los Estados-Unidos, empeñados en azarosa guerra; las complacen-

cias serviles de la diplomacia europea, han creado allí una monarquía, cuyo derecho es la conquista de Méjico, cuya gloria el negocio de Jeker, cuya política la complicidad con los comerciantes de carne humana, cuyo fin la negacion del hecho sagrado y providencial de la democracia en América. Un príncipe de la casa de Austria, un descendiente de Isabel la Católica, un nieto de Cárlos V, individuo de aquellas familias que compartieron con el Papa el gobierno del mundo en la Edad media; que, al menos, debía llevar con algun respeto la corona de esos gloriosos recuerdos, como Pavía y Lepanto, se posttra á los piés del César del sufragio universal, del eterno enemigo de su raza y de su gente; y en vez del óleo sagrado que recibian sus antecesores en la Roma pontificia, recibe en la Bolsa algunos asignados, algunos retazos de papel-moneda, primeros timbres de su imperio. Y por este corto extinpendio, se expone á subir hoy á un trono quebradizo, sin derecho, y á caer mañana de ese manchado trono, con vergüenza. Rey de una pandilla y no de un país; sin conocer la tierra que va á regir; sin hablar siquiera corrientemente la hermosa lengua española; rodeado de bayonetas extranjeras en su imperio, de intrigantes oscuros y falaces en su corte; con una democracia arraigada que le maldice; con una república, no bien herida, que le persigue; con un protector como Napoleon III, que le degrada: con un empréstito que le abruma: espectro de lo pasa-

do, que va á ennegrecer con su sombra la tierra de lo porvenir; enfermizo engendro del maquiavelismo moribundo de la diplomacia; tal vez sea la víctima escogida por la Providencia en esa expiacion tremenda que á cada paso nos enseña la historia; la víctima escogida para pagar todas las tiranías de su raza. Porque al fin, si la casa de Austria ha sido el sepulturero de los pueblos; si en Villalar enterró á Castilla; si en el patíbulo de Lanuza enterró á Aragon; si intentó enterrar á Holanda y Flandes; si al principiar el pasado siglo, mató á Hungría, y al concluirse, á Polonia; si recogió en Campo-Jormio la llave del atahud de plomo de Venecia, siempre lo ha hecho en nombre de sus antiguas tradiciones, en nombre del absolutismo, y nó, como ahora, en nombre de la soberanía de las naciones, del sufragio popular, con lo cual se ha convertido el águila de dos cabezas que llevaba en sus garras tantos pueblos, y en sus alas el peso de tantas glorias, se ha convertido en cualquier ave doméstica del plebeyo César de los aborrecidos francos. Si Cárlos V se levantara de su sepulco, no conoceria á este descendiente suyo, más impotente aun que Cárlos II.

¿Era posible que los Estados-Unidos vieran con indiferencia esta ridícula farsa del imperio galo-austriaco? No. A su penetracion no podia ocultarse la unidad del espíritu americano. Herida la república en Méjico, se quebrantaba en toda América. Alzada una monarquía en el país más hermoso de

la antigua tierra española, podía alzarse con tan funesto ejemplo en todo aquel continente. La democracia es una, la democracia es solidaria, no sólo en América, sino en Europa, en el mundo entero. Donde quiera que se eclipsa un derecho; donde quiera que cae un pueblo; donde quiera que una libertad se pierde, allí se siente herida la democracia universal. Además, el imperio de Méjico no es en el fondo otra cosa sino el auxilio prestado á los esclavistas del Sur. La serpiente se aterró ante la gigantesca república del Norte, y se enroscó al árbol vecino para facisnarla y perderla. Pero el golpe dirigido á Méjico amaga á los Estados-Unidos. No era posible que éstos vieran indiferentes, ya que su guerra no les permitía oponerse con la fuerza, no era posible que vieran indiferentes la democracia herida; enterrada la república; asesinados los héroes de la libertad, entre las ruínas de Puebla; el régimen colonial erigido sobre las bayonetas francesas; los esclavistas del Sur alentados; y entrando por las costas, con la funesta diplomacia europea, la sombra de un imperio feudal y maldito, que venia á quitar, de las manos de Juárez, fuerte y sereno como la justicia, el pendón sagrado, donde están escritos los derechos de América. Así ha sucedido. El telégrafo nos ha anunciado que los Estados-Unidos no ven indiferentes los sucesos de Méjico; y que protestan contra la forma monárquica establecida bajo la influencia europea. Esta declaracion es gravísima. Es

el guante arrojado, no á la faz de ese pobre príncipe Maximiliano, ansioso de reinar, aunque sea dos días, sino á la faz de su poderoso protector Napoleón III. Los Estados-Úidos, que representan la democracia libre, no pueden tolerar el imperio forzado. Los Estados-Úidos, que con la declaración del derecho del hombre, despertaron á Europa, no pueden consentir que Europa les adormezca con la declaración de los derechos de un César. Los Estados-Úidos, que representan la autonomía del ciudadano, la independencia de los pueblos, los derechos de América, la democracia universal, no pueden renunciar á su acción política, á su acción moral, á su acción civilizadora sobre el nuevo continente. Cuando Europa llevaba la civilización y la libertad, América se doblaba á su idea como la cera; pero cuando Europa lleva el feudalismo, el imperio, la reacción, el suelo de América, estremecido, la rechaza de su seno. Los Estados-Úidos sostendrán á la democracia mejicana, y la democracia mejicana enterrará al imperio.

Después de todo, Maximiliano, en verdad, no puede sostenerse. ¿Continúa la intervención extranjera? Es un imperio el suyo, feudatario de Francia. Ha de consumir la mitad de sus rentas sosteniendo á los franceses, de quienes será esclavo. El odio entre las tropas indígenas y las tropas extranjeras, le traerá cada día un conflicto. Será una especie de emperador bizantino, un Poleólogo pendiente de la

voluntad de sus mercenarios. Y esto, difícil en los siglos medios, no puede durar en nuestro siglo. Y si despide la intervencion extranjera, al dia siguiente caerá bajo el peso de un levantamiento popular. La conquista es posible de superior á inferior; la conquista de Hernan Cortés sobre Motezuma. Pero la conquista del débil Maximiliano sobre el fuerte Juarez ¡ah! es un desvarío. Fácil es sujetar á un pueblo acostumbrado á la esclavitud: imposible sujetar á un pueblo acostumbrado á la libertad. Los estados libres no pueden ser conquistados sino despues de destruidos. Para domarlos, es preciso desarraigarr de allí todos sus ciudadanos. El monarca nuevo, tendrá siempre en una república vencida, por enemigo, el recuerdo de la antigua libertad. Y cuando esa república ha sido vencida por otro, domada por agena mano, el nuevo emperador no es emperador, es un esclavo, cuya suerte pende tristemente de la fuerza ó de la fortuna del que le ha ceñido la corona. Su vida es la vida de las plantas parásitas; su autoridad es la sombra de autoridad agena. A esto se agrega la oligarquía militar de sus mercenarios, y la oligarquía civil de sus aduladores, de esos que se llaman notables, y que lo son por vagos y por ineptos, creidos sin duda de que les pertenece el imperio más que al emperador. La democracia, fuerte en su derecho, vigorizada por la confederacion de todos los pueblos españoles, que se anuncia próxima, sostenida por los recursos, por

la fuerza de los Estados-Unidos, defensa de la gran idea de la independencia, de la autonomía de América; con la fuerza que le dá su justicia; con el aliento que le infunde la libertad; llevada en alas del entusiasmo popular; bendecida por Dios que no puede consentir la perturbacion de las leyes de la Providencia, ni un mentís escupido al progreso, la democracia levantará sobre las ruinas de ese trono, que representa la mengua de las nacionalidades americanas, el altar de la libertad. Si abandonada ha podido tanto, ¿qué no podrá ahora contando con los Estados-Unidos?

Quizá Napoleon quiera, entonces, volver por su imperio, socorrer á su protector. La férrea mano de los Estados-Unidos caerá sobre sus naves y las sepultará en los abismos de los mares. Y el pueblo francés, al verlo herido y humillado, lo sacudirá de su seno, porque habia perdido su último prestigio, la fuerza militar. Saludemos á la gran república anglo-sajona. Empeñada en arrancarse la espina de la esclavitud; bañada en sangre, sin aliento; embargadas sus fuerzas en la más gloriosa empresa que registrarán los siglos, aun levanta su voz para aterrar á los déspotas, y para defender á los pueblos. El que se creia dueño de la suerte del Nuevo Mundo, habrá comprendido, que en la protesta del Congreso de los Estados-Unidos, se encierra una amenaza á su poder en América. El joven pueblo anglo-sajon, que dos veces venció á Inglaterra

en los mares, más fácilmente vencerá á Francia. La doctrina de Monroe, que hizo imposible que la Santa Alianza extendiera su sombra letal sobre el Nuevo Mundo, viene ahora á sorprender á Napoleón en medio de sus triunfos. El César será desarmado, como los Césares antiguos, por una idea. El imperio galo-austriaco se desplomará á los piés de la gran República. La lucha no está lejana. Sigámosla atentos, porque tal vez en ella se libre la suerte de la democracia universal. En este supremo trance, no serán vencidos los soldados de la libertad, que son los soldados de Dios.

21 de Abril de 1864.

EL NACIMIENTO DE LA DEMOCRACIA.

La Libertad atribuye el nacimiento de la democracia al general O'Donnell por el placer de acumular un cargo más, siquiera sea injusto, sobre la frente del hombre á quien aborrece. Nosotros, de toda pasión exentos, debemos decir en honor á la verdad, que no sólomente el general O'Donnell no ha dado vida á la democracia, sino que á haber sido para ello poderoso, la enterrara á los piés de sus ejércitos, y borrara su nombre de la historia. El fué quien urdió desde el poder contra la democracia una conspiracion de dos años, lenta y artera; él, quien para contenerla restauró todo cuanto la revolucion habia destrozado; él, quien le negó su legitimidad en la prensa y en las Córtes; él, quien alzó los patibulos de Badajoz, de Sevilla, de Loja, que todavía chorrean sangre; él, quien desde los bancos del Senado ha exigido al gobierno que la aniquilara; él, quien ha intentado hasta deshonrarla atribuyéndole proyectos criminales, imposibles en un partido que ama

sobre todo la justicia; él, quien ofrece aun su sable como el más afilado y más certero para concluir con la democracia.

La verdad es, que atribuir el nacimiento de la democracia á la voluntad de este ó de otro general, á los errores de este ó de otro partido, nos parece tan fútil como atribuir la guerra entre dos naciones poderosas á un vaso de agua, ó la caída de la República romana á la debilidad de un ejército. Cuando los hechos son grandes, universales, de inmensa trascendencia, contribuyen á ellos todas las fuerzas vivas de la sociedad, todo el movimiento de las ideas. Los hombres que se creen nacidos para borrar estos hechos, los afirman; los que se juzgan con fuerzas para contenerlos, más bien los aceleran. Si fuéramos á atribuir el origen de un partido al primero que ha tolerado sus manifestaciones, la responsabilidad del nacimiento de la democracia antes recae sobre el conde de San Luis que sobre el conde de Lucena. Siendo aquel ministro de la Gobernacion pidió la democracia permiso para reunirse, y lo concedió, atribuyéndose á su política liberal y tolerante la actitud pacífica del nuevo partido, y su decision de pelear con las armas del derecho y de la ley. Por consecuencia, la democracia tiene, aun examinada en sus más recientes demostraciones, fecha muy anterior al poder del general O'Donnell.

¡El nacimiento de la democracia! Si quereis investigararlo, es preciso que subais con el pensamiento

á las épocas más grandes de la historia moderna. Allí encontrareis las varias crisálidas, los gérmenes de donde han salido las nuevas ideas sociales de que nuestro partido se llama glorioso representante. Todo cuanto de grande y bueno ha pasado en el mundo de tres siglos á esta parte, ha pasado para el advenimiento de la democracia. El instrumento que vino á inmortalizar en letras de plomo las ideas; el instrumento que vino á señalar caminos y derroteros de la inmensidad de los mares; el instrumento que vino á dilatar á nuestra vista los cielos; la filosofía nueva que soterró la antigua escolástica; las cinco revoluciones, la de Holanda en el siglo décimo-sexto; la de Inglaterra en el siglo décimo-sétimo, la de América á mediar el siglo décimo-octavo y la de Francia al concluirse; la de España en 1812, la de Italia y Grecia; los nuevos inventos que han borrado las fronteras y unido los continentes; las nuevas ideas que han engendrado la comunidad del derecho, todo ha tenido un término fijo, todo ha tenido un resultado social, todo ha pasado para el advenimiento de la democracia en el mundo.

Delante de estos grandes hechos providenciales, ¿qué son vuestras pequeñas intrigas, vuestros pigmeos generales, los errores de este ó de otro hombre público? Cuando una idea ha de crecer, es en vano que se ensayen contra ella todos los sistemas de destruccion; el mismo resultado traen las persecuciones sañudas de Diocleciano que la tolerancia hipó-

crita de Juliano. La idea sube enchida por las tempestades cuando la oprimen, sube majestuosa é incesantemente cuando la toleran, sube siempre como la vida que es del espíritu humano. En un pueblo toma una forma, en otro forma distinta; pero siempre su esencia es la misma. Naciones que no se comunican, la realizan en un minuto del tiempo; hombres que no se conocen, la siembran en distintos puntos del espacio. Los reformadores nacen á una hora dada en varias naciones; viven peleando por una misma idea sin saberlo, y sólo cuando mueren se juntan sus nombres en la historia. Los filósofos vienen luego, y siguen el mismo camino de los reformadores. Los políticos más tarde obedecen á sus predecesores, encarnan poderosamente en el espacio las ideas que les han dictado, las inspiraciones que han recibido, y que parecen difundidas en el aire. Esto explica la simultaneidad de todos los grandes movimientos científicos políticos en diversas naciones; simultaneidad sobre la que se cierne el espíritu humano. Pues bien; esta simultaneidad maravillosa se ve ahora mismo en los Estados-Unidos, peleando por romper las cadenas del esclavo; en Inglaterra por levantar el pueblo al nivel político de la aristocracia; en Francia por hermanar la idea de igualdad, única que consiente el cesarismo, con la idea de libertad; en Suiza por armonizar las tradiciones antiguas con el nuevo derecho; en Alemania por fundar una libertad comun; en Grecia, en Italia,

en Polonia, en Hungría, por construir el primer asilo de un pueblo, su hogar, la nacionalidad; en España por extender, por realizar la idea, contra la cual sus gobiernos han peleado en vano, la idea democrática; en el mundo entero por alcanzar la comunidad en un solo derecho de los diversos pueblos.

Los moderados, aunque invoquen nombre tan sagrado como *La Libertad*, no pueden comprender nuestro partido. Sabemos que os ha sorprendido mucho encontraros de pronto con esta democracia que no esperábais, libre de vuestro yugo, pura de vuestra historia, enérgica en sus intentos, dispuesta á no transigir con ninguna negacion de la libertad, destinada á llamar al pueblo á la vida política que creiais vinculada en vuestros privilegios. Sabemos que cuando echasteis las bases del sistema doctrinario, cuando pusisteis límites al pensamiento con vuestras leyes de imprenta, límites al sufragio con vuestro censo, límites á la representacion nacional con vuestros comicios privilegiados, límites á la enseñanza con vuestras Universidades oficiales, límites al comercio con vuestros aranceles, límites á la asociacion con vuestro código penal, creiais esto ordenado por tan maravillosa manera, que nunca habia de venir combatiente alguno, partido alguno á negar vuestra presuntuosa oligarquía. Pues bien, el partido está ahí, y os aterra, porque comprendéis su fuerza; está ahí, cada dia más poderoso, cada dia

más unido; salvando los escollos que le oponen sus enemigos; definiendo sus ideas en la piedra de toque de la contradicción; y dispuesto, sin separarse un ápice de la propaganda legal, á realizar todas las reformas, cuyo ideal han depositado en la conciencia humana, tres siglos de portentosas revoluciones.

Es verdad que esta idea no se hubiera abierto paso tan fácilmente, á no haber precedido vuestro descrédito, porque la sociedad no vuelve sus ojos á un nuevo sistema social, sino cuando se ha extinguido su fé en lo presente. ¿Y de este descrédito de los partidos medios, creéis al general O'Donnell único responsable? No, vosotros todos lo sois como él. Vosotros todos habeis sustituido á los antiguos principios erróneos, pero espirituales, en que se fundaba la monarquía absoluta, una insolente bancocracia; vosotros todos, en vez de regular el derecho por una idea, lo habeis regulado por el oro, vendiendo á vil precio, así la facultad de escribir, como la facultad de votar: vosotros, en vez de creer en la fuerza de la opinión para vencer á vuestros enemigos, habeis creído en la fuerza de las armas, y levantado el pretorianismo que nos degrada; vosotros habeis injuriado á la monarquía cuando se ha resistido á ser un instrumento; al clero cuando os ha echado en cara vuestro excepticismo; á la aristocracia cuando ha pretendido sobreponerse á vuestros privilegios; á las Cortes cuando han votado contra vuestros ministros: vosotros

sólo habeis previsto los destinos del partido á que perteneceis, y arrostrado por él, así la dictadura como la rebelion, así los golpes de estado como las conjuraciones; vosotros, y no hablamos de los redactores de la *La Libertad*, sino de todo el partido moderado á que pertenece, habeis sostenido la moral del interés, la política de la conveniencia, la religion del egoismo, el gobierno de las grandes corrupciones, la filosofía de la indiferencia, el premio de la traicion y de la apostasía, la inmoralidad, así en la administracion como en la política, y despues de haber extendido sobre la sociedad el caos, la habeis forzado á salvarse en sus grandes angustias por su última y suprema razon, que son las revoluciones.

Quando ya todo estaba descompuesto, desorganizado, apareció el símbolo que debia fatalmente representar esta descomposicion, esta desorganizacion, el general O'Donnell, el más legítimo representante de todas las conclusiones doctrinarias, el hombre de la Providencia, el hombre del destino, una especie de pequeño Atila de vuestro pequeño imperio. Pero sois injustos con él, quando él ha hecho todo lo posible por salvaros, quando ha cargado con todas vuestras faltas, quando ha escogido todos vuestros procedimientos, quando ha representado todos vuestros errores, y ha aceptado para sí la impopularidad inmensa que todos mereceis, y la sangre que todos habeis derramado, y la ruina que todos habeis

traido. Es verdad que no ha habido ningun hombre más funesto, pero ninguno más esclavo del destino. Recibió el encargo de restaurar lo que todos habian destrozado, y el que no entiende palabra, ni de filosofía, ni de leyes, ni de política, habia de resucitar vuestro eclecticismo muerto, vuestras instituciones quebrantadas, vuestra política perdida. Lo ha hecho con una sangre fria sin igual, pasando por todo, arriesgándose á todo, intentándolo todo, y sucumbiendo por todos. Nosotros debemos maldecirle, porque siempre ha asestado sus armas á nuestro pecho; pero vosotros debeis bendecir su nombre, porque él así ha ido á la revolucion como á la reaccion para salvar vuestros penates.

El ha conspirado con los revolucionarios y con los conservadores; ha escupido á la libertad y á la reaccion; ha escrito las proclamas de 1854 y las de 1856; ha armado y desarmado la Milicia nacional; ha reunido y cañoneado las Córtes; ha decretado y suspendido la desamortizacion; ha enterrado y desenterrado al partido moderado; ha invocado la soberanía nacional y el derecho divino; ha desorganizado y organizado el sistema doctrinario; combatido y reforzado la reforma Narvaez; maldecido y comprado á Escosura; y todo lo ha intentado, y todo lo ha hecho por una sola cosa, por matar la sombra que oscurece su conciencia, el espectro de sus ensueños, por matar á la democracia. Sí, ni sus apostasías, ni su pretorianismo, ni sus cadalsos, ni

sus fuerzas, ni la corrupcion de su política han bastado á matarla; sí sólo han sido parte á darle vida, sí sólo han alcanzado destruir á los partidos medios, gastar sus fuerzas, desautorizar su dogma; reconoced en todo esto, ¡incrédulos! reconoced y adorad la obra de la Providencia.

24 de Julio de 1864.

EL REINADO DE FERNANDO VII.

En aquel régimen se cerraron las Universidades y se abrió una escuela de tauromaquia. (El ministro de la Gobernación en el Congreso de Médicos.)

Hoy hace treinta y un años que espiró este rey funesto; este rey que ha manchado nuestra historia y ha envilecido nuestra política. Todos los años, la adulacion servil que no muere nunca, suele arrojar desde lugares donde sólo debia oirse la voz de la justicia, á manos llenas, flores sobre su maldecida memoria, como si el incienso de la adulacion pudiera contrastar el hedor que exhala siempre la asquerosa tiranía. Es preciso que la historia no calle, porque la historia es la conciencia de la humanidad: y entiendan los que no la temen, que su justicia es implacable, y sus castigos eternos. Espiraba en este dia el hombre funesto, sin amigos, divorciado del partido en cuyas aras lo sacrificara todo, desobedecido por su hermano mayor, abominado de la teocracia á quien sirviera, oyendo los gritos de los liberales en armas á las mismas puertas de su palacio,

y de los facciosos en armas á las mismas puertas de su monarquía; dudando de la suerte de su esposa y de sus hijas, viendo aparecer sobre su lecho de agonía, los destellos de la revolucion que habia creído apagar con sangre; corrompido por gangrenosos males su cuerpo, y por la desesperacion su alma: todo podredumbre. Jamás se conoció rey que haya sido tan cruel como Fernando VII. Quince mil expatriados en 1814; veinte mil en 1823; seis mil españoles sacrificados por sus venganzas en los cadalsos; doscientos cincuenta mil muertos por sus errores en los campos de batalla, ya en mar, ya en tierra, dicen cuán grande y cuán negra debia ser la mancha de sangre con que aquella alma se presentaria ante el juicio de Dios.

Nacido en una córte corrompida, su conciencia no tuvo un dia sereno. Sus primeros enemigos fueron ¡qué horror! sus padres. Contra ellos dirigió las primeras asechanzas de su carácter; sobre la humillacion y la vergüenza de ellos alzó sus primeras ambiciones. Oyó los consejos de un sacerdote infame: convirtió su córte en conciliábulo; armó los frailes; conspiró con embajadores extranjeros; contó al capitán del siglo hasta debilidades que debia ocultar por propio decoro; pidióle sus princesas por esposas; desconoció la autoridad de aquel de quien recibió la vida y debia recibir la corona; y al fin de toda esta trama, pudo ver la ancianidad de su padre ultrajada, la independendencia de su patria vendida, el

extranjero en el s6lio, su corona en el suelo, y su pueblo en la servidumbre.

¿Qu6 hubiera hecho un pr6ncipe digno de mandar en Espa1a? Ca6ido en la celada que su propia ambicion prepar6, y que Napoleon aprovechara con tanto arte, erguirse y protestar contra la violacion de su patria, contra la usurpacion de su corona. ¿Qu6 hizo Fernando VII? Mientras el pueblo espa1ol abrazaba ¡pueblo m6rtir! el sacrificio m6s glorioso que recuerda la historia; mientras la guerra desataba sobre nuestro suelo todos sus furores, y el hambre consumia poblaciones enteras; mientras la sangre rebosaba en los bordes de la Pen6nsula, y el incendio oscurecia nuestro claro cielo; mientras Madrid ca6a en el Dos de Mayo 6 los golpes arteros de la traicion, y Alicante y C6diz ve6an pasar sobre sus hogares las bombas francesas, y peleaba desarmada Valencia, y sucumbia sobre montones de cad6veres Tarragona, y diez mil espa1oles morian entre los escombros de Gerona, borrada casi del suelo, y se suicidaba Zaragoza, y los campos s6lo guardaban cad6veres insepultos, y el aire los miasmas de la peste, todo por Fernando, ¡ah! Fernando, sin ver las sombras de los m6rtires, las escu6lidas mujeres que, como las madres de Jerusalem, solo con sangre podian lactar 6 sus hijuelos; Fernando escribia 6 Napoleon felicit6ndole por sus victorias, demandaba 6 Jos6 I una banda de la 6rden que habia fundado en Espa1a; y entre fiestas, sar6os, conciertos, ilumina-

ciones, bailes sin fin, brindaba agitando la espumosa copa en la mano, con estas palabras: *por nuestros augustos soberanos el grande Napoleon y Maria Luisa su augusta esposa*. Tácito no registra un hecho análogo á este en sus anales; no lo recuerda Suetonio; no lo han referido ni los historiadores de la historia augusta en aquellos últimos dias de la decadencia de un mundo, en que tantas manchas aparecieron sobre la faz lívida de la civilizacion clásica.

Tenia en el ánimo de Fernando VII la ingratitud su propia habitacion. Libre en 1814 por los heróicos sacrificios del pueblo español, ¿qué debió hacer? Ocultar con sus liberalidades las miserias del cautiverio. ¿Qué hizo? Mostrarse más enemigo del pueblo español que los extranjeros vencidos. Su primera idea fué borrar el código á que fiaban los españoles la libertad; su primera accion encarcelar á los que habian escrito ese código y evocado esa libertad. Doce mil españoles sufrieron la pena de proscripcion. Para todos los hombres más ilustres de España fué la libertad de Fernando VII señal de cautiverio. Todos los que podian enaltecer al país estaban en el destierro ó en la cárcel. El poeta clásico Gallego; Quintana, nuevo Tirteo de la independencia nacional; Argüelles, de cuyos labios comenzó á brotar la elocuencia política española; Muñoz Torrero, que esparció con su soplo las cenizas de la inquisición; Moratin, nuestro primer dramático de

aquel tiempo; el dulcísimo Melendez; Lista, Marchena, Mora, restauradores de las letras, todos gemían en el destierro ó en la cárcel, como si la luz gloriosa que despiden sus aureolas hiriese los ojos del déspota. La crueldad era tanta, que no perdonaba ni á las familias de las inocentes víctimas. La mujer que hubiera cumplido con su deber, acompañando á su esposo en la emigracion, era castigada como criminal y quedaba para siempre fuera de España. Así la tiranía que se cree en su soberbia, imágen de Dios, castiga como crímenes las virtudes que Dios premia con premio inmarcesible. ¡Y si hubieran sido estos sólamente los horrores de aquella época!... Por Lier, soldado de la independendencia, es bárbaramente inmolado. Lacy tambien; los que oyeron el ruido de las armas en el dia de los conflictos, sólo oyen el ruido de los cerrojos en el dia de la victoria; la inquisicion renace, y Fernando VII quiere emular á Felipe II; fúndase una órden para enaltecer el Santo Oficio; vuelven los jesuitas; levanta La Bisbal una horca permanente en medio de Cádiz; arroja Elío una turba de asesinos sobre Valencia; los capitanes generales organizan ejércitos de esbirros; el fraile Ostolaza pronuncia sermones y publica libros en que habla de los triunfos recíprocos ¡oh blasfemia! de Dios y de Fernando VII; y una vil canalla, hez de la sociedad, carne de los presidios, alimentada por los frailes, y por los frailes movida, puñal en mano, se desata como legiones de furias, en

pos de víctimas liberales que ofrecer al hambre voraz del despotismo.

Pero la revolución en el siglo décimo-nono está, ó suspensa, ó eclipsada; no vencida. Renace en 1820. El rey cae á sus plantas. ¡Cuántas perfidias para combatirla! ¡Cuántas iniquidades para vencerla! Juró la Constitución de Cádiz con rostro sereno, como si no hubiera cometido ninguna felonía con la causa de la libertad. Rey constitucional, no lo fué nunca. Odiaba á sus ministros, y entre dientes llamábales mil veces presidiarios. Resistíase á sancionar las leyes más liberales y convenientes al país. Decretaba nombramientos que no tenían al pié la firma del ministro como mandaba la Constitución. Leía en la apertura de las Córtes discursos contrarios á los que habia redactado su gobierno. Presidia las sociedades secretas del realismo. Usaba dos lenguajes, uno humilde cuando le poseia el miedo, y arrogante otro, cuando le poseia la esperanza. Enviaba emisarios á fomentar las discordias entre los liberales, y emisarios á procurarse auxilio de los déspotas. En el 7 de Julio alentaba á los guardias contra el pueblo, cuando los creia vencedores, y despues al pueblo contra los guardias, cuando los vió vencidos. Con mano aleve rasgó las glorias de la independendencia que no eran suyas, maquinando para que vinieran los soldados franceses á vengarse en el Trocadero de las afrentas de 1812, y á mancillar así nuestro glorioso nombre.

Y desde el punto en que recobró su poder absoluto, el terror recobró también su imperio en nuestro suelo. ¿Quién no recuerda 1823? Los delatores señalaban con sangre las casas de los liberales, como para consagrarlas al esterminio; los claros varones defensores de la patria, ó pisaban el cadalso, ó el destierro, ó el árido camino de la mendicidad; el sistema de purificaciones, sistema no conocido por Tiberio, escudriñaba hasta los secretos del corazón, hasta el silencio inviolable de la conciencia; condenábase á más de cien mil personas, por afectas al régimen liberal, á no acercarse en quince léguas ni á la córte ni á los sitios reales; se daban instrucciones para que muriesen los reos de lesa magestad, y se declaraban reos de lesa magestad á los que habían proferido alguna palabra contra la tiranía, ó habían mirado con tristes ojos el sitio donde se levantaba la lápida de la rasgada Constitución; cinco liberales eran ahorcados en un solo día en Madrid; diez en la Coruña; treinta en Almería; trescientos en Tarifa; un ciudadano llamado Alfaro en Valencia, por haber dicho en estado de embriaguez, viva la libertad; Moreno Solano y Ferretí en Murcia, por haber loado el régimen representativo; y en Barcelona, en el silencio de la ciudadela, en aquellos húmedos y oscuros calabozos, caían sagradas cabezas á la voz del conde de España, como si la muerte únicamente hubiera podido nivelar este suelo de libertad para que sobre él se asentase la tiranía. No podemos con-

tinuar. El ánimo se abate al recordar tristezas que han amargado los días de nuestros padres, que han cubierto de luto nuestra misma cuna. Nos hemos propuesto conservar vivo el horror á los tiranos, y estos hechos bastan. Decia un historiador contemporáneo, hablando del entierro de Fernando VII: «Al bajar al panteon el féretro, rompieron con él una grada de piedra para que hasta su muerte causase ruinas; y durante la última ceremonia, era tal el hedor, que la comitivâ no podia resistirlo, y algunos individuos se desmayaron. Imágenes vivas del reinado de Fernando; porque en el sepulcro, exhalados las aromas de la lisonja, sólo queda la verdad, y la verdad de la tiranía es toda corrupción.»

29 Setiembre de 1864.

LA LEGALIDAD MODERNA.

Al retirarse noblemente los partidos liberales de los comicios, al dejarlos abandonados á los grandes electores que desde el ministerio de la Gobernacion los dominan; á los muñidores que desde los gobiernos de provincia los amañan; á los mercaderes que los compran con varios géneros de ofertas, han protestado, no sólo contra la corrupcion electoral, sino tambien contra el régimen tiránico en que nuestros enemigos nos han recluido por fuerza, para llamar-nos á nosotros ilegales, cuando ellos son los rebeldes y los violentos. Hace algunos años, en el mes de Febrero de 1859, entraba por las puertas del Congreso el único representante de la democracia que pudo contrastar y vencer la letal influencia del vicarismo, y asirse con mano fuerte á la tribuna, donde dió al viento nuestra inmaculada bandera, que en vano quisieron manchar los gobernantes con los dictados de perturbadora y facciosa, caidos todos en menudo polvo á los piés del grande orador de la

dialéctica, del gran orador de la polémica. Entraba allí, y no lo ha olvidado nunca, no lo olvidará el partido democrático; entraba allí pasando sobre el cadáver de un amigo ilustre, bárbaramente sacrificado por las furias que la política doctrinaria encierra en las urnas electorales. Su primera palabra fué una protesta contra el ametrallamiento y la disolución de las Cortes Constituyentes. Aun recordamos que el Sr. Gonzalez Brabo, no tocado todavía del espíritu liberal que luego aspiró, como buen artista, en la revolución de Italia, volvióse contra el Sr. Rivero, temblando de santa ira monárquica, y pretendió que como Manuel, fuera expulsado de la Asamblea, por rebelde, por faccioso. Y en verdad, que si el Sr. Gonzalez Brabo hubiera sido de espíritu profético dotado, viera aquella protesta, á primera vista solitaria, extenderse, crecer, difundirse por los partidos liberales, tomar cuerpo, y llamarse hoy, con una fórmula que atemoriza á nuestros enemigos, política de retraimiento.

Este grande, este enérgico acto del retraimiento, nunca bastante encomiado, nunca bastante aplaudido, viene á recordarnos que por espacio de mucho tiempo hemos sido cómplices de las conjuraciones moderadas con nuestro asentimiento, y que ya es hora de recordar dónde están los depositarios del derecho, los sacerdotes de la ley. ¿Serán, por ventura, los moderados? No, mil veces no. Ellos son los enemigos de la legalidad, ellos son los conjurados

contra el derecho, ellos son los rebeldes. La nacion reunida en Córtes, en aquellas Córtes ilustres, congregadas en San Felipe de Cádiz, la nueva Covadonga de la libertad, donde el pueblo habia enviado los sacerdotes más virtuosos, los sabios más ilustres, los patriotas más puros de uno y otro continente; la nacion reunida en aquellas Córtes que cierran la historia antigua apagando la inquisicion y el derecho divino, y abren la historia moderna, escribiendo la soberanía del pueblo y los derechos de la libertad; la nacion reunida en Córtes decretó aquel código de 1812, que, á pesar de alguno de sus generosos errores, todavía es el código popular, todavía es el código querido de las nuevas generaciones, todavía el código respetado como el Antiguo Testamento de nuestra religion política. Hé aquí la base de la legalidad; hé aquí la Constitucion dada por el pueblo y para el pueblo; hé aquí el sólido cimiento de todas las instituciones liberales, el que tiene fuerza por su origen sagrado, y poder por sus tendencias democráticas, tan en armonía con el espíritu del siglo; el que fué obra de la soberanía de la nacion.

— ¿Y qué han hecho los moderados? Atacar esta legalidad. ¿Y qué han hecho los liberales? Acatarla. De suerte que los moderados, ascendidos siempre al poder por el favor cortesano, pacíficamente, sin conmociones, son los revolucionarios; y los liberales, ascendidos al poder por el llamamiento de la

revolucion triunfante, del pueblo libre, son siempre los pacíficos, los legales. Sino, registrad con el pensamiento las varias épocas del régimen liberal, y vereis su respeto escrupuloso, á veces nimio, á la legalidad. En 1820 restauran el código que era la obra de la nacion, el pacto fundamental de sus derechos. En 1836, de nuevo triunfantes, de nuevo dueños del poder por el llamamiento de la nacion, promulgan los liberales el código autorizado por el voto del pueblo. Lo reformaron, es verdad, lo reformaron. Nadie como nosotros lamenta esta reforma reaccionaria que dividió en dos cámaras la unidad de la representacion nacional; que convirtió el veto suspensivo en veto absoluto; que trasladó el dogma de la soberanía nacional desde los artículos á un oscuro preámbulo; que malbarató el sagrado principio del sufragio universal por el utilitario principio del censo; reforma nefasta, primera brecha por donde los moderados entraron á posesionarse del poder que explotan y benefician á su arbitrio como si fuera su patrimonio. Pero de que nosotros rechazemos las ideas de la reforma del 37, no se sigue que rechazemos su legalidad; aquella reforma fué hecha por Córtes Constituyentes, con sujecion completa á todas las prescripciones de la Constitucion de 1812. Vienen nuevamente al poder los liberales en 1854, vienen armados de esa dictadura omnipotente que los pueblos vencedores confian siempre á los partidos que se alzan sobre el pavés de

la revolucion. Pudieron hacerlo todo, y todo deshacerlo, animándose en las inspiraciones de la revolucion; pudieron hacerlo y deshacerlo todo, valiéndose de la fuerza incontrastable que la lógica de los hechos ponía en sus manos; pero respetaron la antigua legalidad, restauraron las leyes que sus enemigos habian desconocido sin razon y pisoteado sin autoridad, y convocaron las Córtes Constituyentes, en las cuales debió darse por la autoridad del pueblo el nuevo código. De suerte que el partido liberal, ese partido tachado de revolucionario y de rebelde, puesto fuera de la ley en 1814; proscrito en 1823; desdeñado en 1834; herido, acosado, aniquilado casi desde el 1843 á 1854, de nuevo en el tormento, ese partido que han llamado sus enemigos el revolucionario de oficio, el rebelde por temperamento, es el único partido que ha respetado las leyes por lo mismo que las habia ungido con su sangre.

¿Y qué ha hecho el partido moderado? Barrenar constantemente la ley, pisotear la Constitucion. Él sustituyó á la ley de todos, al código del pueblo, á la Constitucion de 1812, aquel Estatuto mezquino, remedo de las instituciones de la Edad media, con sus próceres á la antigua, y sus humildes procuradores destinados á caer de hinojos ante el poder; carta otorgada y que no podia, que no debia aceptar un pueblo digno, pues solo pueblos miserables aceptan como un favor la libertad que es un derecho.

Este fué el primer desacato de los moderados á la legalidad. Más tarde cometieron el segundo. El gobierno de D. Luis Gonzalez Brabo en 1843, fué una dictadura. Los decretos sustituyeron á las leyes. El código de imprenta fué sustituido por una ordenanza caprichosa. La Milicia nacional, cuya existencia radicaba en la Constitucion, fué por un golpe de estado disuelta. La voluntad tornadiza de aquel jóven atolondrado é irreverente, sustituyó á las leyes hechas por varones de maduro juicio con el voto de la nacion. Y tras este desacato vino otro preparado por todo el partido moderado. Cuando la Constitucion de 1837 prescribia que no era posible intentar su reforma sino en Córtes Constituyentes, en Córtes convocadas de antemano para tal objeto, los moderados reformaron la Constitucion como por sorpresa, en unas Córtes ordinarias, sin autoridad ninguna para poner su mano sobre el código que la nacion promulgara en uso de su incontestable soberanía. Este es el tercer desacato. Y no se contentan con esto, y viene el último, más audaz, más cruel. Unas Córtes Constituyentes se hallan reunidas, discuten leyes que son hoy mismo leyes del país, formulan una Constitucion, y porque temporalmente suspensas por propio acuerdo, se reunen para fulminar un voto de censura contra un gobierno que era terrible amenaza de la libertad, son disueltas violentamente, dispersadas á cañonazos. Tercer desacato en el cual debió agotarse la paciencia del partido liberal para

no volver á entrar por la puerta de los comicios, ni á sentarse en los escaños del Congreso, hasta el momento en que tan grande iniquidad fuera castigada, reparado tan enorme agravio, y repuesta la nacion, profanada y herida, en el uso de sus derechos.

Tarde lo hemos comprendido; pero al fin nos hemos retirado de los que no contentándose con que fuéramos oprimidos como siervos, nos querian tambien deshonrados como cortesanos. El retraimiento es un acto con el cual no sólo protestamos contra la corrupcion de los comicios, sino que protestamos á favor de la soberanía del pueblo. Es la negacion de los escándalos electorales, de la centralizacion política y administrativa que ha convertido los comicios en máquinas de fabricar diputados ministeriales, prontos á seguir á todos los gobiernos; y es tambien la afirmacion de una legalidad para todos justa, para todos igual, que proclame los derechos individuales sin los que no hay seguridad posible ni progreso cierto, y que restaure las leyes desconocidas por la soberbia y pisoteadas por la audacia de nuestros crueles enemigos. Esta abstencion debe enjendrar, debe ser fecunda. Un dia la plebe romana, explotada por infames usureros que chupaban su sangre; herida por el orgullo de los patricios que desdeñaban sus servicios; alejada de las leyes, de los templos, de todas las dignidades por una oligarquía insolente, conoció su fuerza, y se retiró al monte Aventino, el monte de las tempestades, el trono de la

plebe, la tierra donde brotó el derecho que habia de ser en lo porvenir como el cielo de donde la sociedad antigua recibiera luz y aire. Allí permanecieron los plebeyos. En vano los aristócratas les mostraban los campos desolados, y la ciudad desierta; en vano les conjuraban para que descendiesen á salvar á Roma sobre la cual venia el oleaje de los pueblos enemigos; firmes en su derecho, apoyados sobre sus lanzas que eran el sosten de la ciudad, los plebeyos desoyeron halagos, despreciaron amenazas, y no descendieron á formar parte de la sagrada Roma, sino precedidos de sus tribunos que les habrian el camino del Capitolio, y con las tablas del derecho en las manos que les aseguraban la dignidad de su nombre, la paz de su familia, y la intervencion en el gobierno y en los comicios, el principio de aquella emancipacion que hizo del pobre pueblo retirado al Aventino el temido rey del universo. Imitemos este noble ejemplo. No bajemos del Aventino al primer halago, bajemos con la frente ungida por la libertad, con las tablas de nuestro derecho en las manos.

15 de Octubre de 1864.

LAS DINASTIAS REACCIONARIAS.

—

La idea política fundamental de los tiempos pasados, fué la confianza del pueblo en el poder; la idea política fundamental de los tiempos presentes, todo lo contrario, la desconfianza. La conciencia humana se ha agrandado, merced á una larga série de revoluciones científicas y políticas, sabiendo por lo mismo que en su seno reside la virtualidad del derecho. A la luz de esta creencia, el antiguo derecho ha muerto. Por eso los poderes que intentan luchar con la idea del siglo ahogar las ideas en la conciencia, sobreponer su voluntad á la voluntad de los pueblos, entregarse á la reaccion, tarde ó temprano caen, dejando tras sí un reguero de sangre. Abrid la historia, recorred sus páginas, levantaos con el pensamiento á esa inmensa revolucion política en el siglo décimo-sétimo comenzada, y cuyo término todavía no hemos podido descubrir, y vereis pasar delante de vuestros ojos una larga procesion de infelices reyes, que han perdido la corona, cuando no han

perdido con la corona la cabeza. Preguntadles por qué han sido decapitados, por qué han sido destronados, y os contestarán, sin duda, que por haber querido servir á la reaccion, por haber querido ahogar la libertad, por haber luchado con los pueblos, que son invencibles, porque son eternos.

La primera dinastía que se encuentra frente á frente con la revolucion, es la dinastía de los Estuardos en Inglaterra. Romántica, frívola, inmoral, educada en las ideas de los siglos medios, cortesana y no parlamentaria, pagada de su derecho divino en presencia de un pueblo apercebido á la libertad, ciega para ver las ideas nuevas, sorda entre tantas tempestades como anunciaban la transfiguracion social; esta dinastía, cuya vida es un paréntesis en la historia inglesa, paréntesis que abren dos cadalsos y cierran dos destierros; esta dinastía lucha acompañada de sus cortesanos bizantinos, de sus ministros torpes, de sus jesuitas complacientes, de sus monjas milagreras, de sus confesores indignos; lucha contra la revolucion, para caer dos veces en manos de la revolucion, que la estirpa del suelo de Inglaterra. Jacobo I reparte el tiempo entre sus infames favoritos y sus apologías del derecho histórico, del derecho divino. Esta exaltacion, que él imaginaba religiosa y que era satánica, de su poder monárquico, fué la triste fatalidad de su raza. Creia dejarle en herencia un trono inmortal, y sólomente le dejaba un cadalso. No comprendia, que mientras sus hijos soñaban

con un derecho divino que no pasaba de romántico delirio, el pueblo trabajaba por el derecho humano que comenzaba á ser una realidad. Esta enfatuacion por su poder, fué el génio malo de Cárlos I: por ella luchó con un pueblo tenaz; por ella cerró tres Par-lamentos que le exigian reformas y libertades; por ella sostuvo su poder personal doce años que fueron su ruina; por ella guerreó con adversa suerte en los campos de batalla hasta que ¡él! tan orgulloso, ¡él! que no quiso nunca arrodillarse á las plantas del pueblo, tuvo que arrodillarse á las plantas del ver-dugo. Su mujer, la hija de Enrique IV y de María de Médicis, la infeliz Enriqueta, entraba en la cór-te, conducida por el padre Bercello, rodeada de doce sacerdotes del Oratorio; industriada en sus rela-ciones con el rey, en sus relaciones con el pueblo por una monja ignara, que se llamaba Magdalena de San José; y entre todos estos la perdieron, for-zándola á levantar su capricho sobre las leyes, su egoismo sobre el amor conyugal, su religion sobre la religion de Inglaterra. Una autoridad no sospe- chosa para los monárquicos y los católicos, Mr. de Chateaubriand, el trovador de todas las dinastías desgraciadas, se queja en los siguientes términos de la influencia que ejercian las monjas sobre la des-graciada Enriqueta. « Tristes son en su vida estos »episodios de religiosos y religiosas; esos consejos »de monjas que hablan de grandes acontecimientos »cuyo ruido apenas oyen; que juzgan desde el fon-

«do de sus celdas la cosa pública, y que inmóviles
«en sus santos retiros, no alcanzan que el mundo
«pasa corriendo al pié de los muros de su claustro.»
Lo más triste para aquella reina, que tanto purgó
sus imprudencias religiosas, no fué su propia suerte,
sino la suerte que legó á sus hijos con la educación
monástica que les infundiera en su retiro. Heredando
de su madre la funesta manía de entregar á los religiosos
la direccion de los negocios políticos, perdió Jacobo II su
corona, y devoró la triste amargura de ver una nueva
dinastía sentada en su trono. Macauley, el sesudo
Macauley lo confirma. Hablando del jesuita Eduardo
Petre, dice: «Este hombre era de honrada familia;
de maneras corteses, de lenguaje fluido y seductor,
pero tambien débil, vano, avaro, ambicioso. Entre los
malos consejeros que tuvo el rey, este fué quien más
contribuyó á la ruina de los Estuardos.» La tenacidad
teocrática de Jacobo II le perdió. Su castigo fué horrible.
Vióse abandonado de su familia, maldecido de su pueblo,
obligado á arrojar al Támesis su sello real, destituido
en pública Asamblea hasta del título de padre, deshonorado
en su mujer y en su heredero, circuido de dolores que
lo devoraron en el destierro. Esta es la suerte de los
poderes ciegos; la suerte de las dinastías reaccionarias.

Y parece que no aprenden. Se repiten las mismas
revoluciones, y se repiten los mismos errores. Viene
la revolucion francesa á cerrar definitivamente

los siglos pasados, á enterrar el feudalismo y el derecho divino, á convertir los siervos en hombres, á resucitar la conciencia devorada por las llamas de la Inquisicion; y cuando la marea de las ideas crece, y crece, cuando sube hasta las gradas del trono azotada por los vientos de la indignacion popular, henchida por el soplo del siglo, los reyes absolutos, que creen superiores los intereses de su familia á las ideas de la humanidad, viven para luchar y luchan para caer rendidos bajo el anatema del pueblo. Luis XVI leia la historia de Inglaterra por Hume; y contemplaba todos los dias el retrato de Carlos I por Vandyk. Ni aquella historia le enseñó cómo habia de conducirse en sus relaciones con el pueblo para evitar que el trono se convirtiera bajo los piés en cadalso, ni en la mirada del retrato, que es un poema, columbró el arrepentimiento del desgraciado Cárlos I por no haber cedido, cuando era tiempo, en 1640, por no haber pactado en el tercer Parlamento, de buena fé, la libertad de Inglaterra. Luis XVI cae en los mismos errores de Jacobo II. Como este, convierte la piedad en arma anti-liberal; y como este, confia para salvarse en el auxilio extranjero. No quiere el desgraciado rey de Francia sancionar la Constitucion del clero. Antes que á sus ministros, consulta á los obispos. Jura las leyes con una mano, y con la otra deposita traidora protesta en poder de Cárlos IV. Se dirige á todos los monarcas absolutos concitándoles contra Francia. Rodéase

de clérigos á la revolucion hostiles. Con sus palabras, promueve la guerra civil en la Vendée. Con sus vacilaciones, desencadena la revolucion sobre Paris. Aquel hombre de quien la contra-revolucion ha querido hacer un héroe de leyenda, creia que la verdad era igual á la mentira, ejercia los derechos de la Constitucion contra la Constitucion misma; destinaba el veto contra la Asamblea; la facultad de organizar la guerra, contra Francia; la lista civil, para pagar espías; sus embajadores, para conspirar; toda la autoridad que el pueblo generoso le confiaba, para perder al pueblo; toda la fuerza que la revolucion le diera, para soterrar la revolucion. En esta lucha desigual, cayó. Su destronamiento y su muerte, como que absuelven toda su vida, y la rodean con los resplandores sagrados del martirio. Pero en su destronamiento y en su muerte, más que la obra de pueblo francés, verá siempre la historia veraz, la obra de esa triste ceguera que sobrecoje á los poderes condenados por Dios á una segura ruina. Otro nuevo milagro de los poderes ciegos; otra nueva desgracia de las dinastías reaccionarias.

Y vienen nuevos tiempos, más cercanos á nosotros, y despues de una república, despues de un consulado, despues de un imperio, despues de dos restauraciones sucesivas, suben al trono los hermanos de Luis XVI. Han visto rodar á sus plantas una monarquía, nacer sobre sus cabezas un nuevo derecho; la desgracia les ha debido aleccionar con sus inspi-

raciones; el destierro fortalecer con sus enseñanzas; el génio de Napoleon vencido por no haberse aliado á la libertad, abierto los ojos para ver la luz de los nuevos tiempos. Es inútil. Están ciegos. Con Luis XVIII pasa el escepticismo del pasado siglo sobre el trono; pero con Cárlos X se sienta en el trono la reaccion absolutista y teocrática. Este rey sufre un vahído, y se imagina en los tiempos anteriores á la revolucion, en aquellos tiempos en que los pueblos creian y acataban el derecho divino de los reyes. Olvidado de la Carta, de las Asambleas, de la prensa, del juicio inapelable de la historia sobre el poder absoluto, se corona en Reims, como pudiera coronarse un monarca antiguo, tendido á los piés de un obispo, que pisa la dignidad del pueblo, la independendencia de Francia. Despues, en su soberbia, imagina posible acallar el ruido de la prensa, que cada vez que se mueve y rechina para dar una misteriosa hoja de papel al viento, desgasta un resorte del antiguo régimen, lima un eslabon de la cadena del pueblo. Al poner el rey su mano aleve sobre la prensa, estalla esta alta institucion, y brotan las revoluciones. El hijo de San Luis, el que llevaba en su frente el óleo de Carlo Magno, el ungido en Reims, último Borbon que se sienta en el trono de Francia, huye, y al huir, todavía conserva las fórmulas de la antigua etiqueta, las usanzas de la antigua monarquía, sin comprender en su ceguera que habian sido su ruina y la ruina de su raza. No vol-

verán á sentarse los Borbones en el trono de Francia. Nuevo milagro de los poderes ciegos.

Pero viene una nueva dinastía. Por su sangre es real, por su origen popular. En ella se mezclan por misterioso arte los recuerdos de la monarquía absoluta, y los derechos de la monarquía constitucional. Esta familia no puede ser traidora á la revolucion. Ha ido la revolucion misma á buscarla, y le ha ofrecido por trono las piedras de las barricadas, y la ha llevado en un caballo blanco á la casa de la Ciudad, y la ha proclamado, no al repique de las campanas de la catedral de Reims, sino al redoble de los tambores de la Milicia nacional. Esta dinastía es la dinastía de Julio, la dinastía de Orleans, la dinastía revolucionaria. Lafayette, el amigo de Franklin, el auxiliar de Washington, el héroe de la revolucion francesa, el ídolo del pueblo, ha llamado al gobierno de esta dinastía, la mejor de las Repúblicas. Pero ¡ah! que al poco tiempo olvida todo esto. Engreido el rey Luis Felipe con su política que ha comprado todas las conciencias, que ha vendido todos los juramentos; política de corrupcion, tan enemiga de los jesuitas como de los libre-pensadores, del pueblo como de la aristocracia, de la legitimidad como de la República; engreido con esa política que ha hecho de la fé una aprension, de la conciencia un nombre, de la lealtad una antigualla, del amor á la patria una figura retórica, de la revolucion un eco vano, y de *la bourgeoisie* una oligarquía

insolente: política pacífica, sí, pero deshonrosa, cree que ha llegado el tiempo de convertir el sistema constitucional en una farsa, y sustituir con su propia voluntad la voluntad del pueblo, con sus caprichos las garantías á que no renuncia nunca esta sociedad que aun cree y aun espera. Para esto el método era muy sencillo; corromper los comicios, traer una Asamblea adipta al rey. Mr. Guizot es el gran agente de esta política, el gran corruptor de Francia. El pueblo se irrita y pide una reforma electoral. Se enoja el rey, y viola el derecho de reunion. La corrupcion electoral y las violaciones de este derecho, encienden al pueblo en ira. La revolucion llama á las puertas de las Tullerías. El rey cambia á Guizot por Molé, un conservador por otro conservador. Cuando vé que Molé no satisface, llama á Thiers y á Odilon Barrot, los jefes de la izquierda liberal. Pero estos han ido á las Tullerías entre barricadas, y sólo han oido estas palabras de labios del pueblo: «jos engañan, os engañan!» Cuando llegaron, propusieron la disolucion de la Asamblea. Luis Felipe, al ver que la Cámara adicta á su persona debia ser disuelta, les volvió la espalda: tan seguro estaba de su poder. Las concesiones fueron tardías. El rey huyó más vergonzosa y oscuramente que Cárlos X. Una hermosa princesa, blonda, blanca, como el hada de una leyenda alemana, jóven y viuda, jóven y madre, entraba con sus dos hijos de la mano por las puertas de la Asamblea, y al pedirle el trono que

la revolucion les habia ofrecido con acento varonil y elocuente, solo oyó en respuesta este grito: Viva la República. Nuevo milagro de un poder obcecado.

Y esto que sucede en Francia, en Inglaterra, ha sucedido, más ó ménos, en casi todas las naciones de Europa. Los poderes ciegos, han caído. El emperador Fernando de Austria, que sostenia la política de la Santa Alianza, apoyado en la maquiavélica astucia de Metternich, abdica; el rey Federico Guillermo de Prusia, pietista, romántico, dado á envenenar la conciencia de la juventud liberal, enemigo jurado de la revolucion, tiene que saludar á las víctimas de su insensata furia, y se vuelve loco; los duques de Toscana, cómplices de Austria, pierden la Atica de Italia; los señores de Parma huyen del trono que levantara contra Italia un capricho de Isabel de Farnesio; el rey de Grecia, bávaro, y por ende reaccionario, porque Baviéra es la Beocia de Alemania, el nido de la reaccion y del neo-catolicismo, cae; el duque de Módena, aquel insensato, ébrio de soberbia, que desde su pequeño nido declara la guerra á todo su siglo, se ve precisado á huir, sin trono, sin corona, reconociendo el poder de la libertad; y los reyes de Nápoles, los que enrojecieron las aguas del Tirreno con sangre liberal; los que enterraron á los hombres más ilustres de Italia en húmedos y horribles calabozos; los que trajeron los croatas á Nápoles; los que rasgaron la Constitucion; los cómplices de todos los tiranos y de todos los verdugos

de Italia; los enemigos de todas las libertades europeas; los que favorecían á D. Cárlos contra España, á Nicolás contra Francia é Inglaterra, al Austria contra Venecia y Hungría, á Francia contra Roma, esos tiranos han visto castigada su soberbia por la espada de Garibaldi: que los poderes ciegos, las dinastías reaccionarias se cavan su propia sepultura entre el ódio de los pueblos, el anatema de la historia, y las maldiciones del cielo.

22 Octubre de 1864.

EL GOBIERNO Y LA CIENCIA.

La real orden sobre enseñanza pública, objeto de tantos comentarios para la opinion, causa de tantas dificultades para el gobierno, es un anatema contra la ciencia, y un ataque al derecho constitucional. Si fuera un manifiesto en que el gobierno dijera sus ideas, ó anunciara sus propósitos, cabria asegurar que se equivocaba el gobierno, cabria discutir esas ideas, disuadirle de ese propósito; pero siendo como es, una real orden, por fuerza ha de tener resultados en la práctica, resultados pronto, eficaces, como de su acre lenguaje y de sus severas disposiciones se desprende.

Si tal no sucediese, habriamos de convenir en que todo un ministerio Narvaez, cuya única cualidad, aun no contestada ni discutida, es la energía, hablaba con lenguaje imperioso, mandaba con altanero ímpetu para burlarse él mismo de sus palabras y él mismo quebrantar sus mandatos. La real orden está ahí clara y terminante; y si no la cum-

ple el gobierno, al oír los clamores de la opinion que debia haber presentido, bien puede decirse que tenemos una segunda retractacion, como la célebre de la circular sobre los pósitos : y que este ministerio con todos sus oradores, con todos sus generales, con todas sus primacías conservadoras, es improvisor por naturaleza, y sólo acierta á enmendar su imprevision con degradantes humillaciones.

Nuestros lectores han visto y revisto la real órden sobre enseńanza; han leído y releído todas sus partes; y no negarán que la única interpretacion posible, la única en armonía con su letra y con su sentido, es la de separar inmediatamente, en prueba de *rigor saludable*, á todos los catedráticos que fuera de sus cátedras expliquen algunas ideas contrarias al régimen vigente. Porque la circular no se contenta con disponer lo que han de enseñar los profesores en el recinto de su cátedra; los sigue fuera de ella, los ceta con rigor, y manda que si en la plaza, en los comicios, en la prensa, en el Congreso, en los lugares donde el catedrático es ciudadano, desliza algunas ideas desagradables al gobierno, sea depuesto, por haberse moralmente incapacitado para la alta dignidad del magisterio. Por un rasgo de bondad sublime, apenas comprensible en este ministerio, dueño de almas y de conciencias, deja que allá en el foro de su hogar, rodeado de su familia, en conversacion particular con sus amigos, si no pasan de veinte, pueda el catedrático tener toda la li-

bertad de pensar y de hablar que tenía el esclavo antiguo, en su ergástula, ó el primitivo cristiano en su catacumba. Fuera de esto, el catedrático debe ser un ciudadano en perpétua tutela, en perpétuo silencio; apartado de todos los derechos, lejos de los comicios y de los Congresos; sin poder para esgrimir la prensa, la gran arma de los tiempos modernos; sin poder para subir á la tribuna, el gran trono de las ideas modernas; sujeto como el prisionero de guerra en Roma, á una capitisdiminucion perdurable, puesto que no puede concluir, sino con la cátedra ó con la vida.

Esta real orden es un golpe de estado, por el cual debia exigirse al Sr. Galiano, que la ha firmado, y á sus compañeros, que la han consentido, una responsabilidad tremenda, si aquí no fuera el régimen constitucional mentira, y los ministros reyes inviolables. El Sr. Alcalá Galiano con la misma energía que usaba para maldecir á Fernando VII, y llamarle desde la tribuna tirano y loco; el Sr. Alcalá Galiano, en quien el odio á la libertad y á la ciencia ha despertado algo de sus dormidas pasiones políticas, pone una real orden dictada por sus seniles caprichos sobre las leyes nacidas de la voluntad suprema de los poderes públicos. Primer caso de responsabilidad. El Sr. Alcalá Galiano, que de puro aplaudir y votar á gobiernos arbitrarios, se ha acostumbrado á la arbitrariedad, como el pueblo de Constantinopla á la peste, niega los derechos cons-

titucionales, el derecho de escribir contra el gobierno, el derecho de hablar contra el gobierno, el derecho de votar contra el gobierno á ciudadanos, en daño de los cuales no establece ninguna excepcion el código fundamental del Estado, ciudadanos que no pueden vivir en perpétua tutela sin que sean desmentidas y pisoteadas todas nuestras leyes. Segundo caso de responsabilidad. El Sr. Alcalá Galiano quiere que del uso que ciertos ciudadanos hagan de sus derechos en la prensa, conozcan los rectores, el Consejo de Instruccion pública, y el ministro de Fomento, usurpando atribuciones vedadas, y ejerciendo una jurisdiccion que las leyes le niegan. Tercer caso de responsabilidad. El Sr. Alcalá Galiano establece de una plumada, como lo pudiera hacer cualquier sultan, especial penalidad para los catedráticos que falten como ciudadanos en el uso de sus derechos políticos. Cuarto caso de responsabilidad. Si aquí hubiera verdadero régimen constitucional, si los Congresos no fueran nombrados por los gobiernos para su uso particular, al abrirse las Córtes, debia el ministro que ha tenido la osadía de firmar esa real órden, sentarse en el banquillo de los acusados, y recibir allí, con el anatema de la opinion pública indignada, el castigo de sus execrables ilegalidades, tanto más dignas de ser severamente reprimidas, cuanto que han nacido del deseo de complacer á ese partido neo-católico, á esa camarilla facciosa, que ayer con las armas y hoy

con la intriga, sólo tira á perder el régimen constitucional en nuestra patria.

Y si del aspecto legal nos apartamos y nos convertimos á mirar el aspecto científico de la circular, la sangre brota en el rostro encendido de vergüenza, la hiel en la pluma que quisiera poseer toda la amargura de Juvenal para castigar la necia arrogancia del hombre que hace de sus ideas propias las columnas de Hércules de la ciencia, cuando esas ideas han de ser ménos duraderas que su vida. La ciencia, desde los tiempos de Vives y de Bacon, no busca principios ni ideas con que alimentar estas ó las otras instituciones, no; con libertad entera y completa, busca la verdad por ser verdad, y cuando la encuentra, la dice, sin que ningun poder de la tierra sea superior á su poder divino, sin que ningun derecho pueda contrastar su inviolable derecho. La ciencia no pertenece á lo pasado, no es la esclava de lo presente, no; como esas aves sagradas que anuncian con su instinto sublime el nuevo día, y vuelan en busca de la aurora, la ciencia escribe siempre el ideal de lo porvenir. Sin ella, sin su redencion inmanente, sin su libertad superior á todos los poderes, el mundo yaceria inmóvil en su cuna, los esclavos en sus cadenas, los sacrificios humanos en el ara, los déspotas de Oriente en el trono, los dioses antropófagos en el altar. Si sus verdades dañan á viejos ídolos, á viejas supersticiones ¿qué importa? El labrador no puede ingertar el árbol viejo

ni infundir en él nueva sávia sin abrirle una herida. Los filósofos mismos no comprenden las consecuencias de las ideas que siembran á los cuatro vientos. Se las lleva en sus ondas eternas el tiempo, y brotan de su seno una nueva civilizacion, una nueva vida. Es imposible que en la sociedad presente anide la vieja ciencia; en la sociedad presente anida la ciencia de lo porvenir, como en la Roma pagana la Sibila del cristianismo que anunciaba la muerte de los dioses, como en el corazon humano anida la esperanza, que penetra allende el sepulcro, y se espacia en la inmortalidad. La ciencia va transmitiendo de mano en mano la antorcha que ilumina los horizontes oscuros de lo porvenir. Miradlo en la misma historia moderna. Vives y Bacon en el siglo décimo-sexto, son ya el siglo décimo-sétimo; Descartes y Loke en el siglo décimo-sétimo, son el siglo décimo-octavo; Rousseau y Kant en el siglo décimo-octavo, son el siglo décimo-nono, y Hegel y Krausse en el siglo décimo-nono, son el siglo venidero. Todo el que ha condenado una parte de la ciencia ó de la literatura ha tenido tarde ó temprano necesidad de sus servicios. Platon condenaba á los poetas, y los poetas esparcieron los principios platónicos en la conciencia; los estóicos condenaban á los oradores, y los oradores redimieron con su predicacion cristiana al mundo antiguo de la servidumbre, y enlazaron todo lo que había de vivo en el estoicismo con el espíritu de los nue-

vos tiempos; los católicos del siglo décimo-quinto condenaban la teoría de los antípodas, y un creyente en esta teoría arrojó á los piés del catolicismo un nuevo mundo, al mismo tiempo que la heréjia luterana le arrancaba la mitad del antiguo. ¿Quién sabe si estos mismos doctrinarios, hoy tan retrógrados, tan enemigos de la ciencia, tendrán que pedir á la ciencia mañana la defensa de sus derechos?

La verdad es que si el gobierno se empeña en detener la decadencia de los antiguos principios científicos, su muerte, se empeña en lo imposible. En la solidaridad hoy de las naciones, en la union de los espíritus, un principio científico corre como la electricidad, como la luz. No somos nosotros, pobres individuos que desaparecemos en el oleaje de los hechos; no somos nosotros los que hemos acabado con las ideas antiguas, es la humanidad. No es culpa nuestra que la naturaleza haya sido despojada de los fantásticos espíritus con que la poblara la Edad media; no es culpa nuestra que el crisol de la química moderna, los cuatro elementos de Aristóteles, hayan dado de sí nuevos elementos; no es culpa nuestra que, al ojear el geólogo las capas terrestres, haya visto aumentada la venerable antigüedad del planeta; no es culpa nuestra que la filología, las revelaciones de la civilizacion india, los geroglíficos interpretados, las ruinas descifradas, hayan roto el círculo en que Bossuet encerraba la historia; no es

culpa nuestra, no es culpa de este siglo que cinco siglos de luchas hayan aniquilado el escolasticismo; no es culpa nuestra que la crítica filosófica haya medido las fuerzas del espíritu y haya proclamado á la razón independiente y libre, el único criterio de la ciencia; no es culpa nuestra que el derecho divino haya cedido ante el derecho popular, ante el derecho humano; es culpa de la humanidad, es culpa de la Providencia. ¿Por ventura hemos podido impedir nosotros que Descartes se concentrara en sí, que se riera Voltaire, que sintiera Rousseau, que pensara Kant, que viniera al viejo mundo Franklin, que abofeteara á los jesuitas Aranda, que escalara la tribuna Mirabeau, que tronaran los cañones de la revolución en todos los campos de batalla del mundo y que las ideas descendieran á las conciencias, como las llamas al Cenáculo, y se levantaran como Lázaro los pueblos del pudridero de tres siglos de escándalos y tiranías? Acusad á la humanidad; acusad á la Providencia.

Es imposible detener las ideas. España no tiene ni filosofía, ni geología, ni ciencias naturales, ni astronomía, ni economía política, teniendo grandes filósofos, grandes naturalistas, grandes astrónomos; porque todos han consumido su pensamiento, su alma en el fuego de la inquisición. Si se quiere que esta esclavitud continúe, que esta tisis del alma se prolongue, dígase en buen hora; y si aquí no pueden los ciudadanos ejercer el primero de los dere-

chos; si aquí está vedada la propiedad de la razon, iránse como los antiguos cristianos donde puedan á la luz del dia revelar hasta el fondo de la conciencia. *Ubi libertas, ibi patria.*

Pero tenemos tal fé en el espíritu del siglo, tan profunda conviccion de su fuerza, de la energía de sus ideas; nos parece tan corta la espada del general Narvaez para llegar á la conciencia; tan miserable la sofistería del Sr. Alcalá Galiano para oscurecer el espíritu; tan impotente y ridícula toda esta camarilla neo-católica para aniquilar la ciencia, esa revelacion de la vida, que, en medio de nuestras tinieblas, vemos ahora más que nunca rayar en el horizonte el nuevo dia de la libertad de pensar, de la libertad de enseñanza; primeras y sacratísimas conquistas de la civilizacion, doble corona de nuestro glorioso siglo. El grito de indignacion que ha lanzado la conciencia pública contra las maquinaciones neo-católicas, nos confirma en nuestras esperanzas. Atrás, pues, sofistas doctrinarios, al querer herir esas libertades, os habeis herido á vosotros mismos; al querer arrancar al siglo esa corona, el espíritu del siglo os ha derribado en el polvo.

3 de Noviembre de 1864.

LA CAIDA DE UNA DINASTIA.

La historia es, considerada bajo su aspecto más vulgar, la experiencia de la humanidad. Interrogándola, podríamos llamar á este siglo, el siglo de la renovación de los poderes públicos. Dentro de las antiguas formas de gobierno, cupo la agitacion religiosa del siglo décimo-sexto, la agitacion filosófica del siglo décimo-sétimo, y aun la agitacion regalista del siglo décimo-octavo; pero así que todas estas grandes agitaciones se condensaron en una que las contiene á todas, en la agitacion democrática, las antiguas formas de gobierno fueron estrechas y mezquinas para contener el océano de la nueva vida. Entonces nació el régimen constitucional. La revolucion se encontró cara á cara con los antiguos poderes, y luchó con ellos fuertemente. Do quier hubo una poderosa influencia en lucha con el sistema constitucional, fué vencida; do quier hubo un poder opuesto á la revolucion, una dinastía enemiga del progreso, sucumbió ese poder, cayó esa dinastía.

Mirad, mirad, Nápoles, Toscana, Grecia, Inglaterra, Francia, miradlas, y vereis que ninguna de estas naciones ha consentido las dinastías enemigas de sus libertades, las dinastías que han avivado el espíritu reaccionario, esa negra sombra que hiela y oscurece á la moderna Europa. Es preciso, es indispensable que los pueblos recuerden las escenas históricas en que se vé de un lado las dinastías, de otro las naciones. La historia es algo más que una mera narracion, es una viva enseñanza moral, es la conciencia del espíritu humano, que se eleva sobre todos los poderes, y los juzga con inflexible justicia. La historia, no calla nunca. Si el mundo se entrega á Domiciano, la historia se entrega á Tácito. Por esto ningun poder, ninguna fuerza ha podido jamás ahogar la voz severa de la historia, que es el espíritu humano, reconociéndose y juzgándose. Estudiemos, pues, en la region serena de la historia, un hecho que es una grande enseñanza; estudiemos la caida de una dinastía. Fijémonos en los Borbones de Francia.

El grave mal de estos reyes en su segunda restauracion, fué no saber cosa alguna del espíritu de su siglo. Habian visto una revolucion triunfante, una República colosal y agitada por el delirio del nuevo espíritu, la dictadura del génio sobre Europa atónita, y no alcanzaron que todos estos hechos, eran solamente la roja lava del volcan de ideas que entrañaba Europa, y si vieron las ideas, imaginaron

que se podian apagar con agua bendita. Así Cárlos X, el representante de la reaccion teocrática asentada en el trono, se rodeaba, además de sus ministros constitucionales, de una córte absolutista, que hacía sospechosa su política y odioso su nombre. El arzobispo de Reims, el de París, dirigidos por el Nuncio de Su Santidad, verdadero oráculo de la córte, capitaneaban á todos los aristócratas, á todos los absolutistas, que maldecian del régimen constitucional, y acariciaban la idea de una reaccion insensata. El pueblo que veia esto, aquel pueblo en cuyos labios vagaba la Marsellesa que aterrara con sus viriles acordes á cien reyes, creia su rey instrumento de la córte romana, y su sistema constitucional, á tanta costa rescatado de la antigua tiranía, nido de los jesuitas.

Y estas creencias eran harto fundadas, si se atiende á los hechos de la córte. Habia pedido, y aun propuesto, una ley que castigaba con pena de muerte el sacrilegio; ley atentatoria á la tolerancia religiosa establecida en Francia, ley de esas que empiezan á mover las revoluciones. Durante su discusion, los partidarios del rey en las Cámaras, los que con él privaban, bendijeron el cadalso, santificaron el verdugo. Y como la reaccion no se detiene un punto, pidió y obtuvo indemnizaciones cuantiosísimas para pagar á los emigrados que habian vuelto sus armas contra Francia; pidió y obtuvo la restauracion de los conventos que habian caido á los

golpes de las nuevas ideas. Estas victorias y el silencio del pueblo que es paciente, porque es eterno, indujeron á la córte á nuevos alardes reaccionarios, á nuevos intentos de oprimir entre sus manos la conciencia, y detener la corriente de las ideas, mofándose á un tiempo de la libertad que late en el seno del siglo, y de la Providencia que encamina hácia la libertad toda la historia.

En su ceguera, Carlos X prescindió de las ideas modernas, convocó la nobleza, fingió haber encontrado la sacra ampolla donde se guardaba el óleo de los reyes de derecho divino, y arrojó su corona constitucional á los piés de un arzobispo. Consecuente con esto, su córte parecia, como la córte de Carlos II, la reunion de todos los frailes batalladores, de todos los obispos intrigantes de Francia. Pasaba el tiempo, no en meditar las reformas propias de este siglo, sino en celebrar procesiones, donde iban los volterianos y los escépticos del ministerio y de la Cámara, con velas en apariencia encendidas á los santos, y en realidad encendidas á su propio poder. Así el rumor público murmuraba de aquella reaccion que creia capaz de resucitar la política de Carlos IX, y evocar las matanzas de San Bartolomé. Mr. de Montlosier denunciaba en interés de la religion y de la monarquía, estas conjuraciones teocráticas, á Francia indignada. «El partido sacerdotal, decia, es un partido invasor y ambicioso, que arrastrándose en las sombras, bajo las inspiraciones de los



«jesuitas, congregacion ilegal y anónima, penetra
»en la política, se atrae á los magistrados, subordina
»á su poder los ministros, distribuye todos los favo-
»res, vende á Roma las libertades tradicionales de la
»Iglesia galicana, prepara, en fin, por medio de sus
»sectarios, en todas las zonas del poder público, la
»servidumbre de la monarquía, para conquistar al
»yugo de una compañía desconocida é intolerante,
»un pueblo, no religioso, sino degradado en las más
»viles preocupaciones.»

Este partido no se contentaba con dirigir la política, queria tambien dirigir las ciencias, queria tambien borrar la filosofía de tres siglos, queria tambien volver las universidades á la Edad media. A este fin entregaba el pensamiento al nacer en la conciencia, al brotar en la pluma, entregaba el pensamiento á la censura que lo prostituia primero, y despues lo aniquilaba. Esta reaccion en la esfera intelectual es la más odiosa á los pueblos modernos, porque es la más insensata. Cuando desde el siglo décimo-segundo Europa viene con la voz de Abelardo, de Bacon, de Vives, de Hutlen, de Descartes, protestando contra la servidumbre intelectual; restaurarla en pleno siglo décimo-nono, en esta edad de la realizacion práctica y tangible de todas las ideas; restaurarla para acallar la conciencia, el pensamiento, es un delirio como el delirio de Calígula, que intentaba acallar con su voz la voz eterna del mar. Aquella dinastía teocrática, quiso poner por límite á la razon

humana sus propias preocupaciones, y creyó haber conseguido un triunfo cuando los catedráticos estigmatizados como Michaud y Villmaine por los jesuitas, descendieron de sus cátedras, sin comprender que dejaban escrita la indeleble protesta de la razón libre contra la infame tiranía; protesta que se grabó en la conciencia y en la memoria del pueblo, más poderosa que todos los poderes, más fuerte que todos los gobiernos.

Y no había esperanza para Francia, porque el heredero de la corona, aun inocente de las faltas de sus predecesores, ya era educado para repetir las. Mr. de la Reviere y el obispo de Estrasburgo, maestros del príncipe heredero, revelaban bien claramente el doble aspecto militar y teocrático de la ciencia dinástica. Los enemigos de las libertades públicas, los que excomulgaban la prensa, los que tenían la tribuna por una barricada permanente, los adoradores del derecho divino, los militares cortesanos y los cortesanos mitrados, llenos de odio á la libertad, iban á sembrar en el tierno corazón que debía ser prenda del progreso de la vida, los principios odiosos de una civilización muerta, las ideas de un régimen destruido, declarando guerra á muerte á lo porvenir en nombre del mismo príncipe á quien la Providencia parecía elegir para que lo dirigiera y lo iluminara. Error lamentable en verdad el de aquella dinastía que maltrataba al pueblo, robándole con tales maestros la última prenda de reconciliación

posible, la esperanza de encontrar un príncipe liberal en el heredero del trono. «En tales manos, dice Mr. de Lamartine, en el capítulo segundo del tomo octavo de su Historia de la Restauracion, en tales manos, parecía el heredero del trono como una prenda entregada por la monarquía al sacerdocio.» Y en verdad que en el siglo presente, aun se concibe por algun tiempo, efecto de la descomposicion de una sociedad gastada, aun se concibe la dictadura personal de un rey; pero lo que no se concibe es la dictadura de una corporacion, de un sacerdocio, que radicando en la conciencia, pretende ser eterna, porque se apodera del espíritu.

Esta política de la dinastía francesa le captaba la enemistad de los poderes públicos, verdaderamente liberales, del mundo. Todos los pueblos libres se apartaban de ella con horror. De grado ó fuerza tuvo que reconocer en 1828 la emancipacion de Santo Domingo. Así Cannig, que aborrecia á la sazón á los Borbones de Francia, como hoy Glandstone aborrece á los Borbones de Nápoles, pudo decir desde la tribuna inglesa: les entrego el viejo peso del absolutismo que los matará. Y las primeras costosas glorias de Africa, no bastaron á contrastar la inmensa impopularidad de la dinastía. Esta impopularidad tenia causas muy conocidas; el pueblo no perdonaba á la dinastía el que hubiera desarmado la Milicia nacional de París; él que creyera esta institucion incompatible con su existencia. Así, cuando la cór-

te salía de gala, el pueblo de París iba con curiosidad á presenciar el espectáculo, y le anunciaba sus resentimientos con su amenazador silencio. Hasta un dia en que la duquesa de Angulema, respetable por sus desgracias, fué al teatro de la Opera, no recordamos ahora si en Paris ó en Burdeos, el pueblo, segun cuenta Luis Blanc en su historia de los diez años, el pueblo, se protestó de silvar á los actores, silvó á la más ilustre y más augusta de las princesas que personificaban la dinastía de los Borbones en Francia.

El rey echó de ver tarde, muy tarde, su impopularidad. En vano trató de remediarla; en vano proscribió los jesuitas; en vano redujo el número de los seminarios; en vano dió libertad á la prensa. Esta concesion tardía, volvióse en su daño: esta libertad, ya concedida á última hora por el ministerio Martignac, le mordió la frente, le arrancó la corona. La libertad de la prensa saltó sobre los ministros, y fué á herir el corazon de los reyes. Francia creía que el origen de sus males no estaba ni en Villel, ni en Martignac; creía que el origen estaba más alto, en una dinastía soberbia, para la cual no guardaba enseñanzas la historia, fuerza el tiempo, derecho el pueblo, poder las revoluciones. La imprenta, libre por algun tiempo bajo Martignac, expresó esta queja. Entonces se encontró Cárlos X con una apariencia de legalidad en su favor; se encontró con que la imprenta se levantaba sobre su corona; con que la im-

prenta limaba los fundamentos de su trono; con que la imprenta desconocía su inviolabilidad; con que la imprenta le retaba á singular combate; con que la imprenta olvidaba los ministros responsables para herir su autoridad sagrada; y con las ordenanzas de Julio creyó aniquilar la imprenta, cuando en realidad tan solo aniquilaba su corona.

Herida así la institucion principal de los tiempos modernos, por el ministerio de Polignac, sobreescitados los ánimos por las continuas imprudencias de la córte, llena la medida de los agravios, divorciada completamente la dinastía del espíritu popular, la revolucion estalló, armóse el pueblo, luchó en las calles con las tropas reales, triunfó, y fué á sitiar á sus reyes, que de nuevo anduvieron errantes por los campos, y de nuevo abandonaron el suelo de la patria y la sombra del trono. Al lado mismo de la antigua dinastía nació la nueva rama desprendida del tronco principal, que más tarde consumió tambien el fuego de las revoluciones; rama que se volvia contra el árbol; parientes que conspiraban contra sus parientes; sangre que se sublevaba contra su propia sangre. El rey depuso al ministro reaccionario Polignac. No bastó; subieron las olas revolucionarias. El rey revocó las ordenanzas contra la imprenta. No bastó. El rey nombró su ministro á Casimiro Perier. No bastó. El rey nombró lugar-teniente del reino al duque de Orleans. No bastó. El rey abdicó en su nieto. No bastó. Las olas de la re-

volucion pasaron sobre la cabeza de la dinastía. Triste, abatido, rodeado de su familia, de la duquesa de Berri que aun soñaba con ser la tutora de un grande imperio, de la duquesa de Angulema, la hija de Luis XVI, que habia visto tres veces en la desgracia su dinastía, y que llorosa juraba no haber aconsejado la reaccion que de nuevo la heria; seguido solo de algunos guardias reales, tipo de la antigua fidelidad monárquica; oyendo el rebato de la revolucion y las maldiciones del pueblo, Cárlos X se embarcó en Chesburgo; y al poner los piés en la nave que le conducia al destierro, levantó los ojos al cielo sombrío, y exclamó: ¡triste suerte, en verdad, la de mi raza!

20 de Noviembre de 1864.

HORROR A LA HISTORIA.

La historia ha llegado á irritar á nuestros reaccionarios. Nosotros no cederemos, no vacilaremos en recordar hechos que la Providencia ha consentido, y que la historia ha guardado en sus páginas. En ningun tiempo, en ningun país, ni bajo la dominacion de los Césares romanos, ni en los imperios asiáticos donde el despotismo todo lo ha corrompido, en ningun tiempo, en ningun país ha sido perseguida la historia. El poder de Dios no alcanza, como dicen los teólogos, á que no sea lo que ha sido. La mano de todos los poderes juntos de la tierra no seria bastante fuerte para borrar la historia. Enseñemos los hechos, pues, enseñémoslos sin más objeto, sin más fin que recordarlos. Cada cual deduzca de ellos lo que quiera. Bossuet ha descrito las desgracias de los reyes de su tiempo desde la tribuna sagrada. ¿No podríamos describir nosotros esas mismas desgracias desde la prensa? No hablamos nosotros, habla la his-

taria. Si maldecís, de ella maldecís: si condenais, á ella condenais.

¿Condenareis á San Simon, á Louvois, á Chateaubriand, á Macauley porque han descrito las desgracias de los reyes? ¿Pues qué, tenemos nosotros la culpa? ¿Pues qué, disponemos nosotros de la Providencia? ¿Pues que, somos nosotros responsables de lo que nosotros no hemos hecho? Hable la historia, y si os parece mal, enmendad la Providencia. Desde el siglo décimo-sexto, comienzan las desgracias. En el saco de Roma, muere el Condestable de Borbon. Enrique IV de Borbon, es asesinado. Enriqueta de Borbon, cae del trono de Inglaterra. Su esposo es decapitado por la revolución; su hija envenenada; Jacobo II, su hijo, destronado. Luis XVI de Borbon, muere en el cadalso. Todavía no se ha podido averiguar cuál fué la suerte de Luis XVII de Borbon. Felipe Igualdad, de la rama inferior de los Borbones, muere guillotinado, y guillotina dos de sus hijos. Luis XVIII de Borbon, aprende á reinar en el destierro. Cárlos IV y María Luisa de Borbon, ven su autoridad injuriada por su pueblo, sus derechos de padres y de reyes vulnerados por su propio heredero, y mueren en el destierro tristemente. D. Fernando VII, D. Cárlos, D. Francisco de Paula, D. Antonio de Borbon, pasan tristes dias en extranjero suelo. Una célebre reina, tambien de la casa de Borbon, es destronada por los franceses. Fernando de Borbon, rey de Nápoles, arrojado por

los franceses de su hermoso reino continental.

Cárlos X de Borbon, es destronado en Francia. El duque de Angulema, que habia venido á España á restaurar el absolutismo, rompe su sable que nó le sirve para salvar su dinastía. La duquesa de Angulema, el verdadero hombre de los Borbones de Francia, como la llamaba Napoleon, la animosa hija de Luis XVI, la que defendió Burdeos en 1815; la que corrió en defensa de Cárlos X en 1830, devora en el destierro hondísimas penas. La duquesa de Berry, de los Borbones de Nápoles, ve asesinado su esposo, arrebatada la corona de su hijo por las manos de sus mismos parientes, y hasta herida su honra cuando se presenta á sublevar el pueblo francés á favor del legítimo nieto de San Luis. El duque de Burdeos, Enrique V de Borbon, no ha podido sentarse en el trono de Francia; el destierro es su trono. La misma rama menor de los Borbones de Francia, apenas reinó diez y ocho años. El rey ciudadano salió de las Tullerías á escape, oyendo resonar las balas de la revolucion en sus oídos. Los duques de Aumale, de Joinville, de Montpensier, viven fuera de su patria. El heredero del trono constitucional de Francia, sufre la misma suerte que el heredero del trono de derecho divino; los dos pasean sus desgracias por el destierro. A los príncipes de la rama inferior de los Borbones de Francia, se unen muchos hijos suyos, todos criados en la desgracia, léjos del trono, á cuya sombra nacieron.

En Italia, en nuestros días, también han sido infinitas las desgracias de estos príncipes. Cárlos de Parma muere horriblemente; su esposa la duquesa de Parma, en vano se esfuerza por gobernar con alguna dulzura su reino. Hermana de Enrique V, parece que una estrella fatal la persigue. La revolución la arranca del trono, y con ella van á compartir el destierro sus hijos Roberto, Enrique y Carolina de Borbon, y su suegro D. Cárlos II de Borbon. Desgracia igual sucede á la familia de Nápoles. Don Francisco de Borbon es destronado. Con él salen del reino el conde de Caserta, el de Trani, el de Milazzo, el de Bari, sus hermanos, y varias princesas sus hermanas. Con él salen también del reino los hermanos de su padre. La corona de Nápoles, tan codiciada y disputada por la casa de Anjou y la casa de Aragon en la Edad media, querida á un mismo tiempo por los reyes de Francia y de España, últimamente legada á la casa de Borbon, se quiebra al filo de la espada de Garibaldi.

Aun hay más individuos de esta familia que han sentido el peso de la desgracia: D. Cárlos de Borbon representa en España la vieja teocracia, el viejo absolutismo. Al morir su hermano, siente que se le escapa la corona, y se empeña en una guerra. Siete años de luchas, de matanzas, de incendios, sólo sirvieron para procurarle un destierro. Murió en extranjero suelo, creyendo que legaba á su hijo una corona. El mayor de éstos, D. Cárlos de Borbon, se

empeña en restaurar para sus sienas la corona que creía pertenecer á su familia. Entra en una conjuración, se prevale de hallarse España en guerra con el extranjero, y levanta la bandera rebelde. Las tropas se desbandan. Un convento de monjas le sirve de asilo. De allí sale nuevamente para el destierro. Renuncia á sus pretendidos derechos, y muere en Trieste. Le sigue al sepulcro su mujer, de los Borbones de Nápoles. Su hermano D. Fernando de Borbon, D. Juan, el liberal de esta familia, recorre Europa entera en demanda de algun auxilio para ceñirse una corona. Proclama el sufragio universal, la libertad de cultos, la democracia, y reniega de todas las ideas de su familia. Para procurarse recursos, pone en una lotería el Buen Retiro, como si á su arbitrio dispusiera de toda la tierra de España. Por fin viene á mendigar un pedazo de pan á la córte de España, que se vé obligada á desoirlo; y apartado de su mujer y de sus hijos, se hunde en el olvido. Su tio D. Sebastian de Borbon sostiene siete años la guerra civil. Pasa veinte en el destierro. Y cuando vé que el trono de sus parientes de Nápoles amenaza ruina, viene á España.

Pero no sólomente padecen estas grandes desventuras los hijos de D. Cárlos, tambien la sufren muchos de los que pertenecen á la dinastía reinante. Doña María Cristina de Borbon sufrió dos veces el destierro. Doña María Luisa de Borbon, vió la revolucion de 1848 estallar casi al pié de su tálamo

nupcial. Hoy mismo D. Enrique de Borbon, se ha visto alejado de palacio, embarcado oscuramente en el puerto de Alicante, conducido al Africa.

Respetemos los designios de la Providencia. No queramos escudriñar sus misterios. Bossuet, comentando unas palabras de la Biblia, ha dicho que no hay enseñanza tan provechosa como la enseñanza de las desgracias de los príncipes. Mañana, periódicos neo-católicos, combatid á Bossuet, negad la historia, condenad si os place á Dios, condenad á la Providencia. ¿Pero podeis negar los hechos?

24 de Noviembre de 1864.

LA CUESTION DE HACIENDA.

El gobierno del general Narvaez, el gobierno moderado muere por donde más pecado habia, muere por la cuestion económica, muere por los despilfarros de su sistema, muere de hambre. Es completamente inútil desconocerlo. Pasará un ministerio y otro ministerio; sucederá Pavía á Narvaez, Istúriz á Pavía, O'Donnell á Istúriz; y la cuestion de Hacienda será insoluble, porque irán en aumento los gastos; natural efecto de los errores políticos. Con esta diplomacia onerosa, con esta administracion de justicia, complicada y difícil, con este presupuesto de culto y clero, cada día más crecido; con este pretorianismo cada día más insolente; con esta administracion centralizada y costosa; con estas aduanas que son á un mismo tiempo rémora al progreso y gravámen horrible al erario, impidiendo un aumento considerable de ingresos; con una marina cada día más apegada á sus antiguos usos, más dispendiosa y cara al pais; con esta inmensidad de minis-

terios inútiles que el Estado se impone, y de deberes que contrae el Estado, clérigo, maestro, comerciante, guardamonte, estanquero, salitrero, polvorista, jugador, explotador hasta de los vicios y debilidades humanas; con todo esto no es posible que la Hacienda se regule, ni que el presupuesto deje de ser la solitaria encerrada en las entrañas del país que chupa todos sus jugos vitales, y lo tiene débil y miserable.

Por tan tristes causas todos los recursos se han agotado. Las negociaciones de pagarés sobre bienes nacionales, agotando el metálico del Banco, han producido la más lamentable crisis que recuerda nuestra historia contemporánea. El comercio de Madrid, la banca, los particulares, los pobres trabajadores muy especialmente, han purgado la ruinosa operación del Tesoro. La medida financiera de la Caja de Depósitos, no ha sido menos grave y menos infecunda. Mediante ella, el gobierno asume en sí el crédito de los particulares, y distrae de la agricultura y de la industria capitales que serian reproductivos al mismo Tesoro. En virtud de esa medida, los recursos del crédito partilar, cada día más grandes, se pierden; y las asociaciones particulares, cada día más benéficas al país, se quebrantan y hasta desaparecen. Además, la intención de la medida respecto á la Caja de Depósitos no puede ocultarse á nadie. El gobierno español no se propone con ella tanto adquirir nuevos recursos, como evitar que los imponen-

tes abandonen las cajas y retiren capitales consumidos ya, y á cuya devolucion no puede ocurrir en las apremiantes circunstancias que le rodean y en la crisis suprema que atraviesa.

Tres medios le quedan al gobierno para resolver la cuestion de Hacienda: 1.º Economías; 2.º Aumento de tributos; 3.º Empréstito. Pedir economías á gobiernos de esta naturaleza, es pedir lo escusado, es pedir lo imposible. ¿De dónde economizará. No puede con sus ideas y con sus compromisos realizar ninguna reforma verdadera. Necesita una diplomacia costosa para los privados, para los favoritos. Necesita esas legiones de jueces amovibles á voluntad para tener pretesto de repartir el sudor de los contribuyentes entre la turba de allegadizos partidarios, cuyos lazos son el oro del presupuesto. Necesita mantenerse adicta por un crecido salario la teocracia. Necesita la centralizacion para las elecciones. No puede tocar ninguna de las ramas de la administracion, no puede reformar ninguno de los inveterados abusos, que tanto dinero cuestan al pais, sin exponerse á un horrible suicidio.

Y si no puede hacer economías ¿podrá aumentar los tributos? De ninguna suerte. No le es dado al pais sobrellevar la inmensa carga de las contribuciones que le agovian. El propietario se ha convertido en simple administrador de sus fincas. El Tesoro se lleva una crecida parte de la renta; la administracion provincial, otra; la administracion municipal,

otra. Los propietarios, aun los más ricos, claman contra estos onerosos tributos. Además de un presupuesto ordinario que escede de dos mil millones, se ha consumido inútilmente un presupuesto extraordinario, especie de negro antro donde se han sumido los inmensos tesoros de la desamortización. Dentro de poco estos inútiles rendimientos, ya disipados, vendrán á recaer sobre el contribuyente. Habrá necesidad de pagar al clero, de pagar á las corporaciones, á los hospitales, á los ayuntamientos la renta de sus inscripciones. El país se verá agobiado no sólo por presupuestos crecidísimos, no sólo por una deuda incalculable, sino tambien por el pago de obligaciones que otros gobiernos malgastaron en cuarteles, oficinas y material de guerra averiado é inútil. En tal estado no es fácil, no es posible el aumento de contribuciones sin desencadenar todo género de males sobre la patria.

No son posibles las economías; no es posible el aumento de contribuciones, ¿será posible un empréstito? Desde luego los que más bajo calculan, desde luego calculan dos mil millones de empréstito. ¿Cómo se hará esta operacion? Empréstito forzoso? Bueno está el país para semejante sacrificio. Un país donde las inundaciones han esterilizado la mitad de las ricas comarcas de Valencia; un país donde la crisis algodonera mata á la fabril Cataluña; un país donde la crisis mercantil tiene postradas casi todas las plazas, heridos casi todos los Bancos, suspensas

las negociaciones de casi todas las sociedades de crédito; un país en tal estado no puede sobrellevar hoy el cargo inmenso de un empréstito forzoso. Las poblaciones de Valencia piden ser exceptuadas del pago de las contribuciones ordinarias, y ¿les vais á pedir un empréstito forzoso? Las fábricas de Cataluña se cierran, y ¿les vais á pedir un empréstito forzoso? Las transacciones mercantiles de Cádiz, de Sevilla, de Valladolid, de Santander se paralizan, y ¿les vais á pedir un empréstito forzoso?

Del empréstito voluntario no hablemos. Nuestro país, efecto del absolutismo y del pésimo sistema de gobierno vigente, no tiene las costumbres políticas á que se fian esas clases de negociaciones. Además, ¿por qué no decirlo? El ministerio actual, este ministerio que recuerda los trigos averiados, el empréstito Mirés, los caloríferos, no inspira confianza alguna al pueblo español. Para un empréstito nacional se necesitaria un ministerio nacional, un ministerio que no tuviera en contra los partidos liberales retraidos y amenazadores, los partidos liberales obligados á negarle completamente el agua y el fuego. A una operacion de este género no prestaríamos nuestro concurso. ¿Qué le importa al esclavo que se queme el ingenio de su señor, donde sólo apura afrentas, y sólo oye el chasquido del látigo?

Quédale al gobierno su último recurso: el empréstito en el extranjero. Pero todos los síntomas son malos para una operacion de este género, para

una operacion que ha menester de muchas, de muchísimas operaciones prévias. En primer lugar, cuantas tentativas ha hecho en este sentido son desgraciadísimas. Recuérdese la fracasada negociacion con el judío Pereire; recuérdese tambien la negociacion del Sr. Salamanca, que fracasó en Lóndres por culpa del gobierno. Un empréstito en el extranjero, supone el reconocimiento de los cupones ingleses, para que España no sea contada, con Turquía y Méjico, entre las naciones insolventes. El reconocimiento de los cupones, parécenos obra difícil para todo gobierno, difícilísima, imposible, para el gobierno actual. Las mismas razones que imposibilitan el empréstito nacional, imposibilitan el empréstito en el extranjero. Un gobierno, á cuyo alrededor se verifica el vacío; un gobierno, que está bajo la máquina pneumática; un gobierno bloqueado por la opinion; un gobierno que no tiene vida, no puede tampoco tener crédito.

Además, ¿para qué negociaria el empréstito? Si es para continuar sus gastos de hoy, para dispendiarlo entre sus hambrientos favoritos, para continuar el parasitismo oficial, la nacion no debe concedérselo. Las deudas muy crecidas, en un país como en una casa, son un mal gravísimo, un mal incalculable. El interés de tanta y tanta deuda, empobrece á los pueblos. Impuestos disfrazados, más estériles cien veces que los impuestos ordinarios, especie de carga inmensa arrojada sobre las generaciones venideras,

sobre los venideros progresos; imprevisores por naturaleza; medios de vivir al día sin ocurrir á lo porvenir; concurrencia funesta empeñada con el interés de los capitales consagrados á la industria y al comercio; los empréstitos, pueden admitirse sin embargo, cuando se consagran á obras de interés general, á obras de cuyos productos han de participar las generaciones venideras, como los caminos de hierro, como los canales; obras que pueden con sus mismos rendimientos pagar los intereses de la deuda; pero consagrados, como en el caso presente, á sostener los errores económicos, políticos, sociales de un gobierno imbécil; sus guerras en América, su tiranía administrativa, su funesta política; consagrados á este fin los empréstitos, son una de las mayores calamidades que pueden caer sobre los pueblos. El contraer muchas deudas, causa es de graves males. Los gobiernos se acostumbran á gastar más de lo que tienen, fiando á lo porvenir la solución de los conflictos económicos; las contribuciones no pueden repartirse con equitativa igualdad; la renta de las clases más ricas, más afortunadas, no pagan ningún género de tributo, mientras lo paga el mezquino salario del pobre; los contribuyentes disminuyen y se aumentan los parásitos; los capitales reproductivos se amenguan y crecen los agiotajes de la Bolsa; la vida que está por venir, la riqueza de lo futuro, las generaciones que han de sucedernos, se ven ya afligidas por nuestros errores y nuestros vi-

cios, naciendo enferma hasta la esperanza del progreso; y los malos gobiernos, al convertir á los ciudadanos de su país y del extranjero en acreedores suyos, los ligan á su suerte, y les obligan á transigir con sus errores y con sus tiranías, para no caer envueltos en su misma ruina. En el siglo pasado los empréstitos estuvieron muy en boga. Necker llegó á creer posible que sustituyeran á los impuestos; pero Necker enriqueció sus arcas y empobreció á su patria.

Aun podriamos concederle un empréstito á un gobierno decidido á procurarnos esta reforma económica, la rebaja de los aranceles, y esta reforma administrativa, la descentralizacion. Con la primer reforma los ingresos se aumentarían; el pan, el vino, la carne, los primeros alimentos se abaratarían. El algodón, la lana, las primeras materias para cubrir la desnudez del pueblo se abaratarían también; crecería la industria y con ella la materia imponible, y el país podría respirar un tanto libre de las cadenas que paralizan sus fuerzas. Por la segunda reforma se disminuirían los gastos; tantos y tan inútiles empleados dejarían de gravitar sobre el país, y las provincias sentirían aumentarse con la libertad rápidamente su vida. No realizarán estas reformas nuestros empíricos gobiernos, y continuarán apurados. Pero ¡ah! que los apuros provienen de sus errores. Nosotros, en las circunstancias presentes, sólo podemos decir una cosa á nuestros gobiernos; si sois

patriotas, si quereis el bien del país que no os puede ya sufrir; si deseais ocurrir á sus apuros económicos, y que el comercio, la industria y el trabajo en general fructifiquen, y reine la abundancia; descended de un poder que manchais con vuestros errores, que esterilizais con vuestro erróneo sistema; y dejad, no á otros hombres, porque los hombres importan poco, á otras ideas, la gloria de salvar al país, enriqueciéndolo con las poderosas y benéficas reformas que lleva en su seno la madre fecunda de todos los bienes posibles, la libertad.

28 de Diciembre de 1864.

La revolución tiene sus revoluciones propias á la
pluma de su autor. Todas las revoluciones
son de dos tipos: el imperio romano, hasta la que
trajo la democracia al mundo, y desde la que traía la
monarquía absoluta. Entre la que traía el imperio de
la clase media, tan noble del fondo de las artes del
Teatro. El imperio romano á la vez, y la revolución
no la dignidad merecida. Los errores políticos se
resolven siempre en grandes errores económicos.
Y cuando se vea el error puede ser un error
mucho, viene las revoluciones, del poder de los
gobiernos, con por el poder de los parlamentos
parlamentarios, los errores, como la clase de los
errores en el imperio, y los errores de sus leyes, y los
de su obra, y los errores de sus leyes, y los errores

LA ECONOMIA DE LA REVOLUCION.

Erarium quod per ambitionem exhausteris, per scelus supplendum erit.

Tácito.

La revolucion llama con redoblados golpes á la puerta de nuestro Erario. Todas las revoluciones, desde la que trajo el imperio romano, hasta la que trajo la monarquía absoluta; y desde la que trajo la monarquía absoluta, hasta la que trajo el reinado de la clase media, han salido del fondo de las arcas del Tesoro. El metal atrae á sí la electricidad moral como la electricidad material. Los errores políticos se resuelven siempre en grandes errores económicos. Y cuando ni unos ni otros pueden curarse normalmente, vienen las revoluciones, ora por el poder de los gobiernos, ora por el poder de los pueblos. Las palabras del ministro de Hacienda, sus discursos parlamentarios, sus medidas sobre la Caja de Depósitos, su empréstito, resúmen de sus ideas, cúpula de su obra, vienen á ser la confesion de la impoten-

cia de los poderes conservadores, y la necesidad de las reformas que se llaman revolucion. La enfermedad trasciende á todo el organismo social. En este sombrío invierno, el crédito del Estado se ha perdido, las transacciones se han paralizado; la miseria aumenta; no hay trabajo, no hay industria; los propietarios afligen á sus colonos porque no tienen ahorros; los colonos en vano oprimen la tierra para sacarle su jugo, porque todos los productos están en completo menosprecio; los mendigos se aumentan en las regiones donde sólo habia trabajadores; todos los recursos se agotan; todas las esperanzas de mejoramiento se pierden; y no hay otro remedio que angustiar al contribuyente para alimentar un día más al monstruoso régimen moderado, hijo raquíptico y escrufuloso de veinte años de escándalos y vicios que agoniza hoy de hambre y de miseria.

La revolucion se ha planteado por sí misma; está al frente de todos los gobiernos como la esfinge tebana. Siempre ha sucedido lo mismo, en todas esas grandes crisis de la vida social, que son las precursoras de las grandes reformas políticas. Antes de la revolucion de Inglaterra, que trajo el cambio de la vieja dinastía, los impuestos se habian triplicado durante la vida de dos generaciones. Se notaba entonces un profundo malestar, y cuando aparecian los exactores, que osaban hasta vender los jergones donde familias enteras anidaban; temíanlos aque-

llos ingleses, siempre deferentes con la autoridad, como perros rabiosos. El primero que promete algun alivio á estos males, tomó en sus manos el corazon del pueblo y la corona de Inglaterra. La revolucion de los Estados-Unidos que trasformó antiguas colonias monárquicas en una gran república, en el fondo era sólo inmenso pleito sobre tributos, empeñado entre un rey y un pueblo. Lo mismo sucedió en la revolucion francesa. La exencion de pechar en el clero y la nobleza; la corvea pagada á los señores, y el diezmo á los clérigos; el desorden administrativo y financiero; la falta de contabilidad y la sobra de gastos; el déficit anual de ciento veinte millones de francos; la venta de oficios; la cesion del privilegio de acaparar granos á una compañía; los *anticipos forzosos* que perturbaban la exaccion de las rentas y devoraban los rendimientos de los años venideros, obligaron á los reyes á llamar á los Estados generales para pedirles dinero, y de aquellos Estados generales nació la revolucion, que grabó el decálogo de los derechos humanos en la conciencia del pueblo, y la corona del derecho divino en las tablas de un cadalso.

Pero ¿á qué buscar extraños ejemplos? En nuestro mismo suelo escritos están con grandes miserias y desolaciones ejemplos más elocuentes todavía. Aquel grande imperio, que tenia dominios en Asia y Africa, reinos hermosísimos en Europa, y una nueva creacion en América: imperio parecido más

al sueño de un ambicioso que á la realidad histórica, pues para agrandarlo diariamente surgian, como evocadas por Dios, regiones inmensas en el Atlántico y en el Pacífico; aquel imperio, por la tasa, por las prohibiciones mercantiles, por la exaccion de tributos onerosísimos, por las vinculaciones, por la amortizacion, por el diezmo, por las alcabalas, por la venta de oficios y la venta de hidalguías y la venta de vasallos, cual si fueran ganados, y la venta de jurisdicciones, espiraba de consuncion y de impotencia, hasta entregarse imbécilmente á los vencidos en San Quintin y en Pavía.

Y encontrándonos hoy en apuros semejantes por los errores del régimen constitucional, á los que trajeron el enflaquecimiento y la ruina de la monarquía absoluta, ¿hemos de callar? No, no callaron nuestros padres; hablaron en voz alta á dos pasos de las hogueras del Santo Oficio, oprimidos bajo la pálida mano de Felipe II, especie de tervaraña que habia tejido la tela en que estaba presa el alma de nuestra patria, el águila que cubria bajo sus alas dos mundos. No callaron nuestros padres ni delante del rey ni delante de la Iglesia. Su contador mayor decia á Felipe II: «Que S. M. fuera servido moderar sus gastos, para que se asentasen las cosas al estado de Castilla y no al de Borgoña.» Otrosí, decian las Córtes de Madrid de 1564 al mismo rey. «se dé orden como las Iglesias y monasterios no compren bienes raices.» Nosotros debemos

tener igual entereza. Aun podemos repetir lo que el Consejo de Castilla decia á Felipe III. «Vuestra
»majestad se sirva de irse muy á la mano en las
»mercedes y donaciones que ha hecho y hace....
»porque lo que se da á uno se quita á muchos.
»Vuestra majestad sea servido de mandar con indis-
»pensable rigor se escusen muchos y muy escesivos
»gastos que se han introducido de pocos años á esta
»parte en el reino. Para que los labradores, cuyo
»estado es el más importante de la república, por-
»que ellos la sustentan, conservan, cultivan la tier-
»ra, y de ellos pende la abundancia de los frutos, y
»aun la contribucion de las cargas reales y persona-
»les, que son terribles las que tienen sobre sí, á cu-
»ya causa van acabando muy apriesa, no vengam
»en tanta disminucion, conviene animarlos y alen-
»tarlos. Y por último, que se tenga V. M. la mano
»en dar licencias para muchas fundaciones de reli-
»giones y monasterios.»

¿Seremos nosotros, españoles liberales, ménos li-
bres que los españoles de Felipe II y de Felipe III?
¿Seremos nosotros más temerosos ante el gobierno
parlamentario, en el cual intervenimos, merced á
torrentes de sangre, que lo fueron nuestros padres
ante el gobierno absoluto? Intentemos una manifes-
tacion de nuestras aspiraciones, si se quiere pacífica,
pero intentémosla pronto. El anticipo se eleva hoy
á seiscientos millones, mañana se elevará á ocho-
cientos, pasado mañana á dos mil. Para pagaros

vuestros mismos intereses, pobres labradores, os exigirán más crecidos tributos y os oprimirán con mayores gabelas. Si ahora no se oye un clamor que ensordezca los aires, podemos cerrar nuestros labios, arrojar nuestra pluma, dejar caer los brazos nunca rendidos de trabajar, y decir con la desesperacion de Bruto ó de Caton; no que aquí no hay virtud, sino que aquí no hay pueblo. En estos momentos supremos, en estas horas angustiosas, cuando el fisco se lleva los aperos, los animales de labranza, la mesa en que partís el pan de la familia; desengañaos, contribuyentes, desengañaos, si no encontrais remedio, es porque no sabeis ó no quereis buscarcarlo; el remedio está en que os cruceis de brazos.

Antes de llegar á este trance, siempre funesto, clamad por todos los medios, clamad para que seais oidos. Decid: Pedimos que antes de vender nuestras tierras en pública subasta, antes de evaporar nuestro sudor y nuestra sangre en costosos anticipos, se rebajen todos los gastos. Redúzcase el presupuesto de la casa real. Desamortícese el patrimonio para que crezca la riqueza pública y la materia imponible. Suprímense esas cargas de justicia, por las cuales pagamos á grandes de España muy ricos, dispendios de su casa, y á monarcas ó ex-monarcas extranjeros, como los duques pamesanos, su para nosotros estéril lactancia. Vengan abajo esos tribunales de las órdenes, rebeldía permanente contra la Constitucion del Estado; mentís escupido á nuestra

igualdad civil, que sólo sirven para alentar la vanidad de cuatro grandes, tan majaderos, que se creen todavía en los tiempos feudales, y hablan de limpieza de sangre; insensatez tan ridícula como si dieran en hablar de derecho de pernada. Rebájense los dispendios de esas embajadas, que con sus viáticos inútiles, dan, en último resultado, la extremauncion á nuestro empobrecido Erario.

Que el clero venga en socorro del pueblo, renunciando al estéril amparo del Estado. Ya que con la publicacion de la encíclica acaba de mostrar no haberlo menester para nada, ya que lo desconoce, ya que lo olvida, ya que pisotea el *regium exequatur*, y que no cumple sus deberes políticos, renúnciese á sus derechos y dé al Erario doscientos millones de ingresos. Que la administracion judicial, reduciendo á una la jurisdiccion y á uno el fuero, suprima la seccion de lo contencioso en el Consejo de Estado, el tribunal Supremo de Guerra y Marina, el tribunal de la Rota, y tantas ruedas inútiles en el complicado y vicioso y costosísimo organismo de la justicia española, que se aleja mucho de la justicia humana, y mucho más aun de la justicia divina, para costar tan cara.

Que inmediatamente se obligue á los obispos en cumplimiento de las leyes del reino, á entregar los bienes correspondientes á la desamortizacion eclesiástica, en lo cual pueden allegarse pronto, muy pronto, mil trescientos millones, que serian poco mé-

nos que nuestra redencion en estas diarias aflicciones, en estas angustias supremas, por las cuales atraviesa con tanta dificultad nuestro esquilmado Erario. Que á la par se haga, como hizo Isabel la Católica, cuya piedad nadie puede poner en duda, cuando al subir al trono se encontró en guerra con el portugués, que se excite la piedad de los prelados para que entreguen la mitad por lo ménos de las riquezas de los templos al Tesoro. Ellos lo harán sin vacilar, porque hace poco tiempo las ofrecieron todas al gobierno de Roma. ¿Han de ser más romanos que españoles los obispos de España?

Que el presupuesto de la guerra se rebaje lo ménos en cien millones, ya que es hoy exorbitante. Que el ministerio de la Gobernacion, rompiendo la infame tutela administrativa del Estado, deje á los pueblos gobernarse á sí mismos, nombrar sus alcaldes, nombrar sus jurados, decretar su presupuesto municipal, revisarlo y consumirlo, sin más inspeccion que la suprema y natural de todos los electores. Que se haga lo mismo con las provincias, que se les devuelva su independencia administrativa, que se las deje regirse por sus leyes, que voten sus presupuestos, que los empleen, y no habrá necesidad de tantos gastos como agobian el Tesoro nacional, ni de tantas oficinas y delegaciones, inútiles rémoras de nuestra riqueza.

Que el ministerio de Fomento y el ministerio de Marina se pongan de acuerdo para dar de mano á

tantas cargas inútiles como lleva sobre sí el gobierno, á tantas empresas costosas como tiene, á tantas obras públicas como hace, cuando mejor pudiera hacerlas el interés individual y la libre asociacion; á tanto expediente inútil, á tanta ineptia burocrática, llevando si es preciso el principio desamortizador á todos los bienes, á todos los edificios del Estado, á los arsenales mismos: en la seguridad de que, tomando algunas medidas como las que tomó el último ministro de Marina, en poco tiempo se podría asociar la marina de guerra, sobrado aristocrática, á la marina mercante, más útil, y más inteligente, para aliviar de muchos gastos al Tesoro, y llenar nuestros mares con las escuadras necesarias, á saber, las escuadras permanentes del comercio.

A todo este movimiento debe conspirar con todas sus fuerzas el ministerio de Hacienda, desestancando la sal, el salitre, el tabaco, la pólvora, para que aumente la circulacion de la riqueza y la materia imponible; desterrando las contribuciones de puertas y consumos, que son las más pesadas y odiosas, porque matienen legiones de exatores inútiles; reduciendo la deuda á un sólo tipo y arreglando especialmente la extranjera para que se abran los mercados de Europa á nuestro crédito, y así dejemos de contarnos, con mengua, entre las naciones insolventes; rebajando el interés dado á los capitales que se acumulan en la Caja de Depósitos para que entren con prontitud en circulacion y se muevan y todo lo

fecunden; rebajando por último los aranceles, para que las clases trabajadoras coman y vistan más barato y el Erario tengan crecidos rendimientos; con todo lo cual comenzarán para nosotros, nacion agrícola y nacion navegante y marítima, los grandes dias de Holanda, los grandes dias de Inglaterra, los dias de la libertad y la riqueza.

Esto puede y debe emprenderse por los gobiernos para remediar los males de los pueblos. Lo hizo Sir Roberto Peel cuando aceptó la idea de Cobden y su liga; lo hizo Disraeli cuando propuso la rebaja de las cargas sobre las bebidas; lo está haciendo el gran Glandstone, que prepara por las reformas económicas el advenimiento de la democracia pacíficamente al gobierno de Inglaterra. Si estos empedernidos gobiernos españoles no quieren adelantarse á la reforma, empréndala el pueblo. Al menos pida libertad el pueblo á cambio del dinero que entregue. Mirad; la monarquía absoluta espiraba materialmente de hambre en Francia. Entonces se acordó de que sólo se encuentra oro en el trabajo del pueblo para los grandes apuros, como sólo se encuentra sangre en las venas del pueblo para las grandes causas. Y vieron los Estados generales llamados como un supremo recurso. Y los Estados generales, en cambio de hartar á la monarquía, le pidieron libertad. Era la noche del 4 de Agosto de 1789. Quince siglos moran al pié de una tribuna. Las clases feudales subian aquellas gradas y arrojaban sus privilegios

como algunos siglos antes los sacerdotes paganos habian arrojado desde la cima del Capitolio su tirso de oro y su corona de verbena. La humanidad se transfiguró. Comenzaron las revoluciones, que dieron de sí un nuevo derecho. El hambre de la monarquía era providencial; habia traído un pueblo. Pues bien, liberales españoles: no mereceis vuestro nombre si no entráis en el poder por la brecha que nos ofrece el hambre del gobierno.

26 de Enero de 1865.

DE QUIÉN ES EL PATRIMONIO REAL?

En los antiguos triunfos romanos, cuando entraba el vencedor por aquellas anchas vías, arrastrado en su carroza, ceñida de laureles las sienes, festejado por las regiones, un esclavo se acercaba á decirle al oído cuán efímeras son las glorias, y cuán próxima está la muerte siempre á todas las grandezas humanas. Ayer el ministerio fué el vencedor, los diputados fueron las legiones romanas que lo aclamaban, y tócanos á nosotros, liberales proscriptos de todos los festines, tócanos ser los esclavos que anuncien la disipacion de las falsas glorias con que el partido moderado quiere tan sin razon envanecerse. El patrimonio real se desamortiza; victoria grande, sí, pero victoria exclusiva de la democracia que ha venido sosteniendo esta desamortizacion por espacio de mucho tiempo, que ha visto sus periódicos perseguidos por defenderla, que la ha anunciado por la voz de su representante en las Córtes el año 1861, y que últimamente la ha defendido en varios artículos

de fecha tan reciente que no se habrán borrado de la memoria de nuestros lectores; con lo cual demostramos que cuando se quiera intentar cualquier reforma, adquirir cualquier género de popularidad, es necesario á nuestros mismos enemigos, venir á la fuente viva de todas las ideas, venir á la democracia.

Permítasenos extrañarnos de lo que ayer hizo el general Narvaez. Ejemplos de inconsecuencia, de veleidad, de inmoralidad política, se han dado en este triste periodo de decaimiento; pero ninguno tan repugnante como el que ayer dió de sí mismo el anciano duque de Valencia. Cuando nosotros le veíamos de grande uniforme, condecorado con la cruz de San Fernando, leyendo un proyecto de desvinculación, creíamos, ó que soñábamos, ó que no vivíamos en España, en el país de los caracteres enérgicos y de los hombres leales. Ese duque de Valencia es el mismo que hace bien pocos años, cuando ejercía por última vez el poder, se levantaba en esa misma tribuna, proponiendo una reforma constitucional que restauraba las vinculaciones patrimoniales de la aristocracia como un valladar en defensa del trono, contra el cual habían de estrellarse las olas de la revolución. ¿Quién nos hubiera dicho entonces que ese mismo hombre, al poco tiempo, debía sin remordimiento y sin rubor proponer la destrucción del único vínculo que se había salvado de la revolución? Si el duque de Valencia fuera un político gra-

ve, uno de esos hombres que tienen alguna idea en la conciencia, debió decir á la reina con respeto y entereza, que el desamortizar el patrimonio no podía tocarle á él, sino á los hombres que han sostenido siempre la desamortizacion y las desvinculaciones;

Entrando en otro género de reflexiones, fuerza es decir que extrañámos y mucho, el momento, la sazón en que se ha presentado este proyecto. Nosotros no criticamos aquí los actos del poder inviolable; criticamos, tenemos el derecho, el deber dijéramos mejor, de criticar los actos de sus consejeros responsables, del administrador de la real casa, del presidente del Consejo de ministros. Hace mucho tiempo que con razon ó sin ella, porque esto no es del caso, se dice que las camarillas de palacio lo anteponen todo á que suba al poder el partido liberal, sus dos grandes secciones, el progresismo y la democracia. Era creencia general, unánime, que en vista de las dificultades ofrecidas por nuestro estado económico; en vista de la irritacion del país; en vista de la impotencia del partido moderado; en vista de la disolucion de la mayoría; en vista de lo impopular que es el anticipo, habia sonado la hora suprema, la hora de llamar al poder pacíficamente al partido liberal. Los moderados, hambrientos despues de haber empobrecido al país; empíricos despues de habernos querido dominar en nombre de su suprema inteligencia; los moderados no tenian más remedio

que caer ante la indignacion, ante la cólera del pueblo. Y en este momento aconsejan sus allegados á la reina que tienda una mano al partido que se hunde bajo el peso de su descrédito. ¿Pues no consideran que de esa suerte exponen á la reina á que la crean las gentes reina de un partido? Crísis peores, mucho peores que las presentes, ha atravesado el pais. En 1854, despues de aquellos once años de generosidades funestas, y terribles dilapidaciones; despues de aquellos tiempos en que se regalaron ocho millones de reales al general Narvaez; en que se construyó el Teatro Real, que Valdegamas llama templo levantado á todas las concupiscencias; en que se robó la Cruzada y se hicieron amaños como los tristemente célebres de los cargos de piedra; en que se cobró casi el anticipo forzoso de Domenech que era un robo escandalosísimo, pues no habia sido autorizado por las Córtes; cuando el partido liberal tomó en sus manos la direccion de un Tesoro exhausto, sus allegados no aconsejaron á la real persona que se desprendiera de su patrimonio y lo entregara al pueblo. Al contrario, no deben haberse borrado de la memoria pública los gravísimos, los casi insuperables obstáculos que encontró el partido progresista en las camarillas, para obtener la sancion de las leyes desamortizadoras, por las cuales cayeron en 1856 hasta los progresistas templados que se negaban á suspenderlas, y vino el general Narvaez que las deshizo de un golpe. En la guerra civil no se

acordó tampoco la reina madre de entregar esos bienes á los soldados que peleaban desnudos y hambrientos en el puente de Luchana, en la helada noche de Morella. Y ahora, cuando la oposicion ha dicho que no habia necesidad del anticipo, cuando el Tesoro tiene recursos abundantes si se quieren aprovechar, ahora el administrador de la casa real aconseja que se entreguen los bienes del real patrimonio para salvar un ministerio moribundo.

Permítasenos tambien extrañar el espectáculo que ayer dió la mayoría; espectáculo incomprensible. Prescindamos del señor Gisbert, que quiso mostrar un entusiasmo que no sentia, entusiasmo frio, frígido, dicho en palabras que ni siquiera eran sonoras, monton de falsedades históricas. Pero ¿qué decir del duque de Valencia, el cual nos aseguró que nunca ningun rey habia hecho cosa tal? Esa es una cita histórica digna del que dijo que Ciceron no pudo impedir á Annibal ganar la batalla de Cannas. ¿Cuál es el peor rey de toda nuestra historia? ¿Don Pedro el Cruel? Hay otro peor. ¿Don Cárlos II? Hay otro peor. ¿Don Rodrigo? Hay otro peor. Fernando VII. Pues bien, Fernando VII, el 3 de Mayo de 1820, cuando la revolucion vencia, cuando se hallaba amenazado por unas nuevas Córtes, cuando ya en lo humano para él no habia un recurso, dió un decreto por el cual se reservaba el Palacio real, el Retiro, la Casa de Campo, la Moncloa, Aranjuez, el Pardo, San Ildefonso, San Lorenzo, el Alcázar de Sevilla,

a Alhambra de Granada, el Palacio de Valladolid, y entregaba á la nacion todo el resto de su patrimonio. Vea pues el duque de Valencia cómo ha habido un rey que ha hecho lo que tanto alababa ayer S. S., y lo ha hecho por miedo á la revolucion.

Pero despues de todo, ¿ha dado la intendencia de palacio algo que sea suyo? Esta es la cuestion. El patrimonio real es patrimonio de la nacion, exclusivamente de la nacion. Ya sostuvo esta teoria ante las Córtes nuestro ilustre amigo el Sr. Rivero en un admirable discurso que publicaremos mañana, discurso en que la cuestion está dilucidada con gran profundidad. «Se le concede al rey, decia nuestro amigo, la lista civil que sale de las arcas del Estado, y la consecuencia de esto es que el patrimonio del monarca pasa á ser *ipso facto* patrimonio de la nacion.» Pero no se crea que esta es opinion de un diputado demócrata, no; es opinion de magistrados realistas, de antiguos consejeros de Castilla encanecidos en el servicio de la monarquía, y adictos hasta la supersticion á la persona del monarca. Estos, entre los cuales se encontraban hombres como Ceballos, para probar que el patrimonio real era patrimonio de la nacion, decian: «En este concepto (en el concepto de que era patrimonio nacional), repitieron las Córtes sus peticiones á los reyes, suplicándoles que se fueran á la mano en la concesion de los bienes de la corona, considerando que lo que se daba á unos con profusion, se quitaba á

otros con injusticia. En el mismo revocaron los re-
 yes las donaciones arrancadas por la prepotencia y
 por la intriga, y las dimañadas de la profusion;
 prometiéndolo no hacerlas en lo sucesivo sin acuer-
 do é intervencion de las Córtes. Estas no se hubie-
 ran creído con derecho á poner límites á la gene-
 rosidad de los reyes; ni los reyes se hubieran im-
 puesto la obligacion de circunscribir su ejercicio,
 si los bienes en cuestion perteneciesen á su patri-
 monio privado. En este mismo sentido, la Cons-
 titucion del año Doce, fundamento de todas nues-
 tras Constituciones, declaró explícitamente que el
 patrimonio real era de la nacion, al reservar á las
 Córtes el derecho exclusivo de señalar las tierras
 que debía poseer el rey. El artículo 213, dice: «Las
 Córtes señalarán al rey la dotacion anual de su
 casa que sea correspondiente á la alta dignidad de
 su persona.» Y el artículo 214 dice clara y termi-
 nantemente: «Pertenece al rey los palacios reales
 que han disfrutado sus predecesores, y las Córtes
 señalarán los terrenos que tengan por convenien-
 te reservar para el recreo de su persona.» Véase,
 pues, cómo clara, terminantemente, las Córtes se
 incautaban de los bienes del patrimonio y declara-
 ban de su exclusiva competencia el señalar al rey
 los sitios que debian servirle de recreo. Aquellos
 grandes legisladores creyeron, con razon, que el
 patrimonio real habia sido adquirido cuando el rey
 era exclusivo representante de la nacion, cuando su

tesoro era el Erario público, y por consecuencia aquellos bienes pertenecían á la nación. Fundados en tal idea, dieron la ley de 22 de Marzo de 1814, ley que venía á ser orgánica y extensiva del precepto constitucional de 1812. «El patrimonio del rey, en calidad de tal, se compone: 1.º De la dotacion anual de su real casa. 2.º De todos los palacios reales que han disfrutado sus predecesores. Y 3.º De los jardines, bosques, dehesas y terrenos, que las *Córtes señalaren* para el recreo de su persona.» De suerte, que las *Córtes* se declararon en derecho de señalar como patrimonio del rey, lo que tuvieran por conveniente. Hicieron más las *Córtes*, intentaron designar una parte del patrimonio al rey para su esplendor, y entregar el resto al país. ¿Se quiere de esto una prueba? Véase el artículo 4.º de la citada ley. «La administracion de los bosques, huertas, dehesas y terrenos que quedaren fuera de la masa de los que las *Córtes aplicaren al patrimonio real, correrá á cargo de la junta de Crédito público.*»

En los artículos sucesivos las *Córtes* nombraban una comision para hacer estos tres grandes trabajos. Primero, señalar los sitios que debian servir de recreo al rey; segundo, separar los bienes reversibles á la nacion de los que fueran propiedad particular de los monarcas. Estos trabajos no se hicieron por las mudanzas de aquellos tiempos. De consiguiente, los bienes del real patrimonio son bienes de la na-

cion, propiedad de la nacion; son, en una palabra, bienes nacionales.

No podemos comprender cómo se dice en este momento que la reina cede generosamente al pais su propio patrimonio. No. El patrimonio real es del pais, es de la nacion. La casa real devuelve al pais una propiedad que es del pais, y que por los desórdenes de los tiempos, y por la incuria de los gobiernos y de las Córtes, se hallaba en sus manos. Es más: de esa inmensa masa de bienes, la casa real se reserva doscientos millones; se reserva un 25 por 100, á que en sentir del Consejo de Castilla, de las Córtes de Cádiz y del mismo rey D. Fernando VII, no tiene ningun derecho. La casa real, de estos doscientos millones empleados en papel de la Deuda pública, recibe un interés que nunca pudo recabar de los bienes patrimoniales.

Poniendo, pues, las cosas en su punto, por amor á la verdad, superior á todo; por amor á la ley, á que debemos acatamiento; por amor al pais, cuyos intereses y derechos son lo primero, porque solo él es inmortal; por amor á todo lo que hay de santo, no desconozcamos los intereses públicos hasta el punto de hollarlos. La reina, pues, debe agradecer al pais esos doscientos millones que generosamente le regala, y con los cuales puede constituir una renta muy superior á los mezquinos intereses que le re-
dituaba su mal administrado patrimonio. Cuenta que nosotros no nos dirigimos personalmente á la

reina; nos dirigimos al presidente del Consejo de ministros, al administrador de la real casa, al diputado señor Gisbert, á los que están en el deber imprescindible de responder de esto ante el país, ante la posteridad, ante las leyes.

El proyecto no es ley; por consecuencia podemos discutirlo, criticarlo con arreglo á nuestras ideas, y mucho más cuando tiene nuestra crítica bases tan sólidas y tan verdaderamente incontrastables. Los bienes del patrimonio real adquiridos con el dinero ó el esfuerzo del país, son del país. Regístradlos uno por uno, y vereis que ya provienen de los reyes de Navarra, ya de los de Aragón, ya de los condes de Barcelona, ya de los antiguos reyes de Castilla, ya de los tiempos en que el tesoro del país y el tesoro del monarca eran una misma cosa. Además, muchos de ellos todavía no están bien definidos y aclarados. El valle de Alcudia, por ejemplo, es la propiedad más pingüe del patrimonio real. Fernando VII se incautó de él prometiendo que se le descontaría su valor de la lista civil. ¿Dió algo de lo que habia prometido? Ni un céntimo. Antes al contrario, recibió los crecidos rendimientos de esas fincas. Véase, pues, cómo el país no debe consentir á nadie, absolutamente á nadie, que declare propiedad particular aquello que es su exclusiva propiedad. Si se quiere, véndanse esos bienes, inviértase su producto en títulos de la Deuda, y hágase lo que se hace con el clero, entrégueseles á la reina á cuenta de su asig-

nacion , y el pais se ahorrará cincuenta millones anuales. Pero tener el presupuesto vigente y doscientos millones del patrimonio , es tener la lista civil del absolutismo y la lista civil del sistema constitucional.

Además, los moderados, estos enemigos de la desamortizacion; estos amigos de las vinculaciones; el partido de los goces revolucionarios; el partido verdadero merodeador de nuestras instituciones; especie de banda mercenaria, peor que la langosta, hará, de bienes cuantiosos, de bienes que desde el punto de vista monárquico podian servir en su anterior estado para esplendor del trono, y desde el punto de vista liberal podian servir para la riqueza del pueblo, hará de esos bienes, que tantas generaciones han acumulado, que tantos sacrificios, tantos heroismos, tantos trabajos, tantas glorias representan, harán de esos bienes una escala de su poder, un asunto de granjería, un alimento de sus despilfarros, un botin de sus adictos, una pequeña nube de humo que se disipe en el ruido de sus orgías. Defendamos, pues, de las dilapidaciones y prodigalidades de los vándalos moderados la riqueza pública.

21 de Febrero de 1865.

El país se abreterá cincuenta millones
aunales. Pero tener el presupuesto vigente y dos-
cientos millones del patrimonio, es tener la lista
civil del absolutismo y la lista civil del sistema
constitucional. Los amigos de la des-
amortización: estos amigos de las vinculaciones; el
partido de los goces revolucionarios; el partido ver-
dadero mercedador de nuestras instituciones; espe-
cial de banda mercenaria, peor que la langosta, hará
de bienes tanquitos, de bienes que desde el punto
de vista mercenario podían servir en su anterior es-
tado para esplendor del trono, y desde el punto de
vista liberal podían servir para la riqueza del pueblo,
para de esos bienes, que tantas generaciones han
acumulado, que tantos sacrificios, tantos heroísmos,
tantos trabajos, tantas glorias representan, harán de
esos bienes una escala de su poder, un asunto de
ganjería, un alimento de sus desfiladeros, un botín
de sus edictos, una pequeña rube de humo que se
disepe en el ruido de sus orgas. Deteniamos, pues,
estas dilapidaciones y prodigalidades de los vanda-
los mercedados la riqueza pública:

EL RASGO...

Los periódicos reaccionarios de todos matices nos han atronado los oídos en estos últimos días con la expansión de su ruidoso entusiasmo, de sus himnos pindáricos; verdadero *delirium tremens* de la adulación cortesana. Según ellos, ni la casta Berenguela, ni la animosa María de Molina, ni la generosa Sancha, ni la grande Isabel, ni reina alguna desde Semíramis hasta María Luisa, han tenido inspiración semejante á la inspiración que registrarán con gloria nuestros anales, y escribirán con letras de oro los agradecidos pueblos en bruñidos mármoles. El general Narvaez, que en esto de achaques de historia es muy fuerte, ha dicho, si bien con voz más apagada que en Arlaban, ha dicho no recordar rey alguno capaz de tanta abnegación. D. Martín Belda, hombre de grandes pulmones, ha gritado de suerte que bambolearon hasta las bóvedas del Congreso. D. Lope Gisbert nos ha dado una muestra de oratoria bizantina, digna por lo extraña á los Parla-

mentos, de eterna recordacion. El Congreso ha salido de madre y dilatándose por esas calles, mereciendo de la guardia de palacio honores idénticos á los que se tributan al liberal infante D. Sebastian Gabriel. La mano tribunicia de Gonzalez Brabo, que en otro tiempo acariciara el puñal de Bruto, ha movido los hilos del telégrafo para que la nacion entera se postrase de hinojos, y todas las campanas perturbarán los aires difundiendo con sus lenguas de bronce en ondas sonoras el entusiasmo público por la region de las estrellas. Hasta el paraíso del Teatro Real se ha contagiado, ese paraíso que por su particular idiosincracia, es el infierno de las silbas. Sólo falta una corona poética y una estátua. De la primera ya se han encargado los gacetilleros de los periódicos subvencionados, y la segunda ya la ha propuesto *Las Noticias*, de tal magnitud, que á su lado parecerán enanos el Coloso de Rodas y la esfinge de Tebas. Regocijémonos, pues, juntemos las manos, abramos el pecho, doblemos la rodilla y la espina dorsal, y el mundo entero sepa que aquí no ha muerto la raza de los cortesanos.

Si la voz de *La Democracia* pudiera llegar hasta el palacio de los reyes, tapiados á la verdad por turbas de cortesanos, seríamos osados á decirles que despidieran tantos aduladores. No eran para los reyes los días del siglo décimo-sétimo tan difíciles como son los días del siglo décimo-nono, y sin embargo, Quevedo aconsejaba á Felipe IV que arrojase

lejos de sí á los atrevidos que con la casa real comercian. «El rey, decía el grande escritor, puede y debe tener sufrimiento para no castigar con demostracion por su mano en todos los casos; mas en el que tocara á desautorizar su casa y profanarla, él ha de ser el ejecutor de su justicia. Este género de gente, señor, el rey que los vé en su casa no ha de aguardar á que otro los castigue y los eche. Mejor parece el azote en sus manos para esto que el cetro.» Los moderados, ineptos y corrompidos, que pendientes de un cabello, caían sobre el abismo, han hecho del patrimonio de la corona asunto de sus cábalas, alimento de sus intrigas, pedestal de su poder maldito; y no han tirado sino á presentar la casa real como el escudo interpuesto entre su pecho y la justa cólera del pueblo.

Sólo de esta suerte se concibe cuanto ha pasado aquí: la improvisacion del proyecto; el sacrificio de Barzanallana; la retirada del anticipo; la presentacion como un donativo para el país de aquello mismo que es del país propiedad exclusiva; el entusiasmo de una mayoría servil y egoísta; los telégramas á los cuarenta y nueve procónsules; el ruido y la algazara de todos los satisfechos, y la vocinglería infinita de esos periódicos que sólo alaban y sólo creen grandes á los reyes cuando pueden convertir su cetro en llave del Tesoro, para dividirse los tributos que sobre el Tesoro suda el esquilmo pueblo.

Pero vamos á ver con serena imparcialidad qué

resta, en último término, del celebrado rasgo. Resta primero una grande ilegalidad. En los países constitucionales el rey debe contar por única renta la lista civil, el estipendio que las Córtes le decretan para sostener su dignidad. Impidiendo al rey tener una existencia aparte, una propiedad como rey, aparte de los presupuestos generales del país, se consigue unirlo íntimamente con el pueblo. En Inglaterra, donde la monarquía tiene tanta autoridad, poder tan prestigioso, sus bienes han pasado á ser de la nacion. Diferentes alternativas tuvo la lista civil en el reinado de Jacobo I, de Cárlos II, hasta que por fin los productos de las tierras reales, y los servicios decretados por los Parlamentos, se reunieron en un fondo comun, que se llamó fondo consolidado. Con él Inglaterra paga su salario á los reyes, y parte de los intereses de la Deuda pública. La reina Victoria, el jefe de aquella aristocracia de grandes propietarios, no tiene propiedad. Si posee el ducado de Lancastre, lo posee, no como soberana, pues como soberana ciertamente nada posee que no sea de la nacion; lo posee como particular, como duquesa de Lancastre. La reina de Inglaterra percibe por su lista civil unos treinta y seis millones de reales, mientras que la reina Isabel percibe cincuenta. Y en los treinta y seis millones de reales se incluyen los servicios votados por los Parlamentos, y los productos de las antiguas tierras reales administradas por el Estado. Ahora bien, ¿existe en España

una legalidad semejante? Existe. Los fundadores de nuestro sistema constitucional, fueron demasiado grandes para consentir un rey con dominios feudales, alzando sobre la Constitución de 1812, esa tumba del feudalismo. Y en virtud de esto declararon propiedad del país los bienes de la Corona. Ahora bien, cuando el patrimonio se ha presentado ante las Cortes de una suerte anormal é incomprensible, ofreciendo al país bienes que eran del país, las Cortes, en vez de entusiasmarse y gritar, han debido decir al patrimonio con el texto de la ley en la mano: los apuros del Erario no permiten que continúe una usurpacion tanto tiempo consentida; nos incautamos de esos bienes que son nuestros, y desamortizándolos, emplearémolos en deuda intransferible, y los daremos al monarca á cuenta de su dotacion descargando al Erario de los cincuenta millones de la lista civil que no puede sobrellevar. El rasgo del patrimonio no ha sido más que un rasgo de atrevimiento contra las leyes.

Pues si ha sido una grande ilegalidad, ha sido tambien un grande desencanto. Hace mucho tiempo que se viene encareciendo cuánto podian servir para sacar de apuros al Erario los bienes patrimoniales de la corona. Y sin embargo, nada, absolutamente nada se sacará ahora; nada. La reina se reserva los tesoros de nuestras artes, los feraces territorios de Aranjuez, el Pardo, la Casa de Campo, la Moncloa, San Lorenzo, el Retiro, San Ildefonso,

más de cien leguas cuadradas, donde no podrá dar sus frutos el trabajo libre, donde la amortizacion extenderá su lepra cancerosa. El Valle de Alcudia, que es la principal riqueza del patrimonio, compuesto de ciento veinte millares de tierra, no podrá ser desamortizado á causa de no pertenecer á la corona y segun sentencias últimas, pertenece á los herederos de Godoy. En igual caso se encuentra la riquísima finca de la Albufera, traspasada por Cárlos IV á Godoy en cambio de unas dehesas en Aranjuez y unos terrenos en la Moncloa. Si despues de esto se trasmite á la corona el veinte y cinco por ciento de cuanto haya de venderse, quisiéramos que nos dijese los periódicos reaccionarios qué resta de tan celebrado rasgo, qué resta sino un grande y terrible desencanto.

Además, resta una grande imprudencia. Se ha engañado á los pueblos induciéndoles á creer que á consecuencia del rasgo de la reina, se retiraba por innecesario el anticipo. Los labradores, los industriales han abrazado á sus hijos que ya veian sin pan, y han mirado con éxtasis sus propiedades, que veian ya en pública subasta. La donacion de la reina era popular porque estaba unida en el corazon del pueblo á la retirada del anticipo. El hambriento bendice como un mensaje de la Providencia la mano salvadora que le trae un pedazo de pan. Y cuando apenas acaba de difundirse la alegría, cuando el corazon descansa, cuando el sueño tranquilo se ciñe

á los párpados antes inquietos, el gobierno anuncia que renace el anticipo con más fuerza, con más poder, cayendo con doble pesadumbre sobre la mayoría de los contribuyentes, y aumentando el hambre del pobre, de cuyo pan, mermado por el fisco, salen al cabo todos los tributos. Dígasenos si al fin de todo esto, las manos que han aplaudido no amenazan; los corazones que han bendecido no maldicen; las fuerzas que se han serenado no se irritan, víctimas de un engaño. Los pueblos no se gobiernan con el charlatanismo de los curanderos, ó con los saltos mortales de los clowns, ó con los milagros y portentos de los embaucadores. Los que han aconsejado todo esto, los que han tramado todo este enredo, son, por engañadores del pueblo, reos de lesa nación; por desleales al monarca, reos de lesa magestad. Acordaos de lo que sucedió en la revolucion francesa. Las promesas no cumplidas del ministro de Hacienda Calonne, perdieron á la monarquía. Cuando despues que este prometió aliviar al pueblo y el pueblo respiró, su sucesor vino á pedir el empréstito de los cuatrocientos veinte millones de francos; el pueblo engañado y ofendido, comenzó aquella revolucion que arrancó de las sienes de Luis XVI la corona, y de los hombros de Luis XVI la cabeza. Cuando los pueblos reciban la noticia del nuevo anticipo, vereis las consecuencias, ministros de Isabel II, de la indigna farsa en que habeis comprometido para salvaros vosotros el nombre de la reina.

Y en último resultado queda una gran pérdida para el pueblo; una inmensa, irreparable pérdida. Casualmente la desamortización del real patrimonio podía y debía hacerse con arreglo á los principios democráticos y con la mira puesta en el pueblo. Muchos de estos bienes se originan de aquellos tiempos en que el pueblo era el más enérgico aliado de los reyes. Entre las clases inferiores, mediante un pequeño cánón, debían dividirse esos dominios inmensos que ha regado tantas veces la sangre del pueblo. Todavía se pueden descubrir las huellas de las Milicias municipales que fueron á Toledo y á las Navas en las campañas de Aranjuez, definitivamente convertidas en sitio real, si no estamos equivocados, por Isabel la Católica. Nosotros deseamos la desamortización fecunda, que convertiría esos terrenos, hoy improductivos, en colmenas, digámoslo así, de innumerables trabajadores. Los bienes que se reserva el patrimonio son inmensos; el veinticinco por ciento, desproporcionado; la comision que ha de hacer las divisiones y el deslinde de las tierras, tan tarda como las que deslindan los bienes del clero; y en último resultado, lo que reste del botin que acapara sin derecho el patrimonio, vendrá á engordar á una docena de traficantes, de usureros, en vez de ceder en beneficio del pueblo. Véase, pues, si tenemos razon; véase si tenemos derecho para protestar contra ese proyecto de ley, que desde el punto de vista político, es un engaño; desde el punto de

vista jurídico, una usurpacion; desde el punto de vista legal, un gran desacato á la ley; desde el punto de vista popular, una amenaza á los intereses del pueblo; y desde todos los puntos de vista, uno de esos amaños de que el partido moderado se vale para sostenerse en un poder que la voluntad de la nacion rechaza; que la conciencia de la nacion maldice.

25 de Febrero de 1864.

FIN DEL TOMO I.





